

MAGISTERIUM

LA

MÁSCARA

DE

PLATA



HOLLY
BLACK



CASSANDRA
CLARE

Lectulandia

No escoges la magia. La magia te escoge a ti.

La vida de Callum está destrozada. No tiene a sus amigos cerca. El espía ha escapado. Su secreto se ha revelado. Tras las rejas, lejos de la magia, por lo que él es, por lo que podría llegar ser. Una promesa de libertad aparece... pero tendrá que pagar por ella. ¿Se mantendrá fuerte y fiel a sus amigos y profesores?

Lectulandia

Holly Black & Cassandra Clare

Magisterium. La máscara de plata

Magisterium - 4

ePub r1.0

Titivillus 21.12.2017

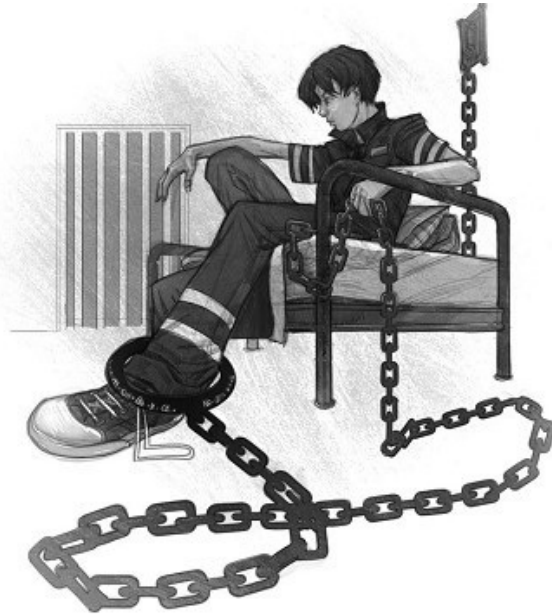
Título original: *The Silver Mask*
Holly Black & Cassandra Clare, 2017
Traducción: Patricia Nunes
Ilustraciones: Scott Fischer

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PARA ELIAS DE LOS CHURCHILL,
QUE PODRÍA SER EL GEMELO MALVADO.

↑ ≈ Δ ○ @



CAPÍTULO UNO

La cárcel no era como Call esperaba.

Había crecido viendo series policiacas, así que había dado por sentado que tendría compañeros de celda huraños que le enseñarían cómo funcionaba la cosa allí dentro y cómo ponerse cachas levantando pesas. Se suponía que debía odiar la comida y no enfrentarse a nadie, por miedo a que le acuchillaran con un cepillo de dientes cuidadosamente afilado.

Pero resultó que lo único que la prisión mágica tenía en común con la cárcel de la tele era que al protagonista lo habían encerrado por un crimen que no había cometido.

Cada mañana se despertaba cuando las luces del Panopticon cambiaban de tenues a cegadoras. Parpadeando y bostezando, observaba cómo a los otros prisioneros (parecía haber unos cincuenta) los dejaban salir de sus celdas. Se marchaban, arrastrando los pies, seguramente a desayunar. Pero a Call le llevaban la bandeja a la puerta dos guardias, uno de ellos siempre con el ceño fruncido. El otro parecía tenerle miedo.

Después de seis meses, Call estaba muerto de aburrimiento, y ponía muecas solo para ver al guardia asustado asustarse aún más.

No lo veían como a un chico de quince años, un chaval. Todos pensaban en él como el Enemigo de la Muerte.

En todo el tiempo que llevaba allí, no había ido nadie a verle. Ni su padre ni sus amigos. Call había tratado de convencerse de que sería porque no permitían que nadie le visitase, pero no era un gran consuelo; seguramente estarían metidos en un buen lío. Seguramente desearían no haber oído ni hablar de Callum Hunt.

Comió un poco de la bazofia de la bandeja y luego se cepilló los dientes para quitarse el sabor de la boca. Lo guardias regresaron; era la hora del interrogatorio.

Todos los días lo llevaban a una sala pintada de blanco y sin ventanas, donde tres miembros de la Asamblea lo machacaban a preguntas sobre su vida. Era la única interrupción de la monotonía de su vida.

«¿Cuál es tu primer recuerdo?».

«¿Cuándo te diste cuenta de que eras malvado?».

«Sé que dices que no recuerdas nada de cuando eras Constantine Madden, pero ¿y si te esforzaras un poco más?».

«¿Cuántas veces te reuniste con el Maestro Joseph? ¿Qué te dijo? ¿Dónde se halla su fortaleza? ¿Cuáles son sus planes?».

Respondiera lo que respondiera, siempre insistían en los más mínimos detalles hasta que Call se confundía. Lo acusaban de mentir con frecuencia.

A veces, cuando se hartaba y se aburría, le entraban ganas de mentir, porque lo que querían oír era tan evidente que le parecía que lo más fácil sería decírselo. Pero no mentía, porque había retomado su lista de Señor del Mal y volvía a darse puntos si hacía algo que le parecía digno de un Señor del Mal, y sin duda mentir entraba en esa categoría.

En prisión, era muy fácil acumular puntos de Señor del Mal.

Sus interrogadores hablaban mucho del encanto irresistible del Enemigo de la Muerte y de que no debían permitir que Call se relacionara con otros presos, por miedo a que los convenciera para unirse a sus malvados planes.

Habría resultado halagador de no ser porque sus interrogadores pensaban que les estaba ocultando deliberadamente ese aspecto de su carácter. Como Constantine Madden derrochaba carisma, creían que él les estaba mostrando exactamente lo opuesto. Se notaba que no tenían ganas de verle, y el sentimiento era mutuo.

Ese día, sin embargo, le esperaba una sorpresa. Cuando entró en la sala de los interrogatorios, no encontró a sus entrevistadores habituales; al otro lado de la mesa blanca se hallaba su antiguo profesor, el Maestro Rufus, vestido de negro, con su oscura cabeza calva brillando bajo unas luces demasiado intensas.

Hacía mucho tiempo que Call no veía a ninguno de sus conocidos. Sintió el impulso de saltar hasta el otro lado de la mesa y abrazarle, a pesar de que el Maestro le estaba mirando muy mal y, por lo general, tampoco era muy aficionado a los abrazos.

Call ocupó la silla frente a su profesor. Ni siquiera podía darle la mano o agitarla para saludar, porque tenía las muñecas atadas por delante con una reluciente cadena de un metal increíblemente duro.

Carraspeó para aclararse la garganta.

—¿Cómo está Tamara? —preguntó—. ¿Está bien?

El Maestro Rufus se lo quedó mirando durante un buen rato.

—No estoy seguro de si debería decírtelo —respondió finalmente—. No estoy seguro de quién eres, Call.

Call sintió un dolor en el pecho.

—Tamara es mi mejor amiga. Quiero saber cómo está. Y *Estrago*. Incluso Jasper.

Le resultó extraño no mencionar también a Aaron. A pesar de saber que Aaron estaba muerto, a pesar de haber repasado las circunstancias de su muerte una y otra vez, Call seguía añorándolo de un modo que lo hacía estar mucho más presente que ausente.

El Maestro Rufus apoyó la barbilla sobre los dedos entrelazados.

—Quisiera creerte, pero me has mentado durante mucho tiempo.

—¡No tenía elección! —protestó Call.

—Sí la tenías. Podrías haberme dicho en cualquier momento que Constantine Madden vivía en tu interior. ¿Cuánto hace que lo sabes? ¿Me engañaste para que te eligiera como aprendiz?

—¿En la Prueba de Hierro? —Call no podía creérselo—. ¡Pero si no tenía ni idea! Intenté suspender; ni siquiera quería ir al Magisterium.

El Maestro Rufus se mantenía escéptico.

—Que intentaras suspender fue precisamente lo que me llamó la atención. Y Constantine lo habría sabido. Habría sabido cómo manipularme.

—No soy él —insistió Call—. Puede que tenga su alma, pero no soy él.

—Esperemos que así sea, por tu bien —repuso Rufus.

De repente, Call se sintió agotado hasta la médula.

—¿Por qué has venido? —preguntó a su profesor—. ¿Porque me odias?

Por un momento, eso pareció desconcertar al Maestro Rufus.

—No te odio —le contestó, más triste que enfadado—. Callum Hunt llegó a gustarme mucho. Pero también hubo un tiempo en que me gustaba Constantine Madden..., y estuvo a punto de destruirnos a todos. Quizá por eso he venido, para ver si puedo confiar en mi opinión de la gente... o si he cometido el mismo error dos veces.

Se le veía tan cansado como Call.

—Han acabado de interrogarte —continuó Rufus—. Ahora decidirán qué hacer contigo. Tenía la intención de hablar en la audiencia, decir lo que acabas de decir: que tienes el alma de Constantine, pero que no eres Constantine. Aun así, tenía que verlo por mí mismo para creerlo.

—¿Y?

—Él era mucho más encantador que tú.

—Eso dicen todos —masculló Call.

El Maestro Rufus vaciló un instante.

—¿Quieres salir de la cárcel?

Call se sorprendió. Era la primera vez que se lo preguntaban.

—No lo sé —respondió después de pensarlo un momento—. Dejé... dejé que mataran a Aaron. Quizá me merezco estar aquí. Tal vez debería quedarme.

Después de esta confesión, se hizo un silencio muy muy largo. El Maestro Rufus se puso en pie.

—Constantine quería mucho a su hermano, pero nunca hubiera dicho que merecía ser castigado por su muerte. La culpa siempre era de otra persona.

Call no dijo nada.

—Los secretos hacen más daño a quien los guarda de lo que imaginas. Siempre he sabido que tenías secretos, Callum, y esperaba que me los revelaras. De haberlo hecho, las cosas habrían sido muy diferentes.

Call cerró los ojos; quizá el Maestro Rufus tuviera razón. Se había guardado sus secretos y había hecho que Tamara, Aaron y Jasper también los guardaran. Si hubiera hablado con el Maestro Rufus..., si hubiera hablado con alguien, quizá las cosas habrían sido diferentes.

—Sé que aún tienes secretos —continuó Rufus, y Call alzó la vista, sorprendido.

—¿Así que tú también crees que estoy mintiendo?

—No —contestó el Maestro Rufus—. Pero esta puede ser tu última oportunidad para librarte de tu carga. Y tal vez sea mi última oportunidad de ayudarte.

Call pensó en Anastasia Tarquin, quien le había dicho que era la madre de Constantine. En aquel momento, no había sabido qué pensar; todavía estaba aturdido por la muerte de Aaron y se sentía como si todos en los que había confiado le hubieran traicionado.

Pero ¿de qué iba a servir contarle eso al Maestro Rufus? Solo haría daño a otra persona más, a alguien que había confiado en él.

—Quiero contarte una historia —comenzó el Maestro—. Tiempo atrás hubo un mago, un hombre al que le gustaba mucho enseñar y compartir su amor por la magia. Creía en sus alumnos y creía en sí mismo. Cuando una gran tragedia puso en entredicho esa fe, se dio cuenta de que estaba solo; había dedicado toda su vida al Magisterium y no tenía nada más.

Call parpadeó. Estaba bastante seguro de que la historia era sobre el propio Rufus, y tuvo que admitir que nunca había pensado que tuviera una vida fuera del Magisterium. Nunca se lo había imaginado con amigos o con una familia; con alguien a quien visitar durante las vacaciones o intercambiar una llamada tornado.

—Puedes decir que la historia trata de ti —dijo Call a su profesor—. Seguirá teniendo una resonancia emocional.

El Maestro Rufus lo miró mal.

—Está bien —replicó—. Después de la Guerra de los Magos, me enfrenté a la soledad de la vida que había escogido. Y el destino quiso que me enamorara poco después, en una biblioteca, investigando en documentos muy antiguos. —Sonrió un poco—. Pero él no era mago. No sabía nada del mundo secreto de la magia. Y no se lo podía explicar. Habría roto todas las reglas si le hubiera contado cómo funciona nuestro mundo, y él me habría tomado por un loco. Así que le dije que trabajaba en el extranjero y solo iba a casa en vacaciones. Hablábamos a menudo; básicamente, le estaba mintiendo. No quería hacerlo, pero lo hacía.

—¿Esta historia no va sobre que es mejor guardar secretos? —preguntó Call.

Las cejas del Maestro Rufus hicieron otro de sus extraños movimientos y se unieron en un impresionante ceño.

—Es una historia para mostrarte que entiendo lo que es guardar secretos. Sé que pueden proteger a la gente y que pueden hacer mucho daño a quien los guarda. Call, si tienes algo que decir, dímelo, y haré todo lo que pueda para asegurarme de que te beneficie.

—No tengo secretos —respondió Call—. Ya no.

El Maestro Rufus asintió y luego suspiró.

—Tamara está bien —le contó—. Se siente sola en las clases, sin ti y sin Aaron, pero lo sobrelleva. *Estrago* te echa de menos, claro. Respecto a Jasper, no sabría decirte. Ha estado haciéndose cosas raras en el pelo últimamente, pero puede que no tenga nada que ver contigo.

—Muy bien —contestó Call, un poco abrumado—. Gracias.

—Y en cuanto a Aaron —continuó el Maestro Rufus—, lo enterraron con todo el esplendor que corresponde a un makaris. Toda la Asamblea y todo el Magisterium asistieron.

Call asintió y miró al suelo. El funeral de Aaron. Oír esas palabras al Maestro Rufus, captar el dolor en su voz, lo hizo aún más real. Ese hecho siempre protagonizaría su vida: de no haber sido por él, su mejor amigo seguiría vivo.

El Maestro Rufus fue hacia la puerta, pero se detuvo, solo un segundo, y le puso una mano en la cabeza. El chico notó un nudo en la garganta.

Cuando lo llevaban de vuelta a su celda, Call se llevó la segunda sorpresa del día. Su padre, Alastair, estaba esperándolo fuera.

Alastair le saludó con un leve gesto, y Call agitó un poco las manos esposadas. Tuvo que parpadear mucho para que su irresistible y malvado encanto de Enemigo de la Muerte no se disolviera en lágrimas.

Los guardias lo metieron en la celda y le quitaron las esposas. Eran magos mayores, vestidos con el uniforme marrón del Panopticon. Después de soltarle las manos, le pusieron alrededor de la pierna un grillete de metal, que estaba unido a un gancho de la pared. Podía pasearse por la celda, pero la cadena no era lo suficientemente larga para que llegara a los barrotes o a la puerta.

Los guardias salieron de la celda, la cerraron y desaparecieron en las sombras. Sin embargo, Call sabía que estaban allí. Esa era la esencia del Panopticon: siempre había alguien vigilando.

—¿Estás bien? —preguntó Alastair con brusquedad, en cuanto los guardias se marcharon—. ¿No te han hecho daño?

Parecía como si deseara agarrar a Call y pasarle la mano por el cuerpo en busca de heridas, como solía hacer cuando se caía de un columpio o chocaba contra un árbol en monopatín.

Call negó con la cabeza.

—No han intentado hacerme ningún daño físico.

Alastair asintió. Tras las gafas, se le veían los ojos tensos y cansados.

—Habría venido antes —dijo, mientras se sentaba sobre una silla de metal de aspecto incómodo que los guardias habían colocado al otro lado de los barrotes—, pero no permitían que recibieras visitas.

Al oírlo, Call sintió un gran alivio. De algún modo había conseguido convencerse de que su padre se alegraba de que lo hubieran encerrado. O quizá no se alegrara, pero sí pensaría que estaba mejor sin él.

Se sintió muy contento de que no fuera así.

—Lo he intentado todo —le aseguró Alastair.

Call no sabía qué contestar. Era imposible expresar lo mucho que sentía lo ocurrido. Tampoco entendía por qué de repente le permitían tener visitas..., a no ser que a la Asamblea ya no le sirviera para nada.

Quizá esa fuera la última visita de su vida.

—Hoy he visto al Maestro Rufus —le contó a su padre—. Me ha dicho que ya han acabado de interrogarme. ¿Eso quiere decir que me van a matar?

La pregunta horrorizó a Alastair.

—Call, no pueden hacer eso. No has hecho nada malo.

—¡Creen que asesiné a Aaron! —exclamó Call—. ¡Estoy en prisión! Es evidente que creen que he hecho algo malo.

«Y sí que hice algo malo», añadió para sí. Aun cuando Alex Strike hubiera sido el autor material del asesinato de Aaron, este había muerto por guardar su secreto.

Alastair negó con la cabeza, rechazando las palabras de su hijo.

—Tienen miedo: miedo de Constantine, miedo de ti. Así que están buscando una excusa para mantenerte aquí dentro. En realidad no creen que seas responsable de la muerte de Aaron. —Alastair suspiró—. Y si eso no te anima, piensa esto: no saben cómo Constantine te transfirió su alma, y estoy seguro de que no quieren arriesgarse a que tú se la transfieras a alguien más.

El padre de Call odiaba el mundo de los magos y nunca había sido una persona optimista, pero, en ese caso, su pesimismo hizo que Call se sintiera mejor. Lo que decía tenía sentido. Nunca se le había ocurrido pensar que podría transferir su alma a otra persona, o que a los magos les preocupara que lo hiciera.

—Así que van a dejarme aquí, encerrado —concluyó Call—. Van a tirar la llave y olvidarme.

Después de eso, Alastair guardó silencio durante un largo rato, lo que fue mucho menos reconfortante.

—¿Cuándo lo supiste? —soltó Call de repente, para evitar que el silencio se alargara.

—¿Saber qué? —preguntó Alastair.

—Que no era tu hijo de verdad.

Alastair frunció el ceño.

—Eres mi hijo, Callum.

—Ya sabes a qué me refiero —insistió Call con un suspiro..., aunque no podía negar que la respuesta de Alastair le había hecho sentirse mejor—. ¿Cuándo te diste cuenta de que tengo su alma?

—Pronto —contestó Alastair, sorprendiendo un poco a Call—. Lo supuse. Sabía que Constantine había estado estudiando. Me pareció posible que hubiera logrado meter su alma en tu cuerpo.

Call recordó el mensaje acusador que su madre le había dejado a Alastair, el que el Maestro Joseph, el profesor del Enemigo de la Muerte y su más devoto seguidor, le había enseñado. Un mensaje que su padre había dejado siempre fuera de su versión de la historia.

MATA AL NIÑO.

Aún le helaba la sangre pensar que su madre había escrito esas palabras con sus últimas fuerzas, pensar en su padre leyéndolas con un bebé, Call, gritando en los brazos.

Alastair podría haberse marchado de la cueva si hubiera adivinado lo que significaba. El frío habría hecho el resto.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me salvaste? —exigió saber Callum. No había sido su intención que las palabras sonaran tan cargadas de rabia, pero así fue. Estaba rabioso, aunque sabía que la alternativa era su propia muerte.

—Eres mi hijo —dijo de nuevo Alastair, impotente—. Aparte de cualquier otra cosa que seas, también eres y siempre serás mi niño. Las almas son maleables, Call. No están grabadas en piedra. Pensé que si te criaba correctamente..., si te guiaba de la forma adecuada..., si te quería lo suficiente, estarías bien.

—Pues mira lo que ha pasado —replicó Call.

Antes de que su padre pudiera responderle, apareció un guardia ante la celda y anunció que se había acabado el tiempo de visita.

Alastair se puso en pie.

—No sé si hice lo que debía hacer, Call —añadió en voz baja—. Pero, a fin de cuentas, creo que has salido muy bien.

Dicho eso, se alejó escoltado por el otro guardia.



Desde que estaba en el Panopticon, Call nunca había dormido tan bien como esa noche. La cama era estrecha; el colchón, delgado, y hacía frío en la celda. Por la noche, cuando cerraba los ojos, siempre tenía el mismo sueño: un rayo de magia alcanzando a Aaron. Su cuerpo volando por el aire antes de golpear el suelo. Tamara agachada junto a él, sollozando. Y una voz que decía: «Por tu culpa, por tu culpa».

Esa noche, sin embargo, no soñó. Al despertar, había un guardia en el exterior de su celda con la bandeja del desayuno.

—Tienes otra visita —le dijo, mirándolo de reojo. Call estaba convencido de que los guardias seguían esperando a que los matase con ese supuesto carisma suyo.

Se incorporó hasta sentarse.

—¿Quién es?

El guardia se encogió de hombros.

—Un compañero de tu escuela.

El corazón comenzó a golpearle en el pecho. Era Tamara. Tenía que ser Tamara. ¿Quién más iría a visitarle?

Casi ni se dio cuenta cuando el guardia le pasó la bandeja del desayuno por la estrecha abertura en la parte baja de la puerta. Estaba demasiado ocupado sentándose derecho y pasándose los dedos por el pelo enredado, mientras trataba de calmarse y pensar qué le iba a decir a Tamara cuando entrase.

«Hola, ¿cómo te va? Siento mucho haber dejado que mataran a nuestro mejor amigo...».

La puerta se abrió y su visita la atravesó, caminado entre los dos guardias. Era un alumno del Magisterium; eso era cierto.

Pero no era Tamara.

—¿Jasper? —exclamó Call, incrédulo.

—Lo sé. —Jasper alzó una mano como rechazando su gratitud—. Es evidente que estás abrumado por que haya sido tan amable de venir a verte.

—Hum —repuso Call. El Maestro Rufus tenía razón sobre Jasper: parecía que llevara años sin cepillarse el pelo. Le salía en punta en todas direcciones. Call se quedó maravillado. ¿De verdad Jasper se había esforzado para que le quedara así? ¿Lo había hecho a propósito?—. Supongo que has venido a decirme lo mucho que todos me odian en la escuela.

—No piensan tanto en ti —respondió Jasper, mintiendo claramente—. No eras tan popular. Sobre todo, están tristes por Aaron. Pensaban en ti como en su acompañante, ¿sabes? Siempre en segundo plano.

«Te consideran un asesino». Eso era lo que Jasper quería decir, aunque no lo dijera.

Después de eso, no se vio con valor para preguntar por Tamara.

—¿Tuviste muchos problemas? —fue lo que preguntó—. Por mi culpa, quiero decir.

Jasper se frotó las manos sobre sus vaqueros de diseño.

—Más que nada querían saber si nos hechizaste para tenernos bajo tu oscuro poder. Les dije que no eras lo bastante poderoso para hacer algo así.

—Gracias, Jasper —replicó Call, no muy seguro de si lo decía en serio o no.

—¿Y cómo se está en el viejo Panopticon? —quiso saber Jasper, mirando alrededor—. Se ve todo muy, hum, estéril aquí dentro. ¿Has conocido a algún auténtico criminal? ¿Te has hecho un tatuaje?

—¿En serio? —soltó Call—. ¿Has venido a preguntarme si me he hecho un

tatuaje?

—No —respondió Jasper, dejando de fingir—. La verdad es que he venido porque..., bueno..., Celia ha roto conmigo.

—¿Qué? —exclamó Call, incrédulo—. No puedo creerlo.

—¡Lo sé! —repuso Jasper—. ¡Yo tampoco puedo creerlo! —Se dejó caer sobre la incómoda silla de las visitas—. ¡Éramos la pareja perfecta!

Call deseó poder acercarse a él para estrangularlo.

—No, quería decir que no puedo creer que hayas pasado por seis puestos de control y un registro de cuerpo entero, potencialmente vergonzoso, ¡solo para venir aquí y quejarte de tu vida amorosa!

—Eres el único con el que puedo hablar, Call.

—¿Te refieres a que estoy encadenado a esta celda y no puedo escaparme?

—Exactamente. —Jasper parecía complacido—. Todos los demás salen corriendo en cuanto me ven. Pero no lo entienden. Tengo que recuperar a Celia.

—Jasper —comenzó Call—, dime una cosa, y por favor responde con sinceridad. Jasper asintió.

—¿Todo esto es una nueva estrategia de la Asamblea para torturarme y que les dé información?

Justo mientras hablaba, un fino hilillo de humo se alzó desde la planta baja, seguido por el parpadeo de las llamas. En la distancia, comenzó a sonar una alarma.

El Panopticon estaba ardiendo.



CAPÍTULO DOS

Los dos guardias que habían acompañado a Jasper hasta la celda de Call se pusieron a hablar entre ellos en voz baja. En el otro extremo de la prisión, comenzaron unos gritos y luego cesaron de golpe.

—Será mejor que me vaya. —Jasper se puso en pie, mirando nervioso alrededor.

—¡No! —ladró uno de los guardias—. Esto es una emergencia. Nada de visitantes yendo de aquí para allí solos. Por tu seguridad, vas a tener que seguirnos mientras escoltamos al prisionero a un vehículo de evacuación.

—¿Queréis que me quede junto al Enemigo de la Muerte mientras está fuera de su celda? —preguntó Jasper, como si tuviera algo de lo que preocuparse—. ¿Y eso es seguridad?

Call puso los ojos en blanco.

Uno de los guardias desactivó una sección de la pared elemental, entró en la celda y le colocó un par de esposas nuevas.

—Vamos —dijo el guardia—. Tú vas entre nosotros, y el aprendiz, delante.

Call se plantó.

—Algo va mal —advirtió.

—Hay un incendio —replicó Jasper, mirando hacia atrás—. Sí, yo diría que algo va mal.

A Call no le pareció suficiente explicación.

—Llevo semanas escuchando a los magos diciéndome lo invulnerable que es este lugar. No debería estar ardiendo.

Los guardias estaban cada vez más nerviosos.

—Cállate y vamos —ordenó uno, mientras sacaba a Call de la celda cogiéndolo del brazo.

—«El fuego quiere arder» —dijo Jasper, mirando a Call con intención. Era una cita del Quincunce, las cinco líneas de texto que describían la magia elemental. Los guardias le echaron una mirada. Debían recordarlo de la escuela.

Fuera de la celda, el aire iba calentándose. Había gente corriendo por los pasillos y gritando. Todas las demás celdas ya estaban vacías, y los prisioneros marchaban en varias filas hacia las salidas.

—Eso ya lo sé —replicó Call—. Pero este lugar no debería arder.

—Nos han advertido sobre lo persuasivo que puedes ser —informó el guardia, y le empujó hacia delante—. Cierra el pico y muévete.

Trozos de piedra y metal derretidos comenzaron a caer desde el techo. En ese momento, Call decidió dejar de preocuparse de por qué estaba sucediendo eso y comenzar a preocuparse de salir de allí con vida. Call, Jasper y los dos guardias corrieron por el pasillo, donde cada vez hacía más y más calor. Call avanzaba como podía; un dolor punzante le recorría la pierna mala de arriba abajo. Hacía meses que no andaba tanto.

Se oyó un fuerte golpe. Por delante de ellos, parte del suelo se estaba desintegrando y transformándose en una fuente de ascuas ardientes y trozos de piedra en llamas. Call lo observó, sabiendo que tenía razón: ese fuego no era normal.

Esperaba sobrevivir para poder gritar: «Os lo dije».

Los guardias lo soltaron. Por un momento, pensó que iban a buscar un camino alternativo, pero, en vez de eso, salieron corriendo hacia delante, tan deprisa que casi tiraron a Jasper. Saltaron por encima del suelo hundido justo cuando este se desplomaba por completo, y aterrizaron al otro lado, sanos y salvos. Se levantaron y se sacudieron el polvo.

—¡Eh! —gritó Jasper, mirándolos incrédulo—. ¡No podéis dejarnos aquí!

Uno de los guardias parecía avergonzado. El otro los contempló con desprecio.

—Mis padres murieron en la Masacre Fría —explicó—. Por lo que a mí respecta, puedes morir quemado, Constantine Madden.

Call hizo una mueca de dolor y sorpresa.

—¿Y yo qué? —gritó Jasper mientras los guardias se alejaban—. Yo no soy el Enemigo de la Muerte.

Pero ya habían desaparecido. Jasper se volvió en redondo, tosiendo. Miró acusadoramente a Call.

—Todo esto es culpa tuya —dijo.

—Me alegro de ver que te enfrentas a la muerte con valentía —replicó Call. Lo bueno de tener ahí a Jasper, pensó, era que este nunca conseguía hacerlo sentir culpable, incluso cuando debería. Era imposible no creer que Jasper se merecía todo lo que le ocurría.

—¡Usa tu magia del caos! —tosió Jasper. El aire era espeso, estaba cargado de humo y hollín—. ¡Devora las paredes o el fuego o lo que sea!

Call extendió las manos. Tenía las muñecas atadas. Un mago de su nivel no podía

hacer magia sin las manos.

Jasper soltó una palabrota, se volvió y estiró el brazo derecho. Ante él, el aire pareció vibrar y luego solidificarse. Sobre la parte hundida del suelo había aparecido un puente.

Call no se detuvo para maravillarse de que Jasper hubiera hecho algo realmente útil, y no solo útil, sino también impresionante. Corrió tan deprisa como le permitía la pierna, y se reservó para más tarde el derecho a asombrarse.

Ninguno de los dos sabía cuál era el camino hacia la salida, pero el fuego no les dejaba muchas opciones. Corrieron en la única dirección posible. Call apretó los dientes para soportar mejor el dolor y se esforzó todo lo que pudo en no trastabillar. El aire estaba tan caliente que hasta abrir la boca para hablar resultaba doloroso.

Llegaron hasta una puerta abierta con un tope, que parecía pesada y mágica, y seguramente no habrían podido abrirla a tiempo si hubiera estado cerrada. Aliviados, pasaron al otro lado. Jasper quitó el tope. La puerta se cerró tras ellos y les proporcionó un poco de alivio del calor y el humo.

Call jadeaba con las manos apoyadas en las rodillas. Parecían hallarse en uno de los pasadizos traseros del Panopticon. Oía a lejía y detergente de lavadora, todo mezclado con humo y olor a quemado. Había pasillos que serpenteaban en todas direcciones y ninguna ventana. Una enorme columna de fuego se formó de repente en el pasillo, justo delante de ellos.

Jasper se tambaleó hacia atrás, dejando escapar un grito.

Estaban perdidos. Iban a morir abrasados, atrapados en el corredor en llamas. Call recordó haber escapado de un laberinto de fuego el año anterior, recordó cómo había invocado el caos para sacar todo el aire de la sala; una acción desesperada que había servido para apagar el fuego, pero que también se había llevado el aire que necesitaban para respirar. Sin la intervención de Aaron, habrían muerto.

En ese momento, Call ansió tener su magia, la deseó a pesar de recordar lo mal que la había usado.

«El fuego quiere arder. El agua quiere fluir. El aire quiere alzarse. La tierra quiere atar. El caos quiere devorar».

Y la línea que él había añadido al Quincunce, solo por hacer la gracia: «Y Call quiere vivir».

Esa frase resonó en su cabeza. Tiró de las esposas, pero seguían tan firmes como siempre, y su magia estaba fuera de su alcance. El fuego que tenían delante se desenrolló como una serpiente, cada vez más y más alto, y se ensanchó en la parte superior como si fuera una cobra abriendo su capucha.

Entonces surgió un rostro en el fuego, un rostro conocido. El rostro de una chica, formado totalmente de llamas.

—Makarís —dijo la hermana de Tamara, Ravan. Había sido consumida por el elemento fuego, y vivía como una Devorada de fuego, un elemental con el alma de una persona. O una persona con el alma de un elemento. Una vez, Call había entrado

en una prisión de elementales con Aaron y Tamara, y había visto allí a los Devorados de aire, fuego, tierra y agua. Por lo que sabía, nadie había visto nunca a un Devorado de caos. La idea era terrorífica.

—No hay tiempo que perder —apremió Ravan—. Por la tercera puerta a la derecha encontraréis la salida.

Su rostro desapareció, fundiéndose con las llamas. El fuego cambió de forma y pasó a ser un arco de llamas y chispas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Jasper.

—Un elemental de fuego —contestó Call, sin querer implicar a Tamara y sin tener ni idea de lo que estaba pasando—. La conozco. Vive en el Magisterium.

—Entonces, ¿esto es una fuga? ¿Me has hecho formar parte de tu estúpida fuga? —gritó Jasper, y la voz se le quebró—. Todo esto es realmente tu culpa, Call. Yo...

—Cierra el pico, Jasper —replicó Call, mientras le empujaba hacia la tercera puerta—. Puedes gritarme todo lo que quieras cuando estemos fuera de este edificio en llamas.

—Otra vez arrastrado por la cruel escoba del destino —masculló Jasper mientras caminaban.

Siguiendo los consejos de Ravan, corrieron por el pasillo, torcieron a la derecha y llegaron a una puerta de dos hojas que estaba cerrada con un largo madero. Jasper agarró el madero y lo empujó hacia un lado. Call se lanzó contra la puerta, y esta se abrió.

Sol y aire. Jasper salió disparado por la puerta y luego lanzó un grito. Se oyó un golpe.

—¡Escalones! —gritó—. ¡Cuidado con los escalones!

Detrás de Call, todo ardía. Respiró hondo y siguió a Jasper. Sí que había escalones, un corto tramo, con Jasper al final, frotándose la rodilla. Pero también había luz solar y aire fresco, y nubes y todas las cosas que Call no había visto durante todo ese tiempo. Tomó una bocanada de aire con avidez, y luego otra.

—Vamos —dijo Jasper—. Antes de que alguien te vea.

A medida que se alejaban de la prisión, el humo iba haciéndose menos espeso. Call miró hacia atrás.

El Panopticon era un enorme círculo de piedras grises, con forma de cubo boca abajo. Llamas naranjas salían por las ventanas y el techo.

Llegaron a una extensión de hierba. La celda donde habían encerrado a Call no tenía ventana, pero de haberla tenido, esas habrían sido las vistas: un campo de hierba, una valla en la distancia y árboles más allá.

Pero en ese momento era el escenario de un caos absoluto. Había grupos de prisioneros encadenados juntos y guardias moviéndose alrededor. A otros los estaban metiendo en furgonetas. Magos, con las túnicas verde oliva de la Asamblea, corrían por la hierba, moviendo los brazos y tratando de dirigir a los guardias, oficiales y prisioneros, todos asustados y cubiertos de hollín.

Uno de los miembros de la Asamblea vio a Call y avisó a gritos a los guardias.

—¿Dónde está mi coche? —preguntó Jasper, tosiendo—. Tengo que irme.

—¿Y vas a dejarme aquí sin más? —inquirió Call.

—Ya sé lo que pasa si estoy contigo —replicó Jasper—. Me veré arrastrado a algún espectáculo de horror, con cabezas cortadas y caotizados. No, gracias. Tengo que recuperar a Celia. No quiero morir.

—Al menos, quítame esto. —Call alzó las muñecas encadenadas—. Dame una oportunidad, Jasper.

Unos guardias se acercaban, hablando entre ellos como si estuvieran planeando una estrategia. No iban muy rápido y, como Call les daba la espalda, no podían ver lo que Jasper estaba a punto de hacer.

—Está bien —dijo este, y se inclinó para cogerle las muñecas a Call—. Espera..., ¿de qué están hechas? Nunca he visto un metal así.

—Vosotros dos —ladró una voz. Call casi se cayó del susto. Era un miembro de la Asamblea vestido con un traje blanco. Con una mezcla paralizante de alivio y miedo, Call se dio cuenta de quién era: Anastasia Tarquin. Llevaba el cabello blanco recogido muy tirante en la nuca y los ojos claros le ardían—. Venid aquí. Ahora. —Chasqueó los dedos, mientras pasaba una impersonal mirada sobre Call, como si no lo conociera de nada—. Daos prisa.

Los guardias dejaron de avanzar; parecían aliviados de que otra persona se estuviera encargando de los chicos.

Mascullando imprecaciones, Jasper se puso al lado de Call y dejó que Anastasia los guiara por el campo.

—Transportando al makaris —decía, alzando la mano cada vez que alguien parecía a punto de acercárseles o querer preguntar—. Tenemos que trasladarlo lo antes posible. ¡Fuera de mi camino!

Una furgoneta de color beis estaba aparcada al final de la extensión de hierba. Anastasia abrió la puerta trasera e hizo entrar a Call. Desde allí, no podía ver al conductor.

Jasper se echó atrás.

—No hay ninguna razón por la que yo tenga que ir en un coche con prisioneros...

—Eres un testigo —le cortó Anastasia, secamente—. Entra ahí, DeWinter, o les diré a tus padres que no quisiste cooperar con la Asamblea.

Con los ojos abiertos de par en par, Jasper subió detrás de Call. La furgoneta tenía bancos a ambos lados y barras sobre la cabeza, donde se podían enganchar las esposas para que los prisioneros no se movieran. Call se sentó y Jasper ocupó un sitio en el lado opuesto. Nadie fijó las esposas de Call a la barra. Pero las puertas se cerraron y los dejaron sumidos en una fría oscuridad.

—Esto es muy raro —comentó Call.

—Voy a poner una queja —replicó Jasper con voz apagada—. A alguien. Alguien va a enterarse de esto.

La furgoneta arrancó y, tras unos cuantos giros, aceleró en lo que parecía ser una autovía. Call no tenía ni idea de adónde iban. Para empezar, ni siquiera estaba totalmente seguro de la localización del Panopticon, y mucho menos de adónde llevaban a los prisioneros si había problemas.

No acababa de explicarse la presencia de Anastasia y Ravan. Anastasia le había dicho que era la madre de Constantine Madden, y que, como Call tenía el alma de Constantine, le ayudaría. En el Magisterium, Anastasia había estado a cargo de los elementales. Ella podía haber preparado todo eso. Pero de ser así, ¿cuál sería su siguiente paso? Toda la Asamblea estaría buscando a Call. Anastasia no podía simplemente llevarlo a algún lugar apartado y dejar que las cosas se calmaran. El asunto del Enemigo de la Muerte nunca se calmaría.

Pensó en la posibilidad de que Anastasia hubiera organizado todo eso para sacarlo de la cárcel, en su temor de no volver a ver a su padre, en su preocupación por que el Maestro Rufus volviera a creer que le había mentado y en que, si volvían a dar un bandazo en otra curva, se iba a marear. Pensó en eso una y otra vez, sin llegar a ninguna conclusión, hasta que, con el corazón acongojado, notó que la furgoneta se detenía. Las puertas traseras se abrieron y la luz los inundó, haciéndoles parpadear.

La conductora estaba delante de ellos. Se quitó la gorra. Largas trenzas negras le cayeron sobre los hombros y una sonrisa familiar le iluminó la cara. A Call le dio un vuelco el corazón.

Tamara.



CAPÍTULO TRES

Se quedó mirando a Tamara, absolutamente anonadado. La veía diferente; o quizá fuera su recuerdo de ella el que se había ido difuminando durante los últimos seis meses. Pero no lo creía. Había pensado tanto en ella que no podía haber olvidado ningún detalle. Aunque tampoco importaba, ¿o sí? Se dio cuenta de que aún la seguía mirando. Seguramente, Tamara estaría esperando que dijera algo. Le salvó *Estrago*, que saltó dentro de la furgoneta con un fuerte ladrido y comenzó a lamerle la cara con ímpetu.

—Jasper —dijo Tamara, mirándolo con el ceño fruncido—. ¿Qué haces aquí?

—¿Has perdido la cabeza? ¿Has organizado una fuga? —preguntó Jasper, balbuceando de rabia—. ¿Y ni siquiera me lo has dicho para que pudiera ir a visitarle cualquier otro día?

—Perdona que no consultara tu agenda. —Puso los ojos en blanco mientras subía a la furgoneta. Apartó a *Estrago* de Call; sus dedos recorrieron el pelaje del lobo en un gesto amistoso.

Call no podía ni hablar. Tenía tanto que decir que se quedó atascado entre pensar lo que quería decir y decirlo. Se sentía tan feliz solo con mirar a Tamara, tan feliz de que ella aún le apreciara lo suficiente para ayudarlo...

Tamara lo miró y sonrió un poco.

—Hola, Call.

Casi no podía ni tragar saliva. En el último medio año, el rostro de su amiga había cambiado sutilmente, pero de cerca no la veía tan distinta. Seguía teniendo los mismos ojos grandes, oscuros y compasivos.

—Tamara —dijo con voz ronca—. ¿Has... planeado tú todo esto?

—He tenido ayuda —contestó ella, mientras indicaba a Call que saliera de la

furgoneta. Él saltó junto a ella y estiró su pierna dolorida.

Se encontraban frente a una bonita casa de campo en el centro de un claro. A un lado se veía un pequeño lago, con un puente que lo cruzaba. Ante la casa se hallaba Anastasia Tarquin, y su coche blanco estaba aparcado en el camino de entrada.

Anastasia seguía vestida de blanco, pero tenía el traje manchado de hollín. Miró a Call de un modo que lo hizo ponerse muy nervioso, como si estuviera viendo a una leona madre acercarse hacia él por la sabana.

—Yo me quedo en la furgoneta —susurró Jasper—. Más tarde podéis dejarme en algún lado. En una gasolinera, por ejemplo. Ya volveré solo.

—Anastasia me ha ayudado —explicó Tamara, sobre todo a Call—. Me permitió bajar a hablar con Ravan. —Bajó la mirada—. No tenía mucha más gente con la que hablar, después de que Aaron muriera y tú... te fueras.

—Podrías haber hablado conmigo —repuso Jasper desde la furgoneta.

—Tú solo querías hablar de Celia —replicó Tamara—. Y nadie quería hablar conmigo de Call porque...

—Porque creen que soy el Enemigo de la Muerte —concluyó Call—. Y que quería que Aaron muriera.

—No todos piensan eso —explicó Tamara con un hilillo de voz—. Pero la mayoría, sí.

—Call, Tamara —les llamó Anastasia desde la puerta—, entrad en la casa. —Entrecerró los ojos—. Y tú también, Jasper.

Jasper salió a regañadientes de la furgoneta de la prisión.

—¿Cuándo has aprendido a conducir? —preguntó Call a su amiga.

—Me ha enseñado Kimiya —contestó Tamara mientras subían la escalera de entrada—. Le dije que necesitaba distraerme para no pensar en..., ya sabes. En ti y en Aaron.

«En ti y en Aaron». Aaron había muerto y Call vivía, pero a Tamara debía de haberle parecido una especie de muerte en vida, pues estaba atrapado en el Panopticon y todos creían que era malvado.

Se dio cuenta de lo mucho que le había aterrorizado pensar que Tamara también lo creyera. Casi se sintió desfallecer de alivio al ver que, al parecer, no había sido así.

Por dentro, la casa tenía un bonito salón, con cortinas de encaje y pequeñas mesas cubiertas de mantelitos de ganchillo. Sobre una mesita de café, había una jarra con limonada. Era acogedora, pero del mismo modo en que la casita de chocolate de una bruja era acogedora. Aun así, no iba a quejarse. Estaba fuera de prisión y con Tamara. Hasta habían llevado a *Estrago*.

—Déjame ver esas esposas —dijo Tamara mientras Call se sentaba en el primer sofá que había visto en meses. ¿Quién habría pensado que se podía echar de menos un sofá? Tamara frunció el ceño—. ¿De qué están hechas? No es metal.

—No las puedes abrir sin herramientas especiales —le informó Anastasia—. Por desgracia, no las tengo aquí. —Se puso en pie—. Call, ven conmigo. Veré si puedo

improvisar algo.

Call se sentía reacio a apartarse de Tamara, ya que no sabía cuánto tiempo podría estar con ella, pero tenía que librarse de las esposas. A regañadientes, se puso en pie y siguió a Anastasia a la cocina.

Esta le señaló un taburete. Había un maleta grande, negra y pesada sobre la encimera, parecida a un antiguo maletín de médico. Anastasia metió la mano dentro y sacó unos cuantos cristales, que puso en una bandeja. Luego encendió el quemador debajo de ellos.

Mientras se calentaban, Anastasia se volvió hacia Call.

—Ha sido una pena que no pudiéramos llegar hasta ti antes. Sé que la espera ha resultado muy dura.

Call se removió en el asiento. Muchas veces, Anastasia actuaba como si supiera lo que estaba pensando o sintiendo. Algunas veces acertaba, otras no, pero su convicción no flaqueaba.

También tenía otra convicción, una que le había mencionado la única vez que lo fue a visitar al Panopticon. Creía que, como era la madre de Constantine Madden, también era su madre.

Call no pensaba que la cosa funcionara así, pero sabía que era mejor no discutir con Anastasia. Parecía absolutamente segura de sí misma. Así que decidió no sacar el tema y esperar que no surgiera en la conversación.

—Tamara, claro, estaba desolada por no poder ir a visitarte —añadió.

Call quiso creer que eso era cierto.

—Es una buena amiga.

—¿Amiga? —Anastasia rio con una risa tintineante—. Es tan evidente que le gustas... Me parece muy tierno.

Call la miró; la cabeza le daba vueltas. ¡A Tamara no le gustaba en ese sentido! Era ridículo. Tamara era guapa, lista, rica, y tenía unas cejas perfectas.

Desde que se conocieron, había tenido claro que estaba fuera de su alcance. Recordó que la había visto bailar con Aaron al principio del Curso de Cobre. Hacían muy buena pareja. Sabía que él nunca quedaría bien al lado de Tamara. Si bailaban juntos, incluso si pudiera seguirla con la pierna como la tenía, estaba seguro de que la pisaría.

Los cristales comenzaron a hacer un extraño ruido, como un lamento, y Anastasia apagó el quemador.

—Tierra y fuego juntos —explicó—. Es más fácil extraer su poder de esta manera.

Entonces puso una mano sobre la cadena de las esposas y la derritió. Call tuvo que apartarse de golpe para evitar que le salpicara el metal líquido. Este cayó sobre el linóleo del suelo y comenzó a humear siniestramente mientras el plástico se ennegrecía alrededor de las salpicaduras.

Anastasia miró el suelo con el ceño fruncido.

—Esto es todo lo que puedo hacer por ahora, pero así tendrás mucha más movilidad hasta que podamos quitarte las manillas.

Call casi no le prestaba atención. Miraba fijamente el suelo que se derretía y se preguntaba si podría ser verdad, si realmente le gustaba a Tamara. Anastasia era amable y rara, y quizá estaba un poco loca. Probablemente se equivocaba.

Pero ¿y si no fuera así?

—Vuelve al salón —le dijo Anastasia—. Yo iré dentro de un momento, después de limpiar esto.

Mecánicamente, Call regresó con Tamara y Jasper, que estaban discutiendo sobre la casa.

—Anastasia nos ha buscado esta casa, donde podemos escondernos de los magos —estaba diciendo Tamara—. La ha rodeado con una cortina de aire mágico que impedirá que nos encuentren. Podemos quedarnos aquí y pensar qué hacer a continuación.

Call la miró como si no fuera una de sus mejores amigas, como si no hubieran compartido una sala durante los últimos tres años. No, era imposible que él le gustase. En todo caso, le había gustado Aaron.

—¿Cuándo tendrás que volver al Magisterium? —preguntó de sopetón—. Quiero decir, van a notar que no estás.

«Genial —pensó—. Parece que quiera librarme de ella».

Tuvo la horrible idea de que quizá le costase tanto hablar con Tamara como le había costado hablar con Celia cuando se había enterado de que quería salir con él. ¿Y si eso fastidiaba su amistad? ¿Y si quedaba como un tonto?

Tamara no lo miró a los ojos al responder.

—No puedo volver, Call.

—¿Y yo qué? —gritó Jasper—. ¿Qué hay de mi vuelta a la escuela? ¡Tengo que ir! ¡Celia está allí!

Call intentaba asimilar el sacrificio que Tamara se proponía hacer.

—¿Nunca? —le preguntó Call—. ¿No puedes volver nunca a la escuela?

Quizá sí que tenía un encanto irresistible, después de todo. Tal vez fuera cierto que le gustaba. O puede que solo estuviera siendo una amiga extraordinaria.

Era posible que nunca llegara a saberlo.

Tamara miró a Call un largo rato.

—No voy a quedarme sentada estudiando magia mientras los demás aprendices hablan de que los magos te han atrapado y van a cortarte la cabeza. No voy a volver a menos que vuelvas conmigo. Y para eso, antes tendremos que limpiar tu nombre.

Call tragó con fuerza. Sabía que los otros alumnos habrían dicho cosas terribles sobre él, pero nunca había pensado que hablarían de cortarle la cabeza. Y lo que era peor: no creía que hubiera ninguna manera de limpiar su nombre, no mientras todos creyeran que, en el fondo, era Constantine Madden.

—¿Os estáis oyendo? —preguntó Jasper—. ¿Y cómo pensáis hacer eso?

—Aún no lo sé —admitió Tamara—. Pero Ravan nos ha ayudado antes y nos ayudará con esto.

—¿Ravan? —exclamó Jasper—. ¿Esa cosa en el Panopticon era Ravan? ¡Tamara, no puedes confiar en una Devorada, aunque una vez fuera tu hermana!

A Call le daba vueltas la cabeza al pensar en lo que había hecho Tamara para sacarlo de la cárcel. Y con Anastasia Tarquin, nada menos. ¿Cómo habrían acabado juntas? ¿Qué querría Anastasia?

Mientras Jasper y Tamara seguían discutiendo, Call se encontró mirando fijamente a Tamara, memorizándola: los ojos, el tono de su voz cuando estaba enfadada, la curva de la boca cuando sonreía. Temía volver a perderla. Estaba acostumbrado a meterse en problemas con ella y a hacer planes desesperados para resolverlos. Estaba acostumbrado a arrastrar con ellos a un reticente Jasper. Pero antes Aaron siempre había estado allí.

Siempre había dado por sentado que era Aaron quien arrastraba a todos, y como a él le caía bien Call, los demás también le aguantaban.

Sin Aaron, todo parecía raro e incorrecto. Desequilibrado. Incierto.

Sin Aaron, ¿seguiría gustándole a Tamara? ¿Podrían seguir siendo amigos cuando solo quedaban ellos dos, en lugar de los tres?

Pensar en Aaron le hizo sentir como si un frío puño se cerrara en torno a su corazón. Aaron debería estar ahí, discutiendo sobre lo que iban a hacer. En vez de eso, se había ido. Call y Tamara se habían quedado solos. Esa idea le aceleró el corazón.

Anastasia Tarquin entró en la sala. Tras ella había alguien conocido, vestido con un pesado hábito. Tamara ahogó un grito y se levantó a medias del sofá.

Era el Maestro Joseph.

Call se puso de pie, dispuesto a atacar, pero no hubo caos que comenzara a salirle de los dedos. Incluso sin la cadena, de algún modo las esposas seguían impidiéndole emplear la magia.

Jasper retrocedió unos pasos y luego se quedó paralizado, mirando. Claro, la última vez que había visto al profesor de Constantine, la tumba del Enemigo de la Muerte estaba desplomándose sobre ellos.

—¿Qué —empezó a decir Jasper, con voz ahogada— está haciendo él aquí?

—¿Anastasia? —preguntó Tamara, elevando la voz—. ¿Qué está pasando?

—Me temo que no he sido totalmente sincera contigo —confesó Anastasia—. Ni sobre mí misma ni sobre mis razones para liberar a Call. Verás, antes de llamarme Anastasia Tarquin, tuve otro nombre: Eliza Madden. Soy la madre de Constantine y Jericho Madden.

A Call se le cayó el alma a los pies.

Tamara la miró boquiabierta.

—¿Qué?

—Sí —continuó Anastasia—. Seguro que nunca habías pensado que el Enemigo

de la Muerte tuviera una madre, pero así es. He perdido a mis dos hijos, pero no voy a perder a Call. No permitiré que los magos lo dejen pudrirse encerrado en una celda. Y, desde luego, no permitiré que lo ajusticien después de la farsa de un juicio.

—¿Ajusticiarme? —repitió Call. ¿Se estaba poniendo en lo peor o sabía algo en concreto? ¿Era eso lo que habían decidido los magos?

—¡Íbamos a limpiar su nombre! Y en vez de eso, ¿quieres volver a ponerlo en manos del monstruo culpable de que hayas perdido a tus hijos? —preguntó Tamara, haciendo un gesto hacia el Maestro Joseph.

—Eso es mentira —replicó Joseph. Con un gesto de la mano, envió a Tamara volando de vuelta al sofá. Su cuerpo rebotó contra los cojines.

—¡Déjala en paz! —gritó Call, olvidando todo lo demás.

Estrago comenzó a gruñir, y un fuego chisporroteó en el centro de la palma de Jasper.

El Maestro Joseph los miró a todos con pena.

—Había esperado que vinieras conmigo por tu propia voluntad, pero soy perfectamente capaz de llevarte a la fuerza.

El rostro de Anastasia era como el mármol.

—No harás ningún daño a Callum —ordenó—. ¡Joseph!

Era imposible que confiara en el Maestro Joseph, ¿verdad? Call trató de ponerse en pie, pero otra onda salida de la mano del Maestro lo derribó. El mago movió la muñeca, torciéndola, y un torbellino de viento surgió de sus dedos y rotó hacia ellos.

Call y Tamara quedaron aplastados contra el sofá; Jasper, pegado a la pared. Incluso *Estrago* cayó plano al suelo, gimiendo y gruñendo por encima del ruido del viento. La puerta se abrió a la espalda del Maestro Joseph. Por ella entraron los caotizados, los seguidores sin mente, parecidos a zombis, del Enemigo de la Muerte. Crearlos había sido uno de los peores crímenes de Constantine, y también, según gente como el Maestro Joseph, uno de sus grandes logros.

Implacables, los caotizados rodearon a Call, Tamara y Jasper, los cogieron por los brazos y los obligaron a salir al exterior. Una vez allí, se detuvieron, formando una especie de círculo. Parecían totalmente fuera de lugar en el bonito claro con la casa en el centro.

Anastasia y el Maestro Joseph salieron al porche. Anastasia observaba a Call con la misma ansia de antes. Otro coche apareció en el camino de entrada. *Estrago*, ladrando y gruñendo, corría alrededor del círculo, incapaz de acercarse.

¿Por qué se habían detenido los caotizados? Call sabía que no tomaban decisiones propias; eran las conchas de seres humanos a los que les habían metido el caos en el alma, y obedecían ciegamente a sus Señores.

Sus Señores. Constantine Madden había creado a los caotizados, así que él era el makaris, su Señor. Esa era la única cosa buena de tener el alma de Constantine.

Call se aclaró la garganta. Lo que iba a hacer le daba bastante vergüenza.

—Soltadme —ordenó—. Soy vuestro Señor. Soy el Enemigo de la Muerte. Su

alma es la mía. Soltadme, caotizados.

Las últimas dos veces que había hecho eso, le había funcionado.

Esa vez, no pasó nada.

Era como si se estuviera dando contra un muro. Los caotizados se limitaron a mirarlo, con sus ojos centelleantes como los de *Estrago*, que no paraban de girar.

Quizá fuera por las esposas, pensó mientras trataba de contorsionar las manos para librarse de ellas.

Entonces, se abrió la puerta del coche recién llegado. De él salió un chico alto con el cabello castaño alborotado. Lucía una chaqueta de cuero y una desagradable sonrisita sarcástica.

Alex Strike. El asesino de Aaron, y el único otro mago del caos que conocía.

Call soltó un rugido y se lanzó hacia él. A su espalda, Tamara gritaba y pateaba a los caotizados que la sujetaban.

—¡Te mataré! —Había lágrimas en la voz de Call mientras corría hacia Alex—. ¡Te mataré!

—Detenedle —ordenó Alex perezosamente. Un segundo después, Call notó que lo agarraban una docena de caotizados, con manos que parecían de hierro. A Alex le bailaban los ojos.

—A estos los he hecho yo —explicó, con un gesto hacia los caotizados del claro—. Soy su makaris, no tú ni Constantine. Me obedecen a mí.

—Ya basta —intervino Anastasia desde el porche—. No harás ningún daño a Call. Nadie hará daño a Call. Alex, ¿no lo entiendes? Tenemos que dejar atrás nuestras diferencias.

Alex la miró secamente, y luego al Maestro Joseph, como si esperara oír otra cosa. Pero en vez de eso, el Maestro Joseph les sonrió, como si todo estuviera yendo a la perfección.

—Así es, nadie tiene que hacer daño a nadie. Regresemos a la fortaleza en paz. Tenemos mucho de que hablar. El futuro que hemos aguardado durante tanto tiempo finalmente ha llegado.

El rostro de Alex se volvió petulante, pero ninguno de los adultos pareció notarlo. Anastasia tenía los ojos fijos en Call.

—Seguramente ahora estás muy enfadado conmigo, pero esto es lo mejor para ti. Necesitas protección. Los magos solo entienden las demostraciones de fuerza. Te pusiste a su merced, y mira lo que ocurrió.

—¡Ravan lo sabrá! —gritó Tamara—. Cuando no me reúna con ella como acordamos, sabrá que nos has traicionado. Se lo dirá a todos.

Anastasia meneó la cabeza y chasqueó la lengua como si Tamara fuera una alumna que no acabara de entender la lección.

—¿Y quién la creerá? Es una elemental escapada que ha prendido fuego a una prisión.

Tamara tenía aspecto de estar derrotada y furiosa consigo misma. Call quiso

decirle que no era culpa suya que el plan se estuviera estropeando, que era lo que solía suceder cuando él estaba cerca. Pero antes de que pudiera abrir la boca, la cosa muerta que lo sujetaba comenzó a arrastrarlo de vuelta a la furgoneta. Al cabo de un momento, todos estuvieron dentro, incluido *Estrago*.

—¿En serio? —dijo Jasper tristemente desde uno de los bancos—. Las reuniones clandestinas con los siervos del Enemigo de la Muerte no van a limpiarte el nombre, Call. De hecho, todo lo contrario. Esto es lo opuesto de limpiarte el nombre.

—¡Nadie había planeado esto, Jasper! —replicó Tamara.

—El Maestro Joseph sí —contestó Jasper, con doloroso acierto. Call estaba acostumbrado a los comentarios sarcásticos, pero esa vez era diferente. Jasper tenía razón.

Estrago aulló frustrado y recorrió varias veces el pequeño espacio antes de sentarse apoyado en la pierna de Call.

Este suponía que oíría a alguien meterse en la cabina y arrancar el motor, pero en vez de eso notó que la furgoneta entera se alzaba en el aire entre sacudidas. Todos se fueron a un lado, gritando. Jasper chocó con Call antes de caer sobre *Estrago*. Call se golpeó la pierna contra el duro banco. Tamara se fue contra él; le metió el cabello en la boca y la rodilla en un lugar en el que Call no quería pensar.

Ay.

Luego la furgoneta se sacudió de nuevo y todos rodaron en la dirección contraria.

—¡Eh! —gritó Call cuando recuperó el aliento—. ¡Creía que nadie iba a hacer daño a nadie!

Después de unos cuantos minutos más sacudiéndose, la furgoneta se estabilizó y avanzó por el aire con más suavidad. Se quedaron en el suelo hasta que sintieron que estaban a salvo, y luego se sentaron en los bancos con cautela.

Jasper se frotó el cuello.

Tamara estaba en silencio junto a Call. Este respiró hondo y, nervioso, alargó una mano y cogió la de ella. Era cálida y suave, y la agarró con fuerza mientras volaban hacia la fortaleza que en un tiempo había pertenecido al Enemigo de la Muerte.



CAPÍTULO CUATRO

Pasaron horas, durante las cuales Call fue dormitando y despertándose. Estaba muy nervioso, pero también exhausto. No dejaba de pensar en Alastair, en que no iba a saber dónde se encontraba. Se enteraría de que había escapado de la prisión; muy pronto, todos en el mundo mágico sabrían que había un makaris suelto. Pensar en lo mucho que se preocuparía su padre le hacía sentir vacío por dentro.

Tamara no durmió. Cada vez que Call abría los ojos, la veía contemplando tristemente el vacío. Una vez, tenía lágrimas en las mejillas. Se preguntó si estaría angustiada porque el plan de fuga no había funcionado como esperaba. O quizá echara de menos a Aaron.

Tamara había salvado a Call cuando Alex Strike trató de robarle su magia del caos. Pero, al salvarle, había condenado a Aaron, el chico más agradable, la mejor persona que Call había conocido nunca.

Solo había podido salvar a uno de ellos y le había elegido a él. Nadie en su sano juicio lo habría hecho.

No le sorprendía que se arrepintiera. Lo único que se preguntaba era hasta qué punto se arrepentía. Al menos, así había sido hasta su conversación con Anastasia.

En ese momento ya no sabía qué pensar. Por un lado, quería creerla. Por el otro, la fuente de esa información era Anastasia, que no resultaba demasiado fiable.

Finalmente, la furgoneta dio contra la tierra en un aterrizaje que los envió a todos al suelo. Alex Strike abrió las puertas traseras. Call notó que se le ponía la piel de gallina al ver a Alex, y se preguntó si alguna vez se acostumbraría a tenerlo delante. Si alguna vez no sentiría el impulso de hacer que se le hinchara la cabeza hasta estallar como una fruta demasiado madura.

Lo cierto era que no quería acostumbrarse.

—Bienvenidos a casa —dijo Alex, mientras se apartaba para que pudieran bajar de la furgoneta. No estaba solo: tras él había un semicírculo de caotizados, pero ni rastro del Maestro Joseph.

En el horizonte, el sol se estaba poniendo y el cielo, rojo y púrpura, parecía arder. Se hallaban en una isla, en mitad de un ancho río; podían ver las dos orillas a lo lejos. La hierba crecía descuidada entre los lilos.

Frente a la furgoneta se alzaba un enorme caserón de piedra amarilla, con torres como las de un castillo. Había una enorme entrada porticada. En comparación, hasta la casa de la familia de Tamara parecía pequeña, aunque las malas hierbas crecían alrededor y todo el lugar parecía abandonado y un poco extraño.

Estrago, libre de los límites de la furgoneta, ladró con fuerza. Call estaba a punto de mandarlo callar cuando un coro de ladridos y aullidos respondieron.

Tamara abrió mucho los ojos.

—Otros lobos caotizados —dijo, mientras el ruido seguía. Era hermoso y estremecedor. *Estrago* no parecía saber qué hacer; saltó hacia delante con curiosidad, pero luego se acurrucó contra la pierna de Call. Este le acarició la cabeza.

Alex se rio.

—¡Estúpido animal!

Tamara se encendió.

—No hables así de *Estrago*.

—¿Y quién dice que me refería a *Estrago*?

Alex comenzó a subir la escalera hacia la puerta de la casa. Los caotizados también echaron a andar, obligando a Call, Jasper y Tamara a caminar hacia la entrada.

Cruzaron la gran puerta delantera y se encontraron en un enorme vestíbulo. Una lámpara de araña de cristal coloreado colgaba del techo, perdida entre las sombras. Una amplia escalera partía del vestíbulo y llevaba a quién sabía cuántos pisos. Sobre una chimenea colgaba la máscara de plata de Constantine Madden, la misma que el Maestro Joseph llevaba la primera vez que Call lo había visto, la máscara que le había permitido hacerse pasar por Constantine durante mucho tiempo, mientras esperaba a que Call creciera y ocupara el lugar del Enemigo.

Sobre ella colgaba el Alkahest. El aire vibraba a su alrededor, lo que indicaba algún tipo de protección mágica. Había sido creado para destruir a los magos del caos, pero Alex lo había modificado para que robara el caos. Lo había empleado para matar a Aaron y robarle su poder. De no ser por el Alkahest, no habría ninguna banda de caotizados obedeciendo a Alex. De no ser por el Alkahest, Aaron no estaría muerto.

Jasper hizo un ruido de admiración. Tamara lo fulminó con la mirada.

—Sí, es una bonita cabaña —comentó Alex con frivolidad—. Venid. Vosotros —chasqueó los dedos hacia los caotizados— quedaos aquí.

Call y sus compañeros siguieron a Alex a una amplia sala con una gran mesa de

madera en el centro. El Maestro Joseph se hallaba allí, removiendo el contenido de un enorme caldero con una pesada cuchara de metal.

—¡Ah! —exclamó—. Me alegro de que hayas llegado. Aquí todo es muy civilizado, ¿ves? No como en la prisión de donde vienes.

«Pero sigue siendo una prisión», pensó Call. Aun así, dejó que el Maestro Joseph dijera unas palabras en dirección a las esposas, que hicieron que al fin se las pudiera quitar. Se frotó la piel de debajo.

—¿Dónde está Anastasia? —preguntó. Su presencia le hacía sentirse incómodo, pero la creía cuando decía que velaba por su bienestar.

—Arriba, preparándose para la cena —contestó el Maestro Joseph. Y señaló el contenido del caldero.

—¿Ojo de tritón? —aventuró Call—. ¿Estofado de ancas de rana?

—Mi famoso chile picante, en realidad —contestó el Maestro Joseph—. A Drew le encantaba.

Al oírle mencionar a su hijo muerto, Call se quedó helado. El Maestro le había dicho que no le culpaba de la muerte de Drew, aunque él había sido parcialmente responsable. Call estaba seguro de que una parte del Maestro Joseph le odiaba, y ese odio podía desatarse en cualquier momento.

El Maestro Joseph quería que Call fuera Constantine Madden renacido. Quería que fuera el Enemigo de la Muerte. Aunque tuviese su misma alma, Callum Hunt iba a resultarle una constante decepción.

—¿Qué quieres que haga con Call y su banda? —preguntó Alex con voz de aburrimiento.

—Las habitaciones de Call y Tamara están en el Ala Roja —respondió el Maestro Joseph—. Y en cuanto a nuestro inesperado invitado... —Miró a Jasper—. Ponlo en la antigua habitación de Drew.

—Oh, no —se quejó Jasper—. Qué mal rollo.

El Maestro Joseph le dedicó una sonrisa que era medio mueca de asco.

—Nosotros, aquellos que batallamos noblemente contra la muerte, ya hemos sido acusados de ser macabros en otras ocasiones, de estar demasiado cómodos con la muerte. No nos gusta prestar atención a esa clase de acusaciones. Simplemente nos negamos a reconocer la muerte como un final. Eso es todo.

Jasper no parecía más tranquilo.

—Además, los dormitorios son el único lugar donde no entran los caotizados —añadió Alex.

—Pensándolo bien, me parece perfecto —reculó Jasper.

Pero le lanzó una mirada asesina a Call mientras subían, y le dijo en silencio: «Esto es por tu culpa», antes de que un silencioso caotizado lo escoltara hacia algo llamado el Ala Verde.

A Call y Tamara los condujeron por un pasillo con paredes rojas. A Tamara la llevaron a una habitación al otro lado del pasillo mientras Alex acompañaba

personalmente a Call al interior de su dormitorio y se inclinaba para encender la luz.

—Lo ha decorado Anastasia —le explicó—. ¿Qué te parece?

Al principio, la habitación parecía normal, sencilla, con sábanas y almohadas de rayas blancas y azul marino. Había un sofá y un escritorio. Pero poco a poco fue dándose cuenta del horror que estaba contemplando. Había fotos familiares sobre todas las superficies: Constantine Madden riendo con su hermano Jericho; saludando desde una barandilla junto a sus padres; de acampada con toda la familia.

Fotos de Constantine solo, recibiendo premios en la escuela, en ceremonias donde le añadían nuevas piedras a su muñequera. Sonriendo con su uniforme del Curso de Plata. Había fotos informales con sus amigos enganchadas en los marcos de los espejos, clavadas sobre la cama.

Amigos que estaban, en su mayoría, muertos, asesinados durante la Guerra de los Magos.

—Los libros son los favoritos de Constantine —explicó Alex, en un tono presuntuoso—. La ropa del armario es la que usaba cuando tenía tu edad. Esperan que esto te despierte un montón de recuerdos, pero yo no creo que funcione.

—Vete —dijo Call. Junto a él, *Estrago* gemía nervioso. Notaba que Call estaba alterado, pero no sabía por qué.

Alex se apoyó contra la jamba de la puerta.

—Es que todo esto es tan divertido...

Call recordó que había admirado a Alex. Había pensado que no era más que el ayudante del Maestro Rufus, un aprendiz mayor y guay que se mostraba amable con él. Pero toda esa amabilidad había sido una mentira. Todo en Alex era una mentira, como la magia ilusionista que tanto le gustaba.

—Voy a cambiarme para cenar —le advirtió Call—. Sal de aquí o mírame mientras me desvisto; tú eliges.

Alex puso los ojos en blanco y desapareció dando un portazo.

Call fue a examinar las fotos que había en el marco del espejo. La mayoría eran de Constantine con sus amigos. Reconoció a un Alastair Hunt mucho más joven, rodeando con el brazo a Constantine, sonriendo y señalando algo en la distancia. Y ahí estaba la madre de Call, Sarah, muy joven, con el cabello suelto y una bonita sonrisa. Se hallaba junto a Constantine y le colgaba algo de la cadera.

Miri. El cuchillo que había hecho ella misma. Llevaba a *Miri*. Call notó un dolor en la garganta al pensar que había usado ese mismo cuchillo para tallar palabras en la pared de la caverna de hielo en la que había muerto.

MATA AL NIÑO.

Call fue hasta el armario y lo abrió de golpe.

Seguramente, la ropa que había dentro habría sido más impactante para alguien que no se hubiera criado con Alastair Hunt, alguien que no comprara a menudo en tiendas de segunda mano y almacenes *vintage*. Un montón de vaqueros negros rajados por la rodilla y de bermudas cargo. Junto a ellos, camisetas térmicas de

canalé, camisetas blancas y mucha franela. También había una cazadora vaquera gastada. Los años noventa habían regresado y vivían en el armario de Call.

A pesar de lo que había dicho Alex, Call esperaba que el Maestro Joseph hubiera comprado todo aquello de segunda mano. Eso ya sería bastante espeluznante. Pero al inspeccionar la cazadora vaquera, que tenía parches y cosas escritas, llegó a la conclusión, aún más espeluznante, de que todo eso realmente había pertenecido a Constantine Madden.

Deseó de todo corazón que al menos la ropa interior fuera nueva. No quería llevar los calzoncillos de un Señor del Mal.

La puerta se abrió y entró Jasper.

—No p... p... puedo —tartamudeó—. ¡No puedo quedarme allí!

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Call, harto de las quejas de Jasper. Después de todo, ninguno de ellos había querido que lo raptaran. Nadie quería dormir allí—. ¡No puede ser peor que esto!

Jasper miró alrededor, observando la habitación. Luego se volvió hacia Call.

—Ven conmigo.

Había algo siniestro en su voz que hizo que lo siguiera, con *Estrago* pisándole los talones.

Recorrieron el pasillo rojo y entraron en el verde, pasaron frente a dos puertas y Jasper abrió la tercera.

Era una habitación muy amplia con una gran ventana. La luz del sol hacía brillar las telarañas que había por todas partes. Todas las superficies estaban cubiertas de polvo. Parecía que nadie hubiera entrado allí desde la muerte de Drew. Call tuvo que reconocer que era espeluznante, sobre todo con todos esos caballos.

Caballos de plástico sobre estantes que cubrían una pared entera. Caballos en pósteres. Caballos en una lamparita sobre la mesilla de noche. Caballos corriendo en las sábanas.

—Qué cantidad de... —consiguió decir Call, mirando a su alrededor.

—¿Lo ves? —dijo Jasper—. ¡No puedo dormir aquí!

Incluso *Estrago* parecía un poco sobrecogido. Olisqueaba el aire, preocupado.

—Supongo que la obsesión por los ponis no era solo una parte de la tapadera de Drew —comentó Call. Tenía que admitirlo: esa habitación era peor que la suya.

—Me observan —aseguró Jasper con los pelos de punta—. Vaya a donde vaya en la habitación, me observan con sus ojillos negros y redondos. Es horrible.

Tamara entró en el cuarto. Tras ella, en el pasillo rojo, una puerta estaba ligeramente entreabierta.

—¿Qué estáis mirando...? ¡Hala! —Parpadeó ante tanto caballo.

—¿Cómo es tu habitación? —quiso saber Jasper.

—Normal —contestó Tamara, demasiado deprisa—. Un aburrimiento total.

Call entrecerró los ojos, suspicaz.

—¿Podría dormir ahí? —Jasper parecía encantado con la idea, como si su único

problema en ese momento fueran las habitaciones. Se dirigió a la puerta entornada del pasillo rojo.

—¡No! —exclamó Tamara, yendo tras él—. Y no hay nada que ver en...

Pero él ya había empujado la puerta hasta abrirla del todo. Por un momento, Call pensó que Jasper se había sonrojado, pero solo era el reflejo del interior de la habitación. Era rosa. Muy muy muy rosa.

Tamara dejó escapar un largo suspiro.

—Sé que tenemos problemas mucho mayores, pero ¡mi habitación me da vergüenza!

Las paredes estaban pintadas de color rosa pálido. La cama con dosel era de un rosa oscuro y la gasa que colgaba del dosel, rosa iridiscente. La colcha era rosa neón con muchos volantes. Sobre la cama había un enorme unicornio de peluche con un cuerno de tela plateada. Y en el suelo, una alfombra rosa fucsia en forma de corazón.

—¡Guau! —exclamó Call.

—Pues deberías ver la ropa del armario —se quejó Tamara—. No, en realidad nadie debería ver nunca la ropa de ese armario.

Desde abajo llegó un grito.

—¡La cena!

—¿Creéis que esto es algún malvado plan del Maestro Joseph para asegurarse de que no podamos dormir? —preguntó Call mientras bajaban la escalera—. ¿No hay sectas que, para lavarte el cerebro, no te dejan descansar?

Tamara arrugó la nariz como si no estuviera de acuerdo, pero no dijo nada. Más bien, parecía estar sopesando las posibilidades.

Cuando entraron en la sala con la larga mesa, preparada para seis personas y cargada con suficiente comida para alimentar al doble, Call tuvo que considerar la posibilidad de que el Maestro Joseph tuviera un plan malvado diferente. Además de privarte del sueño, se suponía que las sectas no te alimentaban lo suficiente, pero parecía que el Maestro Joseph tenía la intención de alimentarlos demasiado.

Había colocado el caldero de chile en el centro de la mesa, donde burbujeaba deliciosamente, con un montón de queso encima. En un plato, había más queso rallado, cebollas verdes cortadas y un tubo de nata agria. Cuadrados dorados de pan de maíz se apilaban en forma de zigurat junto a una barra de mantequilla con un cuchillo clavado y una jarra de miel. En el aparador cercano había tres tartas: dos de nueces pecanas y una de boniato. A Call le rugió el estómago con tanta fuerza que Jasper se volvió sorprendido, como si pensara que tenía un lobo caotizado detrás.

Una persona caotizada dejó sobre la mesa una jarra de té con tanta brusquedad que salpicó un poco, luego miró a Call con expresión vacía, inclinó la cabeza hacia él en una especie de reverencia y se marchó de la sala. A Call le sorprendió la violencia con la que se movían los caotizados. Siempre había pensado que luchaban porque se lo ordenaban, pero quizá tuvieran cierta predisposición al asesinato.

Pero estaba demasiado ocupado babeando para pensar en nada más.

El Maestro Joseph parecía complacido con su reacción.

—Sentaos, sentaos. Los demás vendrán enseguida.

Después de muchos meses en prisión, comiendo la desagradable comida carcelaria, Call no necesitó que le insistiera. Se sentó y se colgó la servilleta de tela de la camisa, impaciente.

—¿Crees que estará envenenada? —le susurró Tamara mientras se sentaba a su lado.

Jasper se sentó a su otro lado y se inclinó para oír la conversación.

—Él también va a comer —contestó Call, mirando de reojo al Maestro Joseph.

—Puede que haya tomado un antídoto —insistió Tamara—. Y que se lo haya dado a Alex y a Anastasia.

—No os raptaría a Call y a ti y os daría dormitorios a medida solo para envenenaros —contestó Jasper, también susurrando—. Sois unos idiotas los dos. La única persona a la que envenenaría sería a mí.

La puerta se abrió y entró Anastasia, seguida de Alex. Call casi había olvidado que se conocían mucho: Anastasia se había casado con el padre de Alex para ocultar que era Eliza Madden. Tenía un aspecto magnífico con su traje pantalón blanco y el cabello recogido en un tenso moño bajo. Alex llevaba vaqueros y una camiseta negra con una polilla esfinge de la muerte. Era realmente guay y Call pensó que le gustaría tener una igual. (Por otro lado, también parecía la clase de camiseta que llevaría un Señor del Mal).

Alex se sentó e inmediatamente se sirvió chile. Cuando acabó, Jasper le cogió la cuchara, y pronto todos estaban ocupados con su comida (excepto Anastasia, que solo cogió un poco de pan de maíz y lo mordisqueó por el borde).

Al primer bocado de chile, los sabores llenaron la boca de Call: dulce, especiado, ahumado. No era como la comida de prisión y no era como el liquen.

—La comida del mal es muy buena —le musitó a Tamara, a su izquierda.

—Así es como te atrapan —le explicó ella, también en voz baja, pero ya estaba repitiendo de pan de maíz.

—Esto es una maravilla —comentó el Maestro Joseph, mirando alrededor con un engañoso aire de bondad—. Recuerdo comidas así con Constantine y sus amigos. Jasper, tú serías un excelente Alastair Hunt, y tú, Tamara, serías Sarah, claro.

Tamara parecía horrorizada ante la idea de ser la madre de Call. Y él estaba horrorizado ante toda la conversación.

—Hum... —dijo Alex, que parecía estar divirtiéndose—. ¿Y yo quién sería?

—Jericho, no —respondió Anastasia secamente.

—Serías Declan —opinó el Maestro Joseph—. Era un buen chico.

Declan Novak era el tío de Call. Había muerto en la Masacre Fría, protegiendo a Sarah. Aunque no lo había conocido, Call estaba seguro de que no se parecía en nada a Alex.

—Yo debería ser Constantine —masculló Alex. Miró en dirección a la otra sala,

donde la máscara de plata y el Alkahest colgaban sobre la chimenea.

—Bueno —dijo Jasper en voz alta, rompiendo el incómodo silencio que se había producido después de esa declaración—, ¿quién quiere tarta? Yo seguro que sí.

Se puso en pie con su plato, pero el Maestro Joseph le hizo un gesto para que se quedara donde estaba.

—Espera a que Call escoja el primer trozo de tarta. En esta casa, todas las cosas sirven al Enemigo de la Muerte.

Alex tiró su tenedor sobre la mesa.

—¿Así que se supone que tenemos que hacer lo que diga Call solo porque tiene el alma de un tipo muerto?

—Sí —respondió el Maestro Joseph, mirando a Alex con los ojos entrecerrados.

Jasper tragó saliva y se sentó, sin su tarta.

—¡Call no quiere nada de esto! —estalló Alex—. ¡No le interesa crear caotizados! ¡No quiere dirigir un ejército contra el Magisterium!

—Call no existe —replicó el Maestro Joseph—. Solo Constantine Madden. Nuestra misión es hacer entender a Callum Hunt quién es.

—Eso no es cierto —intervino Tamara con voz temblorosa—. Call es Call. Lo que fuera que hizo que Constantine estuviera tan perturbado, a él no le ha ocurrido.

—Lo que hizo que Constantine estuviera tan perturbado, jovencita —respondió el Maestro Joseph—, fue perder a su mejor amigo, a su hermano, su contrapeso. ¿Vas a decirme que eso no le ha pasado a Call?

Al oír mencionar a Aaron, Call perdió los nervios. Cogió el cuchillo de mesa que tenía junto al plato y señaló a Alex con él.

—Yo no perdí a mi mejor amigo: Alex lo asesinó. Le robó su poder de makaris. Pero nunca será ni la mitad de lo que fue Aaron.

Los ojos de Alex ardían de furia.

—¡Soy el doble de cualquiera de vosotros! Aprendí yo solo a modificar el Alkahest y a arrebatar el poder de dominar el caos a otro mago. Soy el primer makaris que lo ha logrado. En pocos meses, he aprendido a crear caotizados, ¡algo que tú ni siquiera sabes hacer!

Call recordó cómo había ido su intento de resucitar a Jennifer Matsui, y no dijo nada.

—Das asco —soltó Tamara—. Que estés orgulloso de eso da asco.

—¡Vosotros dos! —riñó el Maestro Joseph—. ¡Todos vosotros! Sé que tenéis vuestras diferencias, pero esa actitud no ayuda. Has logrado muchas cosas, Alex, pero todas se basan en los descubrimientos de Constantine. Démosle a Call la oportunidad de averiguar quién es; si no lo hace, yo mismo le arrebataré su poder.

Call contuvo el aliento, pensando en el Alkahest y en lo que podía hacer. El Maestro Joseph se había pasado muchos años anhelando el poder del caos. Por fin podía tenerlo, si estaba dispuesto a cogerlo.

Jasper se levantó y se cortó una buena porción de tarta de nueces pecanas. Todos

dejaron de gritarse y lo observaron mientras se la servía en el plato, se sentaba y se llevaba a la boca con el tenedor un trocito de aspecto delicioso.

—¿Qué? —preguntó cuando notó que lo miraban—. Esto sí ayuda. Ahora ya no tendrán que pelearse sobre quién se sirve primero.

Alex parecía a punto de saltar por encima de la mesa y estrangular a Jasper. Call se sentía así muchas veces, pero, en ese momento, la actitud de Jasper pareció una heroicidad.

El Maestro Joseph cortó más tarta, y Call se comió un trozo enorme de boniato y pecanas, acompañando cada bocado con una mirada de odio e intentando mostrar su superioridad comiendo más tarta y mejor. Su contrincante no estuvo a la altura: Alex picoteó las nueces de arriba y las del medio, y dejó la corteza y la cobertura en el plato. Call le lanzó una sonrisita despectiva.

Finalmente, el Maestro Joseph se puso en pie.

—Ha sido un día muy largo y creo que ya es hora de descansar. Call, hay carne picada para *Estrago* en la nevera. Coge todo lo que necesites. Espero que ya te hayas dado cuenta de la estupidez que sería intentar dejarnos. Hay caotizados en todas las puertas para impedir que te vayas.

Call no dijo nada, ya que no había nada que decir. Volvía a estar prisionero..., y esta vez Jasper y Tamara también lo estaban.

Anastasia se despidió de él con un breve e incómodo apretón en el hombro y un beso en la coronilla. Call se quedó muy quieto, intentando no poner cara de asco. Nunca había tenido madre, pero no creía que fuera así como se suponía que debía de ser.

Cuando estuvieron solos en lo alto de la escalera, Tamara se volvió hacia Call y Jasper con una mirada decidida en los ojos, y con un seco susurro juró: «Vamos a salir de aquí».



CAPÍTULO CINCO

Se reunieron en la habitación rosa, tirados sobre la mullida alfombra en forma de corazón. Mientras trazaban un plan, Tamara iba arrancando salvajemente el encaje de los bordes y las mangas de unos vestidos color pastel realmente extraños. Se suponía que el rosa tranquilizaba a la gente, pero Call solo se sentía deprimido y muy muy lleno.

—No puedo creer que tu plan original de fuga requiera otro plan de fuga —dijo Jasper—. Se te dan fatal las fugas.

Tamara le clavó una mirada glacial.

—Supongo que cuantas más veces nos fuguemos, mejor lo haremos.

Pasado un momento, Jasper se animó.

—Quizá no sea tan malo que nos hayan raptado. Quiero decir que todo esto es muy dramático. Cuando Celia se dé cuenta de lo que me ha pasado, se sentirá terriblemente mal por haberme dejado. Se llevará mi foto al corazón, temiendo por mi vida, y soltará una lágrima por el amor que tuvimos. Pensará: «Ojalá regresara. Le rogaría que volviera a ser mi novio».

Call lo miró anonadado, incapaz de hablar.

—Bueno, eso si no escapamos enseguida —continuó Jasper—. Necesita tiempo para descubrir que no estoy y llegar a ese nivel de sufrimiento épico. Quizá unas semanas. Después de todo, la comida de aquí es muy buena.

—¿Y si para entonces ya tiene otro novio? —preguntó Tamara—. Quiero decir...

—De acuerdo —le cortó Jasper—. ¿Qué vamos a hacer? Tiene que ser esta noche.

—He revisado las ventanas, al menos las de esta habitación. Son de materia elemental, como las del Panopticon —explicó Tamara—. No se rompen. Quizá

podríamos atravesarlas con magia, pero eso supondría mucho trabajo y podría disparar alguna alarma.

—Así que nada de salir por la ventana —concluyó Jasper—. ¿Y enviarle un mensaje a Ravan?

Tamara negó con la cabeza.

—Para hacerlo, también necesitaríamos salir de aquí. Podría tratar de invocar a otro elemental de fuego y enviarlo a buscarla, pero eso es magia avanzada. Nunca he hecho nada parecido.

—Bueno, el Maestro Joseph ha dicho que tengo que dar de comer a *Estrago* la carne que hay en la nevera, y debe de saber que lo tengo que sacar a pasear —intervino Call—. Al menos, eso nos dará una excusa para salir de la casa.

—No nos permitirán sacarlo a pasear todos juntos —opinó Tamara—. El Maestro Joseph no puede ser tan tonto.

Jasper frunció el ceño.

—No. Pero tiene que haber otros caotizados por aquí, ¿verdad? Esta es la fortaleza del Enemigo de la Muerte. Aquí es donde están todos.

—¿Y? —preguntó Tamara, mientras arrancaba otro volante de una falda, dejando sueltos un montón de hilos—. ¿Eso no es peor para nosotros?

Jasper miró a Call de reojo.

—No, porque quiere decir que debe de haber algunos de los que controla Call. ¿Y si sacamos a pasear a *Estrago* y consigue que uno de sus caotizados pelee contra los de Alex? Sería una distracción suficiente para poder escabullirnos.

Call respiró hondo.

—Quizá debáis escaparos vosotros dos. Podéis sacar de paseo a *Estrago*, como habéis dicho, y luego seguir andando. *Estrago* os puede ayudar a manteneros a salvo de lo que sea que haya en los bosques, y yo me quedaría aquí e intentaría impedir que os persigan. Podrías volver con ayuda. El mundo de los magos quizá me odie, pero no quieren que me quede con el Maestro Joseph; creen que soy peligroso.

—Si hacemos eso, es muy posible que el Maestro Joseph se vaya de aquí y te lleve consigo —dijo Tamara—. No se quedará esperando a que volvamos con la Asamblea y un ejército. No, tenemos que irnos juntos.

—Además —repuso Jasper—, si la Asamblea os atrapa y te encuentran con el Maestro Joseph, supondrán que estás con él porque quieres.

Jasper, pensó Call, tenía la maldita costumbre de imaginar siempre lo peor que podía pensar la gente. Seguramente porque su mente también funcionaba así. Pero eso no le quitaba razón.

—Muy bien —reconoció Call—. Entonces, ¿cuál es el plan?

Tamara respiró hondo.

—Los caotizados —respondió.

—¿Haremos que se peleen entre ellos? —Jasper parecía encantado—. ¿De verdad?

—No —contestó Tamara.

—Quizá todos los que están en la casa sirvan a Alex —dijo Call.

—No lo creo —repuso Tamara—. Recordad lo que dijo: «A estos los he hecho yo». No puede haber hecho a todos los caotizados que hay dentro y fuera de la casa. Son demasiados. Algunos de ellos los debió de hacer Constantine y te serán leales.

Call recordó al sirviente caotizado del comedor y la manera en que había inclinado la cabeza.

—Creo que ya sé dónde buscar —dijo lentamente.

El aire de la noche era fresco, así que se separaron para ir a coger la chaqueta y luego se reunieron en el pasillo que unía las habitaciones. El jersey de Jasper tenía un caballo. Tamara llevaba un vestido largo verde pálido con el encaje arrancado, su chaqueta vaquera y la gorra. Call tenía a *Estrago* cogido por la correa.

—Allá vamos —dijo Tamara muy seria.

Bajaron la escalera sigilosamente y llegaron al enorme vestíbulo. Estaba oscuro, con las luces atenuadas. Call le pasó la correa de *Estrago* a Tamara y se metió en el comedor justo en el momento en que el Maestro Joseph bajaba por la escalera.

—¿Qué hacéis? —preguntó a Tamara y Jasper.

Call miró por la rendija de la puerta. El Maestro Joseph llevaba un albornoz gris de rizo, lo que habría resultado divertido en otras circunstancias. Su rostro traslucía una crueldad que había ocultado durante la cena.

—Tenemos que sacar a *Estrago* a pasear —contestó Tamara, alzando la barbilla—. Si no, pasarán cosas feas. En tu suelo. Y en tus alfombras.

Estrago gimió. El Maestro Joseph suspiró.

—Muy bien —accedió—. Permaneced a la vista de la casa.

Para sorpresa de Call, el Maestro se quedó observando cómo Tamara y Jasper abrían la puerta principal y, tras intercambiar una mirada de incredulidad, salían al porche. Vio el agua en la distancia; el río que se hallaba entre ellos y la tierra firme. La casa tenía lo que seguramente se consideraba una vista magnífica, pero Call empezaba a odiarla.

El Maestro Joseph esperó a que la puerta se cerrara tras ellos, se dio la vuelta y se fue por el pasillo.

Call sintió cierto pánico mientras se volvía y se enfrentaba a la oscuridad del comedor. ¿Acaso al Maestro Josep le importaban tan poco Tamara y Jasper que les dejaba marchar? ¿Estaba tratando de demostrarles que podían confiar en él? ¿O había algo horrible fuera que no les dejaría pasar, o incluso les haría daño?

—Señor —dijo una voz.

Call pegó un bote. Una sombra había surgido de la oscuridad. Era el caotizado que le había servido antes.

Tenía el pelo oscuro y los ojos le daban vueltas, como a todos los caotizados. Cojeaba al andar. Debían de haberle herido poco antes de morir. A veces, a Call le costaba recordar que los caotizados eran cadáveres andantes. Contuvo un

estremecimiento al pensar que quizá a otras personas no les resultara tan difícil recordarlo.

—Llévame afuera —le dijo—. Sin que se entere el Maestro Joseph.

—Sssí. —El caotizado se volvió y guio a Call fuera del comedor y por una serie de pasillos retorcidos. Por el camino, Call atisbó una enorme sala con un desagüe en el suelo, como una ducha, y otra con un montón de estantes de brillantes elementales atrapados en tarros. Incluso vio una habitación con grilletes sujetos a las paredes.

¡Caramba!

El caotizado le llevó por un último corredor hasta una puerta que se abría retirando varios cerrojos oxidados. Daba al costado de la casa y el descuidado jardín.

Lo había logrado.

Un bosque rodeaba la extensión de hierba; un bosque con árboles que no le resultaban conocidos. El aire era frío, demasiado frío para septiembre. Debían de estar bastante al norte. Se dirigió hacia los bosques, rodeándose con los brazos. Ya se preocuparía del frío más tarde.

—Muy bien —dijo Call al caotizado, que lo había seguido con pisadas inquietantemente silenciosas—. Esperaré aquí. Ve a buscar a mis amigos: una chica con una gorra, un lobo y un chico con un corte de pelo raro. Diles dónde encontrarme. Quiero decir, no con palabras; no te entenderán. ¿Quizá podrías señalar?

El caotizado lo miró con sus ojos rodantes durante un buen rato. Call se preguntó si debería haber descrito a Tamara, *Estrago* y Jasper de otra manera. Quizá los caotizados no supieran distinguir qué cortes de pelo eran raros. Tal vez tuvieran mal gusto.

—Sssí —dijo de nuevo. Aunque resultaba bastante inquietante, también tranquilizó a Call. El caotizado se dirigió hacia la fachada principal de la mansión.

Call se sentó en un tronco cercano, mirando la enorme casa. A pesar de que sabía que todas las luces estaban encendidas, parecía completamente a oscuras y solitaria: abandonada. Más ilusiones creadas con la magia del aire. Call tendría que prestar mucha atención para encontrar otras cosas que en realidad no estaban allí.

Marcharse le hacía sentirse raro. No era que quisiera quedarse (no le gustaba el Maestro Joseph, odiaba a Alex y Anastasia le ponía los pelos de punta), pero tampoco le gustaba la idea de volver a la cárcel. Y aunque Tamara quisiera llevarlo a algún sitio seguro, no creía que fuera a resultarle nada fácil.

El mundo de los magos quería vengarse de Constantine, y les daba igual lo que le ocurriera a Callum.

Sentía que a nadie le importaba Call, solo Constantine.

Oyó el rumor de pasos acercándose y corrigió ese triste pensamiento: a Tamara sí le importaba. A *Estrago* sí le importaba. A Jasper le importaba un poco, o al menos no pensaba en él como Constantine.

Y a Alastair también le importaba. Quizá su padre y él pudieran marcharse del

país. Después de todo, Alastair nunca había querido que Call cayera en manos de los magos, por miedo a que pasase precisamente lo que había terminado ocurriendo. Probablemente estaría preparado. Y la venta de antigüedades en Europa seguro que iba fenomenal.

—¡Call! —exclamó Tamara, corriendo hacia él—. Lo has logrado.

Jasper miró al caotizado y se estremeció. *Estrago* no paraba de olisquear el aire, nervioso. En la distancia, se oyó un aullido.

—Puede ayudarnos aún más —dijo Call, señalando al caotizado—. Llévanos a la carretera principal más cercana.

—Sssí —contestó el caotizado—. Por aquí.

Call se preparó para otra larga marcha en la oscuridad con la pierna doliéndole. Se puso en pie.

Los cinco avanzaron bajo la luz de la luna tan deprisa como podían, con *Estrago* adelantándose para vigilar y luego volviendo junto a ellos. Call se fue quedando atrás. No estaba acostumbrado a andar. El único ejercicio que había hecho durante meses había sido recorrer de punta a punta su celda e ir a la sala de interrogatorios. La pierna le ardía.

Por suerte, el caotizado avanzaba a su paso.

—Se darán cuenta de que nos hemos ido —susurró Jasper, rogándole a Call con la mirada que acelerase—. Nos perseguirán.

—Voy tan rápido como puedo —le contestó él en un susurro enfadado. Le daba rabia que todo hubiera pasado por su culpa y que fuera también él quien los retrasaba.

—No les resultará fácil encontrarnos —replicó Tamara, echándole una mirada a Jasper—. No saben qué camino hemos tomado. Y apuesto a que no saben que tenemos un guía.

Call le agradeció que lo defendiera, pero seguía sintiéndose fatal. Sin embargo, al cabo de un momento se animó, cuando el terreno comenzó a bajar hacia una carretera de asfalto lo bastante ancha para tener dos carriles.

Estrago ladró entusiasmado.

—¡Ssshhh! —le susurró Call, aunque él también estaba entusiasmado.

Bajaron por la colina.

—Hum... Creo que tendrás que esperar aquí, ¿vale? —le pidió Call al caotizado—. Luego volveremos a buscarte.

El caotizado se detuvo inmediatamente y se quedó quieto como una horrible estatua. Call se preguntó si alguien pasaría por allí e intentaría meterlo en el maletero de su coche, como solía hacer Alastair con las estatuas que se encontraba por los arcones.

—Si hay coches —susurró Jasper mientras se apresuraban hacia la carretera, buscando un lugar mejor iluminado donde intentar parar algún vehículo que pasara—, debe de haber un puente, una manera de salir de la isla...

Call no había pensado en eso, pero esa lógica le quitó algo del peso que sentía en

el pecho. Quizá estuvieran más cerca de la libertad de lo que creía. Si había un puente y alguien paraba para llevarlos al otro lado, entonces prácticamente estarían fuera del alcance del Maestro Joseph. Miraron a ambos lados de la carretera, que parecía desierta. Torcieron una curva y dejaron de ver al caotizado.

De repente, unas luces se dirigieron hacia ellos. Tamara soltó un grito ahogado. Era una furgoneta de reparto en la que ponía FLORES DE HADAS en una tipografía desagradablemente cursi.

—Una camioneta que reparte flores —anunció Jasper, aliviado. Parecía muy poco siniestro, considerando las otras cosas que habían visto en la isla.

Tamara corrió al centro de la carretera y agitó las manos. Call pensó que podría haber hecho unas señales mucho más impresionantes empleando la magia del fuego, pero eso hubiera aterrorizado a cualquier persona corriente.

La furgoneta se detuvo con un chirrido. Un hombre de mediana edad, con el cabello cortado a cepillo y una gorra de béisbol del revés, sacó la cabeza por la ventana.

—¿Qué pasa?

—Nos hemos perdido —contestó Tamara. Se quitó la gorra para que le cayeran las trenzas y parpadeó inocentemente. Con el vestido color pastel, parecía alguien escapado de un grupo en busca de huevos de Pascua—. Hemos remado hasta la isla para echar una ojeada, pero la resaca se llevó el bote cuando no mirábamos y el sol se ha puesto... —Sorbió—. ¿Nos puede ayudar, señor?

Call pensó que llamarlo señor era pasarse un poco, pero el tipo pareció convencido.

—Vale —respondió, algo desconcertado—. Supongo que sí. Subid, chavales.

Al verlos de cerca, el hombre estiró el brazo. Tenía un tatuaje grande en el bíceps que se parecía un poco a un ojo. A Call le resultó extrañamente familiar.

—Eh, eh. ¿Qué es eso? —Señaló a *Estrago*.

—Es mi perro —contestó Call—. Se llama...

—No me importa cómo se llame —le cortó el tipo—. Es enorme.

—No podemos dejarlo aquí. —Tamara miró al hombre con los ojos muy abiertos—. ¿Por favor? Es muy manso.

Y así Call se encontró con Jasper y *Estrago* en la parte trasera de la furgoneta, que estaba vacía y no tenía ni asientos ni ventanas, solo suelo y paredes de metal. Hugo (que era como se llamaba el señor) dijo que Tamara podía ir con él en la cabina. La chica lanzó a Call y Jasper una mirada de disculpa mientras Hugo cerraba las puertas de metal, encerrándolos.

—Traicionado —soltó Jasper—. Una vez más, por una mujer.

La furgoneta se puso en marcha. Call notó que se le relajaban los músculos en cuanto empezaron a avanzar. Aunque estuviera a oscuras, sentado con Jasper, se estaba alejando del Maestro Joseph y de Alex.

—¿Sabes? —comentó—, esa clase de actitud no te ayudará a recuperar a Celia.

Chispeó una luz. Era una pequeña ascua de fuego mágico que ardía en la palma de Jasper. Iluminaba el interior de la furgoneta y el gesto pensativo de Jasper.

—¿Lo notas? —preguntó—, aquí dentro no huele a flores.

Al oírsele decir, Call se dio cuenta de que tenía razón. Y tampoco eran pétalos sueltos o tallos de flores lo que había en el suelo. La furgoneta estaba impregnada de un olor raro, a algo químico, como el formaldehído.

—No me gusta la pinta de ese tipo —comentó Jasper—. Ni su tatuaje.

De repente, Call recordó dónde había visto ese símbolo del ojo antes: sobre las puertas del Panopticon, la prisión que nunca dormía. El corazón se le aceleró. ¿Y si era un guardia que pretendía llevarlo de nuevo a prisión?

De repente, Call oyó a Tamara en la cabina.

—No, por ahí no —decía—. ¡No!

Hugo le contestó algo. Iban por un camino de tierra y comenzaron a saltar sobre baches, por lo que Call no pudo distinguir bien las palabras.

No tardaron en detenerse. Pasado un momento, se abrió la puerta trasera de la furgoneta.

El Maestro Joseph se hallaba ante ella, mirándolos con severidad. Hugo los había devuelto a la fortaleza del Enemigo de la Muerte.

—Ven, Callum —dijo el Maestro. Su voz era calmada, pero Call le vio apretar los puños a los costados. Estaba furioso, pero no quería que Hugo lo viera—. Tenemos que hablar. Esperaba hacerlo mañana y en mejores circunstancias, pero no puedo permitir que vayas paseándote por la isla.

Tamara bajó por el lado del acompañante, derrotada. Call y Jasper saltaron de la parte trasera de la furgoneta, seguidos de *Estrago*, que apoyó el hocico en la mano de Call, confuso por lo que estaba ocurriendo.

Por desgracia, Call lo entendía perfectamente. La prisión del Maestro Joseph no era la casa; era toda la isla.

—Ha sido un honor raptarte, señor —le dijo Hugo a Callum con una gran sonrisa—. Seguramente no me recuerdas, pero te vi en el Panopticon. —Se tocó el tatuaje del brazo—. Estaba allí, encerrado, desde la guerra. Muchos de nosotros lo estábamos. Pero cuando llegaste, supe que todo iría bien. Nunca dejamos de creer en ti, ni siquiera cuando dijeron que estabas muerto. Si alguien puede resucitar, es el Enemigo de la Muerte.

Jasper y Call miraron a Tamara, que se cubría la boca con las manos. El golpe en la cárcel no había sido solo para sacar de allí a Call. El Maestro Joseph había usado a Anastasia para que le ayudara a liberar también a los antiguos seguidores de Constantine.

—No quiero estar en esta isla —respondió Call—. ¿No crees que, si me sirves, deberías cumplir mis deseos?

—Gracias por traerlos tan rápido —le agradeció el Maestro Joseph, antes de que sus palabras pudieran tener algún efecto sobre Hugo.

El hombre volvió a sonreír, saludó a Call inclinando la cabeza y se subió de nuevo a la furgoneta.

—Buena suerte recuperando tus recuerdos —dijo—. Pronto recordarás por qué quieres estar aquí.

Acongojado, Call observó alejarse la furgoneta, y con ella sus planes de fuga.

Estaba tan desanimado que siguió al Maestro Joseph de vuelta a la casa, con Tamara, *Estrago* y Jasper detrás. El Maestro sacó una llave del bolsillo y abrió una sala en la que no habían estado antes. No parecía tener calefacción, y estaba tan fría como el exterior. Al fondo había una puerta de doble hoja, y en el centro, dos sofás.

El Maestro Joseph les hizo un gesto para que se sentaran, pero él permaneció de pie.

—Podría arrancarte tu magia y tu vida —comenzó—. Podría quedarme con tu poder. ¿Prefieres que haga eso?

—Si es lo que planeabas hacer, entonces ¿a qué esperas? —replicó Call.

Tamara y Jasper se incorporaron un poco del sofá, como si creyeran que se avecinaba una pelea. *Estrago* gruñó.

Pero el Maestro Joseph se echó a reír.

—Tengo una propuesta para ti..., ¿qué te parece? Callum, cuando completes la tarea que te tengo preparada, podrás dejar la isla con tus amigos, si es que sigues queriendo hacerlo.

—¿Una tarea? —preguntó Call—. ¿Es alguna clase de truco en el que tengo que domar a algún elemental indomable o separar la tierra de la arena de toda una playa?

El Maestro sonrió.

—Nada de eso. —Abrió las puertas del fondo de la sala. Al cabo de un momento, Call y los demás fueron con él.

Al otro lado de la puerta había una gran sala pintada de blanco. Solo contenía una mesa de metal. Sobre la mesa, yacía un cuerpo perfectamente conservado, cubierto hasta el cuello con una fina sábana blanca.

—La tarea —dijo el Maestro— es resucitar a Aaron Stewart.



CAPÍTULO SEIS

Call oyó el terrible grito ahogado de Tamara. Esta se tambaleó hacia atrás y Jasper la cogió por el brazo. Él no pudo agarrarla porque se había quedado completamente paralizado.

No había duda de que era Aaron el que se hallaba sobre la mesa. Estaba tumbado sobre la espalda. Su pelo rubio estaba bien peinado y tenía los ojos verdes abiertos y vacíos.

Estrago echó la cabeza hacia atrás y lanzó un único y horrible aullido de soledad, abandono y horror. Era como si estuviera haciendo el sonido que Call no podía emitir. Le resonó una y otra vez en los oídos mientras seguía en el mismo sitio y comenzaba a temblar.

—Dios, parad ese ruido... —Era Alex Strike, que apareció detrás de ellos en su pijama negro de seda. Se le veía desarreglado, somnoliento y enfadado, pero su expresión cambió rápidamente a una sonrisita de suficiencia—. Oh. Veo que has decidido mostrarles lo que realmente está pasando aquí.

Tamara, Call y Jasper contemplaron horrorizados cómo se acercaba a la mesa y tiraba de la sábana. Aaron llevaba la ropa con la que debían de haber planeado enterrarle: su uniforme del Curso de Bronce. Alex le cogió una de las muñecas. Los brazaletes de Aaron brillaron. Las piedras por heroísmo le salpicaban la muñequera, junto a las piedras de los cursos de Hierro, Cobre y Bronce. Y la piedra negra del caos, porque Aaron había sido un makaris.

De poco le había servido, pensó Call con amargura. Alex le había robado su magia y ahora solo era una cáscara; una cáscara que antes había contenido vida, movimiento, caos y a Aaron.

—No le toques —gruñó Call.

Alex soltó la mano de Aaron, que cayó pesadamente sobre la mesa.

—Muerto —dijo Alex, alegremente—. *Dead*.

—Creo que hemos captado el mensaje —replicó Jasper—. Gracias.

—¿De qué va esto? —preguntó Tamara, con voz ahogada—. ¿Por qué está aquí Aaron? ¡El Magisterium se dará cuenta de que su cuerpo ha desaparecido!

El Maestro Joseph se había quedado junto a la puerta, observándolos con una alarmante quietud. En ese momento fue hacia el centro de la sala y recorrió el cuerpo de Aaron con la mirada, como si fuera un experimento en una placa de Petri.

—Oh, ya lo saben. Hace tiempo que nos lo llevamos. No han dicho nada porque no quedarían muy bien en el mundo de los magos si se supiera que han fallado también en esto. ¿Perder el cuerpo de un makaris muerto después de tres años sin percatarse de que tenían al Enemigo de la Muerte entre ellos? La Asamblea se los comería.

—Para ser justos con Call —repuso Jasper—, no era nada fácil adivinar que él era el EDLM. Es muy astuto.

Estrago había estado tirando para soltarse de Call, y este acabó por dejarlo ir. Se sentía demasiado entumecido por dentro para preocuparse de si *Estrago* se lanzaba sobre el Maestro Joseph e intentaba morderle en la cara.

Pero no lo hizo. En vez de eso, *Estrago* fue hasta la mesa donde yacía Aaron, lanzó un desgarrador resoplido y se acurrucó bajo ella.

—No lo entiendo —dijo Tamara, conteniendo las lágrimas—. ¿Qué sentido tiene todo esto? ¡Nadie puede resucitar a los muertos! Constantine no lo logró, por eso tenemos a los caotizados.

—Constantine podría haberlo hecho —replicó el Maestro Joseph—. Solo le faltaban unos días para conseguirlo cuando comenzó la Guerra de los Magos. Luego, debido a la Masacre Fría, se vio obligado a comenzar de nuevo. Pero él..., tú... puedes hacerlo ahora. ¡Ese conocimiento estaba en su alma, y su alma está aquí, en ti, Call!

Call miró a Aaron, tendido sobre la mesa. Por primera vez, lo que el Maestro Joseph estaba diciendo no le pareció una completa locura. La muerte era terrible, Alastair aún lloraba a Sarah, y hacía más de una década que había fallecido. A Call le hubiera gustado tener una madre, aunque ella hubiera tenido ciertas reservas hacia él. Y toda la gente que lo odiaba lo hacía porque Constantine Madden le había arrebatado a alguien. Si él, Callum Hunt, realmente pudiera resucitar a la gente (y no solo a medias, como los espeluznantes caotizados, sino de verdad), le perdonarían. Le perdonarían todo.

Y podría tener a Aaron otra vez. Aaron vivo y riendo. Aaron renacido. Tamara no tendría que preocuparse de haber tomado la decisión equivocada al salvarle a él. Call podría dejar de echarlo de menos. Todo volvería a ser como antes.

—Esta es la oferta que estoy dispuesto a hacerte —continuó el Maestro Joseph—: quédate aquí y trabaja para resucitar a Aaron. Alex te ayudará, ya que él fue el

arquitecto de este desafortunado accidente.

Call iba a decir que la muerte de Aaron no había sido ningún accidente y que Alex era un asesino, pero el Maestro Joseph siguió hablando.

—Tendrás acceso a las notas de Constantine y a mi experiencia. Cuando resucites a Aaron, puedes decidir abrazar tu destino y acabar con la muerte..., o puedes irte para siempre. Si eliges irte, Callum, no me opondré. Aceptaré que no hay en ti lo suficiente de Constantine Madden y te liberaré de su destino.

Por un momento, Call no estuvo seguro de haber oído bien. Después de todo ese esfuerzo, ¿iba a dejarlo marchar sin más?

—¿Y qué hay de Tamara y Jasper? —preguntó Call—. ¿Y de Aaron?

—Todos —prometió el Maestro Joseph—. Tamara, Jasper, Aaron, *Estrago*. Todos os podréis ir. Lo único que te pido es que lleves a Aaron ante la Asamblea y les hagas ver lo que hemos conseguido. Si quieren empezar una guerra, que así sea. Pero tengo la sensación de que ver a uno de sus magos más querido vivo de nuevo les hará cambiar de opinión. Porque si puedes resucitar a tu amigo, podrás resucitar también a los suyos. A sus esposas y esposos. A sus padres. A sus hijos. Todos han perdido a alguien. Todos, en lo más profundo del corazón, desean poder vivir un poco más.

Tamara se aclaró la garganta. Había dejado de mirar a Aaron, aunque se notaba que quería volver a hacerlo.

—Me parece justo —dijo.

Call sintió que el alivio lo recorría de arriba abajo. Se alegraba de no ser solo él. Si Tamara también quería hacerlo, entonces tenía que ser buena idea.

—Pero, Callum —prosiguió el Maestro—, si descubres que se te despierta el corazón con lo que hagas, si te das cuenta de que los miembros de la Asamblea son unos cobardes, asustados de llegar a las profundidades de la magia del caos y temerosos de dejar que nadie lo haga..., entonces tendrás que quedarte con nosotros.

»Tamara y Jasper, me encargaré de vuestra formación mientras estéis aquí. Necesitamos magos jóvenes e inteligentes como vosotros. Habéis oído muchas cosas sobre los seguidores del Enemigo de la Muerte. Seguramente os han hecho creer que somos todos malvados, pero cuando llevéis un tiempo aquí, puede que lleguéis a vernos de otro modo, igual que ya habéis sido capaces de separar a Call de las terribles historias sobre Constantine Madden.

—¿Vas a formarnos? —preguntó Jasper—. ¿En qué?

El Maestro Joseph le sonrió.

—Quizá hayas olvidado que hubo un tiempo en que daba clase en el Magisterium. Tuve muchos aprendices, la mayoría con ningún interés en la magia del caos. Yo enseñé a algunos de los padres de los aprendices que hay ahora en el Magisterium.

Call supuso que esos padres no irían alardeando de haber sido alumnos del Maestro Joseph. Se preguntó si sus hijos lo sabrían.

—¿Aceptas mi oferta? —le preguntó el Maestro Joseph finalmente.

Call miró el cadáver de Aaron y quiso decir que sí. Si había alguna posibilidad de resucitar a Aaron, quería aceptarla.

Pero eso no le daría solo un montón de puntos en su lista de Señor del Mal. Eso llenaría la lista completa. Decir sí a eso lo convertiría en un Señor del Mal. Y no cualquier Señor del Mal: lo convertiría en el Enemigo de la Muerte.

Aun así, Tamara no había puesto objeciones y seguía sin ponerlas. Ni siquiera Jasper había dicho nada en contra. Estaba seguro de que ellos también querían tener a Aaron de vuelta. Constantine había intentado resucitar a su hermano, pero aquello había sido diferente. Aaron era una buena persona. Aaron no debería estar muerto.

—Sí —contestó Call—. Lo haré. Lo resucitaré.

La sonrisa del Maestro Joseph fue eléctrica. Alex, mientras tanto, le miró de un modo amenazante.

—Hay una complicación que no he mencionado —añadió el Maestro Joseph.

—No puedes cambiar el trato —replicó Tamara.

—Oh, no. Nada de eso. —Cualquier rastro de simpatía había desaparecido de la actitud del Maestro Joseph. Se mostraba duro, frío y aterrador, igual que el día en que Call lo conoció—. Solo esto: si te escapas de nuevo, destruiré el cuerpo de Aaron para que no haya ninguna oportunidad de que regrese. Y si después de eso vuelves a intentar huir, mataré a uno de tus amigos. Me atenderé a los términos de nuestro trato mientras vosotros tres os atengáis también.

Jasper tomó aire bruscamente.

—No puedes matar a Call —dijo—. Le necesitas. Es tu mago del caos.

—Ahora, Alex también tiene el poder del caos —replicó el Maestro Joseph con la misma voz aterradora—. Y tenemos el Alkahest. No solo mataré a Call si es necesario, sino que tengo los medios para hacerme con su poder.

Call pensó en las siniestras palabras del Maestro Joseph durante la cena: «Démosle a Call la oportunidad de averiguar quién es; si no lo hace, yo mismo le arrebataré su poder».

—Sin embargo, estoy seguro de que no tendremos que llegar a eso. Ahora, a dormir. —El aspecto terrorífico había desaparecido y el Maestro Joseph volvía a parecer normal. Al menos, normal para él—. Por la mañana, comenzaremos nuestros estudios en serio.

Los hizo salir de la sala donde se hallaba el cadáver de Aaron y cerró la puerta con llave tras ellos.

Con una última mirada atrás, Call fue hacia la escalera. Mientras subía, se sintió totalmente exhausto. Había comenzado el día en prisión, y lo había acabado aceptando hacer lo único que había pensado que nunca haría: intentar resucitar a los muertos.

Cuando llegó a lo alto de la escalera, fue hacia la puerta de su cuarto, pero no estaba seguro de poder enfrentarse a él. Se volvió hacia Tamara, que se dirigía a la habitación rosa.

—¿Puedo dormir en el suelo de tu habitación? —preguntó—. Tu dormitorio es el único que no pone los pelos de punta.

—¿Y yo también? —Jasper se apuntó a la idea.

Tamara sonrió un poco.

—Sí. Eso estaría bien.

Jasper desapareció para ir a coger su pijama, y Call hizo lo mismo. Después de cambiarse, arrastró su colchón hasta el cuarto de Tamara y lo puso junto a las patas, al pie de la cama.

Ella estaba frente a la ventana, con un pijama blanco con volantes de encaje. Se volvió hacia él, y pudo ver lo afectada que estaba.

Se quedó clavado en el suelo. Tamara parecía haber perdido hasta la última gota de su espíritu luchador.

—¿Q... qué te pasa? —preguntó.

—Aaron —contestó Tamara—. Ya es bastante terrible que haya muerto, pero que el Maestro Joseph haya robado su cuerpo..., el aspecto que tenía, tan blanco y frío sobre esa mesa...

Los pies de Call se movieron de manera involuntaria. No podía dejarla ahí de pie y sintiéndose tan mal. Cruzó el cuarto hacia ella y extendió la mano con la intención de darle una palmada en el hombro. Pero en cuanto se acercó, ella le rodeó el cuello con los brazos y le hundió el rostro en el pecho.

Call se quedó perplejo, casi sin respiración. Notaba el corazón como un globo suelto, rebotándole en su interior. La rodeó con los brazos con mucho cuidado. Tamara era pequeña y cálida. A veces, Call se olvidaba de lo pequeña que era, porque su valor la hacía ser muy grande en su cabeza.

Olía a jabón y a sol. Call quiso aspirar su olor, pero se dio cuenta de que podría parecerle un comportamiento extraño, incluso inquietante.

Recordó las palabras de Anastasia, y a pesar del horror que acababan de vivir, el pulso empezó a acelerársele tanto que temió que Tamara lo notara.

—Call —dijo ella, con voz apagada—. Me preocupaba que, sin Aaron, ya no quisieras ser mi amigo.

El corazón de Call latía con fuerza.

—A mí me preocupaba lo mismo.

—Pero no es verdad, ¿no? —Ella le miró, intranquila—. Seguimos siendo amigos. Siempre seremos amigos, pase lo que pase.

Call se encontró tocándole suavemente el pelo, incluso acariciándose. Se sintió como si fuera otra persona; no Callum Hunt, sino alguien que se mereciera el cariño de Tamara Rajavi.

—Sí —contestó, sorprendido y un poco asustado de las palabras que le salían de la boca—. Desde que te conocí...

La puerta se abrió, y Tamara y Call se separaron de golpe mientras Jasper se apresuraba a entrar, con un pijama cubierto de caballos y arrastrando una manta. Se

colocó al lado de la cama de Tamara mientras esta volvía para sentarse en el borde del colchón. Call se tumbó sobre su improvisada cama e intentó comportarse como si no hubiera pasado nada.

—Le estaba diciendo a Call —comenzó Tamara— que debemos tener cuidado. Mucho cuidado.

—¿Y eso es una novedad? —preguntó Jasper.

—El Maestro Joseph está pensando en hacerse con el poder de Call por medio del Alkahest —contestó Tamara—. Imagínatelo. El Maestro Joseph sería el Enemigo de la Muerte. No necesitaría que Call hiciera lo que él quiere que haga; podría hacerlo él mismo.

—Pero valora el alma de Constantine —señaló Jasper.

—Lo sé —repuso Tamara—. Sin duda cree que Call tiene más posibilidades de resucitar a los muertos. Si no, ya le habría arrebatado sus poderes. Por eso Call ha sido muy listo siguiéndole el juego en lo de resucitar a Aaron.

«¿Seguirle el juego?». Si Call se había sentido como flotando, en ese momento se estrelló contra el suelo. ¿Tamara pensaba que le estaba siguiendo el juego al Maestro Joseph?, ¿que no había dicho en serio que intentaría resucitar a Aaron? La idea ni se le había pasado por la cabeza. Creía que todos estaban de acuerdo. Creía que, por una vez, no estaba equivocándose.

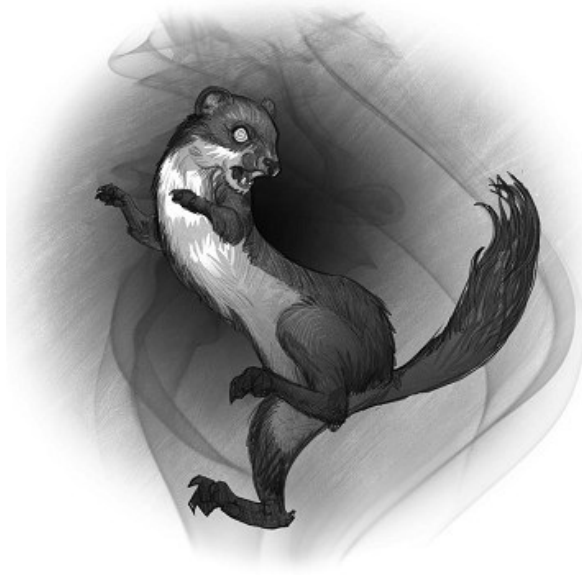
Habían estado tan próximos hacía solo unos instantes... Pero en ese momento todo parecía estar mal, como si, de algún modo, él la hubiera engañado.

—Encontraremos la manera de salir de aquí —le dijo Tamara—. E intentaremos hallar la manera de hacernos con el Alkahest. Si pudiéramos robarlo, o mejor aún, destruirlo, estarías mucho más seguro. Mientras tanto, solo tienes que fingir que intentas resucitar a Aaron.

—¡Sí! —exclamó Call, más alto de lo que pretendía—. Fingir. Sin duda. Eso es exactamente lo que iba a hacer.

Pero mientras se relajaba para dormir, con *Estrago* dándole calor a su lado, ya sabía que estaba mintiendo. Aún quería resucitar a Aaron.

Quizá no fuera lo correcto, pero si todo volviera a ser como antes, si Aaron estuviera vivo y todos pudieran ser felices, no le importaría lo correcto o lo incorrecto.



CAPÍTULO SIETE

A la mañana siguiente, el desayuno lo sirvieron caotizados; aquello parecía el internado pijo más raro del mundo. Los caotizados dejaban los platos sobre la mesa con un golpe, como si tiraran una piedra, así que a veces la comida saltaba fuera del plato e iba directamente a la boca de *Estrago*. Aun así, la mesa estaba llena de tostadas que goteaban mantequilla, platos de beicon con huevos revueltos, zumo de naranja recién exprimido y gachas de maíz.

Tamara y Jasper exhibían sus mejores modales, al parecer intentando convencer al Maestro Joseph de que se apuntaban a Su Plan. Tamara se había puesto un vestido azul claro con solo parte del encaje arrancado, y había caballos en la camisa y los pantalones de Jasper.

Alex también estaba allí, aunque no comía nada y solo bebía café. Call tenía la sensación de que Alex también llevaba una lista de Señor del Mal, pero que su puntuación iba al revés. Probablemente se daba puntos siempre que se vestía todo de negro o amenazaba a niños pequeños. Quizá hasta ganaba una estrella dorada si hacía las dos cosas a la vez.

Después del desayuno, el Maestro Joseph llevó a Jasper y a Tamara a la biblioteca para comenzar sus lecciones, mientras que Alex, nervioso tras tanto café, y Call volvían a la sala donde habían dejado el cuerpo de Aaron.

No hablaron durante el camino. Call se había resignado a pasar tiempo con Alex, aunque no había nadie en el mundo a quien odiara más. Alex le había estado mintiendo durante años, había matado a su mejor amigo, le había arrebatado a Aaron. A Call no le daría ninguna pena si muriera. Sabía que eso era muy de Señor del Mal, pero lo aceptaba; a pesar de ser muy consciente de que necesitaba a Alex para recuperar a Aaron. Conocía los métodos de Constantine mejor que él.

Call no pudo decidir si sentirse aliviado o no cuando vio que se habían llevado el cadáver de Aaron. En su lugar, había una mesa diferente en la sala, y sobre ella yacía algo pequeño, tieso y muerto.

Call se echó atrás.

—¡Agg! —exclamó—. ¿Qué es eso?

—Un armiño —contestó Alex, caminando de un lado al otro detrás de la mesa—. Tenemos que resucitarlo para practicar. —Alzó una ceja ante la expresión de Call—. Esto es nigromancia, Callum. Se puede volver sucia y peligrosa. Y si el cuerpo de Aaron se estropea, no puede repararse.

—Ya que lo mencionas, ¿cómo robó el Maestro Joseph el cuerpo de Aaron? —preguntó Call mientras Alex se dirigía a un estante y cogía dos pares de guantes de lona gruesa. Le tiró un par y se quedó el otro.

—Anastasia estaba en el Magisterium después del funeral —explicó Alex—. Lo arregló con el Maestro Joseph para soltar un elemental del aire, que trajo el cuerpo hasta aquí. —Sonrió mientras se ponía los guantes—. Apuesto a que se oirían los gritos de los Maestros por todo el sistema de cavernas.

—Así que no lo echas de menos —dijo Call mientras se ponía los guantes—. El Magisterium. A Kimiya.

—¿Kimiya? —Alex se echó a reír—. ¿Crees que estoy sufriendo por Kimiya? ¿Crees que me siento mal por mentir?

—Supongo que hubiera sido muy incómodo decirle que eras un asesino a las órdenes del Maestro Joseph.

Alex alzó una ceja.

—No vi que tú corrieras por ahí contando tu pequeño secreto a todos, Constantine.

—Bueno —contestó Call—, ahora ya lo sabe todo el mundo.

Alex lo miró raro.

—Sí. Y Kimiya sabe lo mío. —Se inclinó sobre el armiño—. Bien.

—Bien —repitió Call—. Es el momento de compartir tu sabiduría. ¿Cómo resucitas a los muertos?

—Anastasia dijo que resucitaste a Jen Matsui —contestó Alex.

—Sí, pero estaba... caotizada. —Call se estremeció.

—Fue capaz de responder preguntas. Los caotizados no pueden hacer eso. Es un comienzo.

Call miró a Alex con el ceño fruncido. Claro que los caotizados podían responder preguntas. ¡Podían hablar! ¿Significaba eso que Alex no los oía?

Ahora que lo pensaba, era raro que todos hubiesen podido oír a Jen. ¿Sería porque Call había hecho algo diferente con ella, algo que Alex no estaba haciendo con sus caotizados?

Alzó las manos enguantadas.

—Pensaba que tú eras el experto. Creía que habías estado «practicando con los

métodos de Constantine» o algo así.

—Sé mucho —respondió Alex, enfadado—. Para empezar, somos magos del caos. El caos es una energía inestable. Nuestro instinto es coger ese caos y meterlo en un cuerpo vacío sin alma. Así es como creas a los caotizados.

—Ajá —asintió Call, siguiendo su razonamiento, aunque la parte del instinto era bastante escalofriante.

—Pero todo elemento tiene acceso a su opuesto. Y el opuesto del caos es el alma. La cosa humana que hace que las personas sean como son. Y los armiños también la tienen. —Alex parecía estar divirtiéndose—. Tenemos que entrar ahí, buscar la pequeña alma del animal y volver a metérsela en el cuerpo, igual que Constantine metió su alma en ti.

—Muy bien —dijo Call, y recordó la sensación de buscar el alma de Jennifer Matsui. Aaron y él habían cogido restos de esta para hacer hablar a la chica, pero entonces había comenzado a desvanecerse, de vuelta a la nada. Call había intentado retenerla, pero se hizo pedazos. Recordó también el modo en que había canalizado la magia hacia esos brillantes retazos de alma para sujetarla.

Jen se había despertado caotizada.

—Bien —dijo Alex, como si Call no le estuviera escuchando.

—¿Eso es todo? —preguntó Call. Se estaba dando cuenta, con creciente horror, de que Alex no sabía más que él sobre resucitar a los muertos.

Se suponía que Alex había estudiado los métodos de Constantine. ¿Qué significaba que Call hubiera dado por casualidad con la misma técnica, o quizá con una mejor? ¿Estaría el Maestro Joseph en lo cierto al pensar que a él se le daría mejor resucitar a los muertos, solo por tener el alma de Constantine?

Alex miró a Call con una expresión de superioridad en el rostro.

—Puedes pensar que no es mucho, pero no es tan fácil como suena.

Call suspiró.

—Ya lo he intentado.

—¿Qué? —Alex frunció el ceño—. Tú no has...

A Call no le importaba Alex ni su actitud.

—Así fue como traje de vuelta a Jennifer. No pretendía que regresara caotizada. Pero no le quedaba suficiente alma.

Por un momento, Call pensó que Alex iba a pegarle.

—Sé cosas, cosas secretas —aseguró, señalándole con el dedo.

Sin embargo, resultaba evidente que no era cierto.

—Si lo que dices realmente funcionara, entonces no tendríamos que hacer ningún experimento. El Maestro Joseph dijo que Constantine estaba a punto de un gran avance, no que lo hubiera logrado. —Call suspiró—. Quiero ver las notas de Constantine.

—¿Qué? —Era evidente que nada estaba yendo como Alex deseaba, pero aun así no cedería ni un centímetro.

Call estaba cansado de discutir.

—Si tú no me dejas verlas, lo hará el Maestro Joseph.

—Primero intentemos resucitar a este armiño —replicó Alex—. Venga..., concéntrate.

—No sé... —dijo Call.

—Entonces lo haré yo.

Alex cerró los ojos con fuerza, como si tratara de reventarse la vena que tenía en la frente.

Call notó la magia del caos en el aire, casi pudo olerla, como un viento cálido.

Sobre la mesa, el armiño empezó a moverse. Se estremeció de arriba abajo. Las patas traseras giraron como molinillos. Los bigotes le temblaron. Y luego abrió unos ojos que rodaban.

Caotizado.

Alex abrió sus propios ojos, expectante, pero cuando vio lo que había sobre la mesa, dio un puñetazo en la pared.

—Deberías haberme ayudado —protestó—. ¡Lo que necesitamos es más poder!

El armiño saltó de la mesa y se dirigía hacia la puerta cuando *Estrago* se despertó de su siesta y comenzó a perseguirlo. Call oyó un golpe y luego un grito agudo.

—Y otro armiño —le dijo a Alex, mientras se juraba que nunca le dejaría acercarse al cuerpo de Aaron.



Decidieron hacer una pausa para comer, aunque Call no tenía hambre. «Es lo que tiene pasar varias horas con un armiño muerto», pensó.

Mientras Alex se dirigía al comedor, Call se desvió hacia la cocina para picar algo rápido... y para no tener que ver a Alex mientras comía. Allí encontró a un joven preparando una bandeja con las cosas del té.

—Hola —dijo el joven.

Call, que no quería ser maleducado, le contestó:

—Hola.

Al ver su confusión, el joven se echó a reír sin malicia.

—Me llamo Jeffrey, y ayudo por aquí —explicó—. No pasé la prueba para entrar en el Magisterium, pero el Maestro Joseph se ofreció a enseñarme de todas maneras, en lugar de limitar mi magia.

—Oh. —Call tenía que admitir que era una buena manera de obtener reclutas, aunque no estaba seguro de cuánta magia podrían aprender. Pero ¿y si la respuesta era que mucha? Pensó en Hugo conduciendo la furgoneta, en todos los prisioneros del Panopticon, y se preguntó cuánta gente habría en la isla.

—Eres Callum, ¿verdad? —preguntó Jeffrey.

—Sí.

—Ven conmigo. La asambleísta Tarquin quería que te llevara con ella en cuanto acabaras tus clases.

Call no estaba muy seguro de si Jeffrey sabía en qué consistían sus clases, pero lo siguió hasta un pequeño salón victoriano, donde el joven dejó la bandeja con el té y los sándwiches sobre una mesa situada entre dos sillones de terciopelo.

Un gran ventanal daba al jardín donde un caotizado empujaba un cortacésped formando un extraño dibujo en la hierba. Anastasia presidía la sala, vestida con otro de sus trajes pantalón blancos. Hizo un gesto a Call para que se sentara en el sillón frente a ella.

Jeffrey se marchó y Call tomó asiento torpemente. La bandeja de pasteles glaseados y sándwiches sin corteza se hallaba entre ellos. Escogió uno de ensalada de huevo y lo sujetó con cautela.

—Debes de estar enfadado conmigo —dijo Anastasia.

—¿Eso crees? —Call le dio un mordisco al sándwich. En el fondo, prefería el líquen—. ¿Lo dices porque mentiste a Tamara y nos traicionaste, y luego dejaste que el Maestro Joseph nos raptara? ¿Por qué iba a estar enfadado por eso?

Ella apretó los labios.

—Call —comenzó—, estabas en el Panopticon. Debía hacer lo que fuera para sacarte de ahí. ¿Crees que ibas a encontrar algún tipo de libertad? No. Los magos te habrían perseguido desde el momento en que se dieran cuenta de tu desaparición.

—No veo la diferencia entre que me atraparan ellos o que me atrapara el Maestro Joseph —discutió Call—. Esto solo es una prisión con sándwiches.

—A lo largo de mi vida, he aprendido que las alianzas no importan —aseguró Anastasia—. Los que dicen ser los buenos pueden destruirte con tanta facilidad como los que son más evidentemente egoístas. Lo único que me importa, Call, es que sigas con vida y estés a salvo. —Se inclinó hacia delante—. Haz lo que dice el Maestro Joseph. Te ayudará a resucitar a Aaron. Luego, cuando lo tengas de vuelta, puedes presentarte ante el Magisterium y mostrarles lo que has hecho. ¿De verdad crees que rechazarán un regalo así? Todo el mundo odia la muerte, Call.

—Pero no todo el mundo tiene que ser su enemigo.

Anastasia sacudió la cabeza.

—No lo entiendes. Me refiero a que te aceptarán. Te acogerán como su makaris, igual que acogerán tu magia y la emplearán para hacer regresar a sus seres queridos. Ya no estarás en peligro.

—No sé si será tan fácil —masculló Call, pero ella no pareció oírle.

—He puesto tus cosas en tu habitación, con las cosas de Constantine —explicó—. Sé que aún estás luchando contra tu verdadero ser. Es irónico, porque Con siempre fue muy obstinado. —Se le suavizaron los ojos al mirarlo—. Has mantenido enterrado lo que eres durante mucho tiempo. Deja que las fotos y la ropa te rodeen; deja que tu alma recuerde. —Suspiró—. Ojalá pudiera quedarme. Te contaría historias sobre ti todos los días, sobre lo que Constantine hacía cuando era pequeño.

Eso sonaba a auténtica pesadilla.

—¿Te vas? —preguntó con cautela.

—Debo regresar al Magisterium y ofrecerles una buena historia sobre cómo te atraparon y yo escapé por los pelos. Con suerte, seré lo bastante convincente para poder quedarme y enterarme de sus planes durante un tiempo más.

—¿Y si no puedo hacer lo que el Maestro Joseph quiere? —le preguntó, pensando en el frío cadáver de Aaron sobre la mesa. Sí, quería volver a tener a Aaron, pero no iba a permitir que Alex lo convirtiera en un caotizado. Haría lo que fuera para asegurarse de que eso nunca sucediera—. Constantine no pudo resucitar a los muertos, quizá yo tampoco pueda. Si fracaso, el Maestro Joseph empleará el Alkahest para hacerse con mi poder.

Anastasia le observó, escrutándolo.

—El Maestro Joseph te necesita. Solo usará el Alkahest para hacerse con tu poder si se ve acorralado. No lo acorralas, Call. Nos necesita, y nosotros a él.

—¿No te importa que me amenace? —preguntó Call—. ¿No crees que deberíamos preocuparnos?

—Si pensara que existe un lugar más seguro, te llevaría —respondió Anastasia—. Pero tu alma, tu inquieta alma, Con, no fue hecha para estar en paz. Fue hecha para tener poder. —Se acercó a él—. Eres poderoso. No puedes renunciar a ese poder. El mundo no te dejará. No te permitirá estar simplemente oculto y a salvo. Podría llegar a esto: o dominar el mundo o ser aplastado bajo el tacón de su bota.

Sonaba siniestro y dramático, pero Call solo asintió, intentando parecer pensativo en vez de asustado. Anastasia le tocó la mejilla una vez, con ternura, y luego se levantó.

—Adiós, cariño.

Por muy raro que fuera el comportamiento de Anastasia, y pese a lo mucho que le desagradaba a Call que le hablara todo el rato de su parecido con Constantine, lamentó un poco verla marchar. Anastasia quería que él fuera su hijo perdido, y eso no era posible, pero al menos sentía que estaba de su parte.

El Maestro Joseph no, por mucho que fingiera estarlo.

Call se comió el resto del sándwich de huevo a solas, observando al caotizado empujar el cortacésped directamente al río.

Después de eso, buscó a Tamara y Jasper por la casa, esperando convencer al Maestro Joseph de que podían aprender juntos. Como no los encontró, volvió a la sala del armiño. Alex estaba allí, con dos nuevos armiños parcialmente descongelados.

Call se sintió un poco mareado.

—Toma —dijo Alex, estampando sobre la mesa una libreta negra llena de hojas sueltas entre sus páginas—. Esta es la última libreta de Constantine. Y si quieres ver las otras, no tendrás que buscar mucho. Están en tu dormitorio, en tus estantes, como querían el Maestro Joseph y Anastasia.

—Gracias —contestó Call a regañadientes, mientras cogía la libreta.

—Ahora te toca a ti. —Alex señaló a las pequeñas criaturas que se hallaban sobre la mesa.

Call miró los armiños. No estaba seguro de poder hacerlo. Pero quería recuperar a Aaron. Y si existía alguna posibilidad...

Extendió su magia del caos hacia una de las criaturas. Podía notar el frío que aún lo atenazaba, sentir los retazos plateados de su alma. Algo seguía allí.

Intentó agarrarlo, intentó calentarlo y hacerlo crecer, darle vida. Pero era muy poco lo que quedaba. Desesperado, trató de inflar lo que había. «Necesitamos más poder», había dicho Alex.

Call inhaló, reunió el caos en su interior y se hundió en la oscuridad, la violencia y el movimiento giratorio que solo un makaris podía ver. Agarró el caos como si lo cogiera con las dos manos y lo introdujo desesperadamente en el alma hinchada del armiño, como si intentara encender un fuego en medio de un campo de hielo.

Notó que la chispa prendía y crecía...

Alex gritó. Call se agachó cuando un fuerte estallido resonó en toda la sala. Cuando volvió a incorporarse, tenía manchas negras bailándole ante los ojos. Se sintió débil y agotado, seco de energía y magia.

Alex lo miró furioso. Estaba salpicado con restos de algo horrible en lo que Call no quería pensar.

—Has hecho estallar el armiño —le increpó Alex.

—¿De verdad? —Call estaba asombrado, pero la desagradable prueba estaba por todas partes. Él se había librado de la peor parte al agacharse bajo la mesa, pero Alex y sus vaqueros de diseño no habían tenido tanta suerte.

Alex se quitó los guantes y los tiró sobre la mesa.

—Ya he tenido bastante por hoy.

Salió a grandes zancadas, y un minuto después Call lo siguió. Nadie quería estar solo en una sala con dos armiños muertos, uno de ellos hecho trizas.

Esperaba que Jeffrey no se negara al limpiar.



—¿Cómo ha ido? —preguntó el Maestro Joseph durante la cena.

De nuevo, estaban todos reunidos en el comedor, aunque la silla de Anastasia se encontraba vacía. Sobre la mesa había un montón de comida: ensalada de patata, ensalada de col, chuletas en salsa barbacoa brillantes de salsa especiada, alubias rehogadas en melaza, guisantes color esmeralda. Jasper ya se había comido toda una ristra de chuletas.

—Call ha hecho estallar un armiño —informó Alex. Se le veía muy limpio, como si se hubiera duchado y después se hubiese vuelto a duchar.

—No se puede esperar que todo salga bien desde el principio —repuso el Maestro

Joseph, royendo una chuleta—. Pero espero que hagáis progresos continuos.

—Estoy seguro de que cualquier otro lo haría igual de bien que Call —soltó Alex. Miraba fijamente al Maestro Joseph, como para comunicarle que lo mejor era que él absorbiera inmediatamente el poder de Call por medio del Alkahest, y seguir a partir de ahí.

—Yo estoy seguro de que no —replicó el Maestro Joseph, aunque tensó la mandíbula. Call lo observó, fascinado.

¿Querría emplear el Alkahest y acceder a la magia del caos alguna vez? Primero había estado a la sombra de Constantine, y ahora a la de Call. ¿No le molestaba? Era difícil saberlo; su voz sonó tranquila cuando dijo:

—Nunca habíamos tenido a dos makaris trabajando en este proyecto. Incluso Constantine estaba solo.

«Estoy absolutamente solo», pensó Call. Tener a Alex era peor que no tener ninguna ayuda. Alex le sonrió, de un modo no especialmente agradable, desde el otro lado de la mesa.

—Mañana nos pondremos en serio —dijo Alex.

Después de la cena, Tamara y Jasper fueron al cuarto de Call para contarse cómo había ido el día. El Maestro Joseph les había enseñado a formar superficies sólidas e irrompibles con aire y agua.

Pero, como Call había adivinado después de conocer a Jeffrey, no eran los únicos alumnos. Había otros magos, con otros grupos. Hugo tenía diez jóvenes alumnos a su cargo, y Tamara y Jasper habían visto al menos cuatro grupos más de aprendices, grupos más numerosos de lo que se permitía en el Magisterium. Seguramente, Jeffrey también daba clases.

—Pero no nos ha dejado formar cosas afiladas —explicó Jasper—. Aunque supongo que eso tiene sentido. No quiere que tengamos armas. Hemos descubierto que hay algún tipo de elemental de aire que crea una protección alrededor del Alkahest, como un guardián. —Esbozó una sonrisa forzada—. Pero no pasa nada, ya se nos ocurrirá alguna forma de anularlo.

—¿Y tú qué, Call? —Tamara le miró ansiosa—. ¿Ha sido muy horrible?

Call se detuvo cerca de la librería, donde había filas y filas de fotos de Constantine y sus amigos. Era difícil no ver que, en todas ellas, Constantine estaba en el centro del grupo, riendo. Los demás siempre le miraban.

—Ha ido bien —mintió—. De todas formas, solo finjo intentarlo.

—Voy a tratar de hacerme amigo del Maestro Joseph —decidió Jasper—. Hacer como que me gusta todo esto de la maldad, para ver si me cuenta cosas. Después de todo, su plan no puede limitarse a resucitar a Aaron. Eso no es suficiente para dominar el mundo.

—¿Crees que tiene un ejército? —preguntó Call—. Quiero decir, aparte de los prisioneros y los estudiantes. Quizá un ejército de caotizados.

—Todos creen que tiene un ejército —contestó Jasper—. Pero también pensaban

que el Enemigo de la Muerte seguía vivo, creando más y más caotizados. Si la única persona que los puede crear es Alex, quizá ese ejército no sea tan grande.

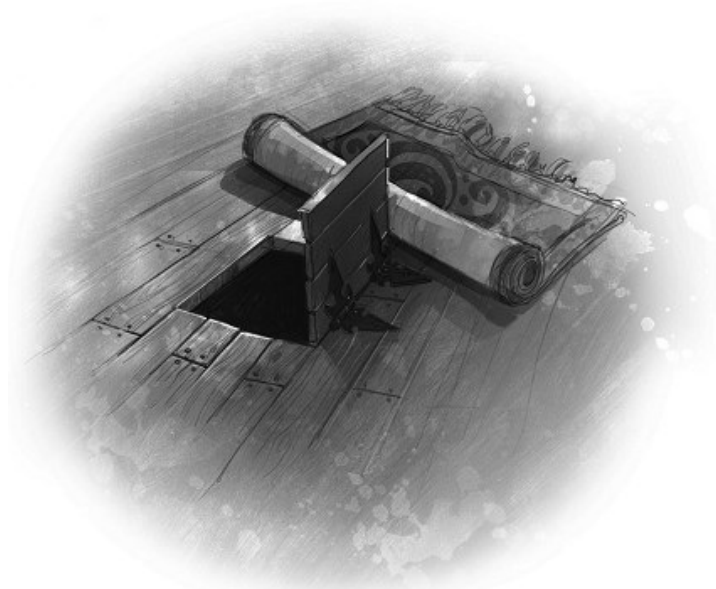
Call alzó la mirada y vio a Tamara contemplando una de las fotos de la cómoda, una de sus padres con Constantine.

—Es curioso miraras —comentó Tamara—. Nunca hubieras adivinado lo que uno de estos aprendices le haría al mundo de los magos.

Call se contempló en el espejo. Esa mañana no se había acordado de peinarse y tenía una mancha de salsa barbacoa en la camisa. Su aspecto tampoco era amenazador, pero tenía la desagradable sensación de que las siguientes semanas iban a sellar su destino.

A pesar de haberse reunido en el cuarto de Call, los tres se fueron a dormir al de Tamara. Pero mientras los otros caían rendidos, Call se quedó mirando el techo, con su lobo hecho un ovillo a su lado. «Tu alma —le había dicho Anastasia—, tu inquieta alma no fue hecha para estar en paz».

«No me conoces —pensó Call—. No conoces mi alma». Se dio la vuelta y cerró los ojos con fuerza, pero aún tardó mucho mucho rato en dormirse.



CAPÍTULO OCHO

Alex podía tener grandes expectativas, pero el segundo día fue aún peor que el primero. Call se pasó la mitad de la clase mirando las notas de Constantine, escritas en pulcras columnas que hicieron que se avergonzara de su propia letra. «Si vas a tener el alma de alguien —pensó Call—, estaría bien que también tuvieras su perfecta caligrafía». Constantine había anotado montones de números, que indicaban experimentos y medidas, y parecían estar relacionados con el caos. Había determinado la energía mínima necesaria para crear a un caotizado, y luego había hecho listas de mejoras que se podían conseguir con más caos y un tratamiento más delicado del alma.

Hablar era una de esas mejoras, lo que molestó a Alex.

Pero el espíritu, la esencia de lo que le faltaba a una persona, parecía ser algo que Constantine no había sido capaz de definir o recrear. A pesar de que el Maestro Joseph insistía en que Constantine había estado a las puertas de un gran avance, Call no vio nada en la lista de experimentos que lo indicara.

Lo que Constantine sí había logrado era introducir su alma en el cuerpo de otra persona. Eso era una magia impresionante y le había salvado la vida, pero no era resucitar a los muertos.

Esa noche, durante la cena, a Call le sorprendió ver que tanto Jasper como Tamara estaban muy animados. Parecían cargados de una extraña energía, y Tamara no paraba de intentar comunicarle algo con la mirada, gesticulando mientras se tomaba la pasta casera. Call no tenía ni idea de lo que trataba de decirle.

Recordó que Anastasia pensaba que Tamara estaba colgada por él. Cuando le gustaba a Celia, esta había hecho un montón de cosas confusas e inexplicables. Quizá Anastasia tuviera razón..., pero eso no le aclaraba qué era lo que Tamara quería que

hiciera.

—Hoy hemos avanzado —mintió Alex, que miró al Maestro Joseph en busca de su aprobación.

Este se limitó a mirar a Call.

—No lo fuerces —dijo—. Relájate. El poder está dentro de ti.

Call se quedó mirando a Tamara, que hacía gestos como si fuese un gato.

«¿Gato?», le preguntó sin sonido. Ella asintió y luego fingió que se cepillaba el cabello. Call estaba desconcertado. ¿Había un gato en la casa y quería que lo cepillara? A Call le gustaban los gatos, pero *Estrago* los consideraba un manjar. Ningún gato se quedaría quieto para que lo cepillaran con un lobo gigante y caotizado al lado. ¿En qué estaba pensando Tamara?

A no ser que fuera un gato caotizado... ¿Intentaba decirle que habían encontrado un gato caotizado?

—Realmente creo que podemos hacer progresos —continuó Alex—. Cambiar el modo en que se hace la magia.

Miró a Tamara como si esperara haberla impresionado. Eso fastidió a Call. Dejó de prestar atención a los gestos de Tamara y miró a Alex con furia, deseando poder pegarle un puñetazo.

Estaba celoso. Celoso porque Alex era la clase de chico que gustaba a la gente. Call sabía que Tamara odiaba a Alex por haber matado a Aaron, y porque había hecho llorar a su hermana. Sabía todo eso, pero no le servía de mucho.

Tanto si Tamara estaba colgada por él como si no, a Call le gustaba Tamara.

Le gustaba e iba a tener que decírselo.

—Bueno —dijo Jasper para cortar el tenso silencio. Hizo un gesto hacia el aparador—. ¿Alguien quiere tarta de chocolate?

Después de la cena, Jasper, que seguía con su plan de impresionar al Maestro Joseph, le preguntó si podía enseñarle a crear los campos de fuerza de aire que bloqueaban las ventanas. Alex, que era un mago del aire, se ofreció inmediatamente a colaborar.

—No podrás usarlo para escapar, lo sabes, ¿no? —preguntó Alex con evidente placer—. Es magia muy avanzada. Además, aunque salgas de la casa, nunca conseguirías salir de la isla.

—Oh, no —respondió Jasper—. No estaba pensando en tratar de escapar.

El Maestro Joseph le sonrió con indulgencia.

—Claro que no. Vamos.

Se dirigieron a una de las salas de prácticas. En cuanto desaparecieron, Tamara cogió a Call de la mano.

—Ven —susurró. Lo llevó desde el comedor hasta una sala. Cerró la puerta y se apoyó en ella—. Tengo algo que decirte —anunció mientras miraba alrededor como si pensara que alguien podría estar rondando entre las sombras, espiándoles. Llevaba otro vestido color pastel, este de un tono albaricoque, con una falda de encaje.

Ya. Estaba a punto de decirle a Call que le gustaba.

No, él tenía que decírselo primero. Porque en cuanto Tamara se pusiera a hablar, a él no le saldrían las palabras y quedaría como un tonto. No conseguiría decir lo que quería, o quizá ni siquiera sería capaz de articular una palabra.

—¡Me gustas! —soltó de golpe—. Creo que eres muy guapa, y me gustas y siempre me has gustado, incluso al principio cuando yo a ti no te gustaba. Eres valiente y lista y fantástica, y creo que voy a callarme ya.

—Hay túneles bajo la casa —dijo Tamara casi al mismo tiempo.

Le pareció que el suelo temblaba bajo sus pies. Tamara no había estado a punto de confesarle sus sentimientos. De hecho, lo miraba como si fuera una especie nueva de bicho que nunca hubiera visto.

Call notó el calor en la cara.

—¿Túneles? —repitió, disimulando.

—Jasper y yo hemos oído a Hugo y al Maestro Joseph hablando de ellos. Al parecer, las entregas se hacen por ahí, y también los usan para almacenar suministros extra. Los llaman las catacumbas. —Lo dijo un poco desconcentrada, como si estuviera perpleja por la confesión de Call.

—Oh. —Call se dio cuenta de que eso era lo que había querido decirle por mímica—. Era eso lo que significaban los gestos^[1].

—Lo siento, pero si queremos explorarlas, tenemos que ir ahora, mientras Jasper distrae al Maestro Joseph. Podemos hablar después.

—Estoy listo —dijo Call—. Pero no hace falta que hablemos sobre lo que he dicho. Nunca.

Anastasia se había equivocado, claro que se había equivocado. Tamara no estaba colgada por él. Nunca lo había estado.

Y él la había creído porque quería que fuera cierto.

Tamara sonrió levemente y pasó ante él para ir al centro de la sala. Una gruesa alfombra persa cubría el suelo. Se puso a enrollarla y dejó al descubierto una trampilla. Tamara alzó la vista.

—Ven a ayudarme.

Call se acercó y se arrodilló junto a ella, con la pierna palpitándole. Durante varios minutos se pelearon con la trampilla, tratando de encontrar una anilla, un punto de presión o lo que fuera que la abriera.

Call se mordisqueó el labio.

—Déjame probar una cosa —dijo finalmente.

Puso las manos sobre la trampilla y pensó en la magia del caos que había estado practicando, en buscar en el vacío para encontrar algo. El salvaje vacío rodante del elemento caos. Tiró de esa oscuridad, como si estuviera alzando humo, y la dejó fluir por sus manos.

Una negrura como de tinta se extendió sobre la trampilla, se sacudió levemente bajo las manos de Call y desapareció, absorbida por el vacío, dejando al descubierto

una escalerilla que descendía.

Tamara soltó aire.

—¿Te ha costado? —susurró.

—No —contestó Call. Y era cierto. Antes le resultaba difícil emplear la magia del caos, pero cada vez se parecía más a usar cualquier otro elemento. No sabía si eso debería asustarle o no.

El único problema era que acababa de comerse un trozo del suelo, y si alguien pasaba por la alfombra, caería en el agujero. Pero en ese momento, con el corazón roto, no estaba seguro de que pudiera importarle.

Al menos eran amigos, se dijo. Al menos, siempre serían amigos.

Bajaron hasta un túnel largo y oscuro de paredes de piedra. El Maestro Rufus siempre le había enseñado que el caos en sí no era malo; era un elemento como los demás. Pero había muchos lugares donde mataban a los makaris al nacer, porque el caos tenía muchísimo poder de destrucción. Por eso Anastasia había llevado a Constantine a América poco después de nacer, para salvarle la vida.

«Y mira cómo acabó esa historia».

Tamara había encendido una pequeña llama en la palma de su mano, e iban avanzando gracias a ella. La luz naranja les mostraba los giros y ángulos de los corredores, y las muchas salas que se abrían a ellos. La mayoría estaban vacías. Algunas contenían cajas o vasijas apiladas, que sin duda servían para retener elementales. En otra había un montón de cadenas de acero que Call reconoció: el Maestro Joseph las había empleado una vez para mantener a Aaron prisionero.

Tamara se detuvo delante de una puerta.

—Echemos un vistazo —dijo en voz baja.

Entraron, y Call vio inmediatamente por qué le había llamado la atención. Un arco y una flecha colgaban de una de las paredes, y una afilada lanza se apoyaba en otra. La sala contenía un revoltijo de todo tipo de objetos: libros, álbumes de fotos, ropa de chico, muebles, equipamiento deportivo.

Una fría sensación se le instaló a Call en el estómago. Tamara había recogido una daga con unas iniciales grabadas: *JM*.

—Jericho Madden —adivinó Call—. Estas deben de ser sus cosas.

—¿Y qué hacen aquí?

Call frunció el ceño.

—Seguramente Constantine las guardó para cuando consiguiera recuperar a su hermano.

Debían de llevar allí unos veinte años. Y ahora que el cuerpo de Jericho estaba destruido, seguirían allí abajo durante mucho tiempo más.

Call no pudo evitar preguntarse dónde se hallarían las cosas de Aaron, pero no podía decirlo en alto. Sin duda, eso haría que Tamara sospechara que estaba considerando resucitar a Aaron.

Aaron, que seguro que no se habría reído si Call le hubiera contado la estupidez

que acababa de hacer.

De acuerdo, Aaron no era perfecto. Quizá sí se habría reído.

Aparcó esos pensamientos y comenzó a levantar pilas de cosas y a mirar alrededor. Encontró unos cuantos libros de texto y novelas, y luego una pequeña libreta con funda de cuero y sin ningún nombre. La abrió; la letra parecía la de un chico adolescente. Dibujos de lagartos y de otros chicos decoraban los bordes de las páginas. A diferencia de las notas de Constantine, esas no tenían solo gráficos y experimentos.

Estoy realizando un proyecto especial con el Maestro Joseph y Con. El Maestro Rufus me ha dado esta libreta y me ha dicho que tomara notas de todo lo que pasaba, así que eso es lo que voy a hacer. Por ahora, ser el hermano del makaris significa que me llevan allá donde él va. Ya casi ni me consideran un mago por derecho propio. Todos me ven solo como su contrapeso. Nadie quiere saber lo raro que es sentir su alma tirando de la mía.

Call le tendió la libreta a Tamara con un estremecimiento.

—Jericho llevaba un diario —le dijo.

Tamara alzó las cejas y le enseñó la foto Polaroid que había encontrado. Era de Anastasia con dos niños pequeños vestidos de blanco. Anastasia lucía un vestido de flores y estaba sentada sobre la hierba, sin sonreír. Tamara le dio la vuelta; alguien había escrito la fecha en el reverso.

Suspirando, ya que sabía cómo había acabado todo eso, Call se metió el diario en el bolsillo de la camisa para leerlo luego.

—Quizá encontremos algo que se les haya escapado —dijo Tamara—. Algo que no nos dejarían tener, pero que quisieran guardar para él.

—¿Como un teléfono tornado? —sugirió Call, pensando en el que tenía el Maestro Rufus en su escritorio y que él había usado para hablar con su padre poco después de empezar el Magisterium.

—Eso sería demasiado bueno —respondió Tamara.

Buscaron y buscaron, pero no encontraron nada más que les pareciera útil. Lo único un poco interesante fue un montón de libros viejos sobre makaris de todo el mundo y sus dudosos logros. A unos cuantos les habían llamado cosas como la Guadaña de Almas, el Cernícalo Encapuchado, el Devorador de Hombres, la Fauces, la Segadora de Carne, el Azote de Luxemburgo, el Recolector de Rostros... Sin duda habían servido de inspiración para el «Enemigo de la Muerte» de Constantine. Varios aseguraban haber descubierto el secreto de la inmortalidad, entre otras cosas igual de tenebrosas, pero, evidentemente, los libros no explicaban realmente cuáles eran los secretos. Finalmente, Tamara se sentó en una silla que encontró entre los trastos.

—Deberíamos volver antes de que alguien se percate de nuestra ausencia —sugirió.

Call asintió, consciente de repente de que estaban solos y de que acababa de abrirle su corazón. Sin Jasper cerca para hacer comentarios sarcásticos, o el Maestro

Joseph o Alex para mirarlos siniestramente. Solo Tamara y él.

—Mira, Tamara —comenzó—. Lo que he dicho antes ha sido una tontería. Seguramente te gustaba Aaron. Seguramente ni siquiera pretendías salvarme a mí en vez de a él. Seguramente te arrepientes muchísimo.

Tamara le cogió la mano. Call no se dio cuenta de lo frío que se había quedado hasta que sintió el calor de su piel.

—Me despierto por las noches lamentando no haber salvado a Aaron. Pero, Call, no me arrepiento de haberte salvado a ti.

Él casi no podía respirar.

—¿No te arrepientes?

Ella se inclinó hacia él. Sus rostros quedaron muy próximos. Call podía ver el pequeño collar de la mano de Fátima brillándole alrededor del cuello.

—Pensaba que sabías lo que siento.

—¿Lo que sientes? —Call se preguntó si estaba condenado a repetir todo lo que Tamara decía. Ella le agarraba las dos manos, nerviosa. Sus ojos eran enormes, oscuros y estaban fijos en él.

—Call —dijo Tamara, y él la besó. Más tarde, no supo qué le había impulsado o sugerido que era una buena idea. No sabía qué instinto le había indicado que no recibiría una bofetada, o peor, la información de que era un gran amigo, pero que no le gustaba en ese sentido.

Pero no pasó ninguna de esas cosas. Tamara hizo un ruidito, se movió para situarse mejor y lo que había sido Call, nervioso, presionando su boca sobre la de Tamara se convirtió en otra cosa. En algo que le hizo sentir como si el corazón fuera a estallarle dentro del pecho. Ella le puso las manos suavemente a ambos lados del rostro y el beso se prolongó tanto que a Call le rugían los oídos.

Finalmente, se separaron. Tamara se había sonrojado intensamente, pero parecía contenta. Y Call se sentía feliz. Por primera vez desde la muerte de Aaron, se sentía feliz.

Casi había olvidado lo que era eso.

«Acabo de dar mi primer beso en la fortaleza del Enemigo de la Muerte, en una sala llena de las cosas de su hermano muerto —pensó Call—. La historia de mi vida».

—Vámonos —propuso Tamara. Las mejillas le habían bajado a un color rosa—. Antes de que alguien entre en la sala y se dé cuenta de que hemos abierto la trampilla.

A Call no le entusiasmó la propuesta. Pensaba que debían quedarse y besarse un poco más. Era una invención infravalorada, o al menos él no la había valorado lo suficiente hasta ese instante.

Tamara le cogió de la mano, y en una especie de nube Call la siguió por la puerta y de vuelta por las catacumbas, agarrándola con fuerza. Cogerse de la mano también era sorprendentemente maravilloso. Siempre que torcían una esquina, ella le apretaba los dedos y le enviaba pequeños rayos por el brazo.

Tuvieron que soltarse al llegar a la escalerilla que llevaba a la sala. Tamara subió

primero, y luego Call, y dedicaron un rato a limpiar la habitación y dejarla como si nunca hubieran estado. Para cubrir el agujero, encontraron unos tablones de madera que parecían capaces de soportar el peso de una persona.

Sigilosamente, dejaron la sala y subieron la escalera a los dormitorios. Call estaba a punto de comprobar si a Tamara le apetecía cogerle de la mano un poco más cuando Jasper apareció ante ellos, saliendo de las sombras.

—¿Dónde habéis estado? —quiso saber.

Call le fulminó con la mirada. Jasper, que siempre daba la lata con sus amoríos, debería notar cuándo no era bienvenido. Pero, claro, Jasper siempre pasaba por alto sus muchos defectos personales graves.

—Hemos explorado las catacumbas, como habíamos planeado —contestó Tamara, con un gesto de cabeza hacia atrás. En ese momento, Call recordó que Jasper y Tamara se pasaban el día juntos, planeando cosas.

De nuevo se le despertaron los celos, aunque acabara de besarla. Después de todo, Jasper era un viejo amigo de Tamara y, de algún modo, había convencido a la última chica que había sentido algo por Call para que lo prefiriese a él.

Esa idea fue como un jarro de agua fría. De repente, se dio cuenta de varias cosas: 1) besar creaba una neblina de estupidez que duraba al menos diez minutos; 2) ahora que se le había pasado, no tenía ni idea de qué significaba haber besado a Tamara, y 3) no sabía qué se esperaba que hiciera ahora.

De repente, Call se moría de ganas de agarrar a Jasper por el cuello de la camisa y obligarle a revelar todos sus secretos románticos. Siempre se había burlado de ellos, pero en ese momento estaba dispuesto a escucharlo sin escepticismo.

—Bueno, les he entretenido todo lo que he podido, pero será mejor que os metáis en vuestras habitaciones antes de que el Maestro Joseph se dé cuenta de que no estáis —dijo Jasper. De repente, su enfado desapareció—. ¿Habéis encontrado algo?

Tamara asintió. Fueron hacia el dormitorio rosa, con Call unos pasos por detrás. Dormir en la misma habitación que ella le hacía sentirse extraño. Recordó la vez que habían dormido juntos en el camastro del garaje de Alastair. Eso había sido un poco raro, pero no tanto como iba a serlo compartir dormitorio en ese momento.

Tamara era bonita, valiente, increíble. Pensó que estaba destinada a salir con alguien heroico como Aaron, o a echarse a perder con algún estúpido aristócrata como Jasper. La idea de que le prefiriera a él después de todo (después de estar seguro de que era así, y luego estar seguro de que no) aún hacía que la cabeza le diera vueltas.

Echó una mirada de reojo a Jasper pensando en los estúpidos aristócratas, mientras se sentaba en su colchón en el suelo. Tamara fue al cuarto de baño y salió con un pijama lila con volantes en los hombros.

Solo mirarla hacía que le doliera el pecho de un modo nuevo y cargado de nervios. Si algo tenía claro de sí mismo era que podía coger una cosa buena y estropearla.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó Jasper.

—El diario de Jericho —contestó Call—. Aún no lo he leído, pero quizá haya algo ahí. —Se detuvo un momento, al comprender que estaba esperando que no hubiera nada en el diario que pudiera interesar a los otros—. Quiero decir, sobre cómo conseguir el Alkahest o salir de esta isla, o sobre el ejército desaparecido.

—Deberíamos volver y ver si se nos ha pasado algo por alto —dijo Tamara.

¿Era eso una invitación para besarse más? Call no estaba seguro. La miró, pero ella tenía los ojos puestos en el techo.

Jasper asintió.

—Me he pegado al Maestro Joseph, pero por ahora lo único que he descubierto es su receta del chile. La lección sobre los campos de fuerza mágicos no ha sido muy informativa.

Call no se había molestado en cambiarse de ropa para acostarse. Se tumbó sobre el colchón, con la cabeza llena del beso y toda la confusión que había conllevado.

—Buenas noches, Call —le dijo Tamara con una sonrisa que parecía guardar un montón de secretos.

Jasper le lanzó una mirada rara. Call decidió que al día siguiente le pediría que le explicara todo lo que sabía sobre las chicas. Esperaba que no fuera demasiado tarde.

Por una vez, sus sueños no estuvieron plagados de caos.



CAPÍTULO NUEVE

A la mañana siguiente, cuando Tamara, Jasper y Call se despertaron, los chicos regresaron a sus respectivas habitaciones a ducharse y vestirse para el desayuno. Call movió la mano para despedirse de Tamara al salir, pero ella no pareció darse cuenta.

Después de una ducha rápida, Call sacó con desagrado la ropa de Constantine para ese día; otro día, otra camisa de franela. Deseó poder llevar su propia ropa.

Al ponerse la cazadora vaquera, el diario de Jericho se cayó del bolsillo interior. Lo recogió y le dio la vuelta lentamente. El hermano de Constantine había sido el dueño de esa libreta. Había escrito en ella. Call nunca había pensado en Jericho como en una persona; lo cierto era que nunca había pensado en él. Incluso cuando estuvo junto a su cadáver conservado, en la tumba del Enemigo, solo había reflexionado sobre cómo debía de haberse sentido Constantine tras la muerte de su hermano.

Pero en ese momento, confiaba en que el diario de Jericho le diera alguna pista que las notas de Constantine no le habían proporcionado.

Llamaron a la puerta. Call tuvo el tiempo justo de meterse la libreta en el bolsillo antes de que Jasper asomara la cabeza.

—Ha venido Hugo —dijo, metiéndose en la habitación de Call sin permiso—. Ha dicho que Tamara y yo tendremos la tarde libre después de las lecciones de la mañana. Se va a alguna parte con el Maestro Joseph, y voy a seguirlos. —Miró fijamente a Call—. ¿Me estás escuchando?

—Quiero saber todo lo que sepas sobre las chicas —soltó Call.

—Sabía que tarde o temprano te inclinarías ante mi superior sabiduría en cuestión de romances. —Jasper parecía muy satisfecho.

—¿Cómo le dices a una chica que te gusta? —preguntó Call—. Y si os besáis una vez, ¿quiere decir eso que tenéis una relación?

Jasper se apoyó en la pared con la mano bajo la barbilla.

—Eso depende, amigo mío —contestó, guiñando el ojo como si llevara un monóculo—. ¿Conoces bien a la dama?

—Muy bien —respondió Call, tratando de aguantarse las ganas de decirle a Jasper que parecía el señor Cacahuete.

Jasper frunció el ceño.

—Es raro que me lo preguntes ahora que estamos atrapados en medio de la nada sin ninguna chica excepto... Tamara. —Una mirada de asombro le apareció en la cara—. ¿Tamara y tú?

A Call le molestó su reacción.

—¿Tanto te extraña?

—Sí —contestó Jasper—. Tamara es tu amiga. Ella no... ella no siente eso por ti.

—¿Porque soy el Enemigo de la Muerte? —replicó Call—. ¿Porque estoy podrido por dentro y no la merezco? Gracias, Jasper. Muchísimas gracias.

Jasper lo miró en silencio durante un momento.

—¿Sabes por qué rompimos Celia y yo? —preguntó finalmente.

—¿Se hartó de tu jeta?

—Le dije que iría a visitarte en prisión, y ella me dijo que no podía. Dijo que eras el Enemigo de la Muerte, que eras un asesino. Dijo que tendría que elegir entre ella y tú.

Call parpadeó. Una parte de él se sentía herida, incluso en esos momentos, por las palabras de Celia; era un dolor distante y escondido. El resto de sí estaba atónito por Jasper.

—¿Y tú me defendiste?

Jasper parecía arrepentirse de haber hablado.

—No me gusta que me digan lo que tengo que pensar.

Call no quería sentirse agradecido con Jasper, pero así era. Aplastantemente agradecido.

—Gracias —dijo.

Jasper le quitó importancia con un gesto.

—Sí, sí, pero lo que intento explicar es que, cuando digo que a Tamara no le gustas de esa manera, no lo estoy diciendo porque creo que seas una mala persona. Pero creo que Tamara..., bueno, Call, creo que le gustaba otra persona, no sé si me entiendes.

Aaron. Se refería a Aaron.

Pensó en justificarse diciendo que Anastasia creía que a Tamara le gustaba él, pero podía imaginarse lo que respondería Jasper: que Anastasia no tenía ni idea de lo que hablaba la mayoría de las veces, y sin duda no parecía una experta en cuestiones de amor. Lo cierto era que esa mañana Tamara no había mirado a Call, no le había dicho casi nada desde el beso. Y tampoco le había dicho lo que sentía por él, solo que creía que él ya lo sabía.

Jasper estaba pensativo.

—Y si te comió la cara, probablemente fuera porque no quería morir sola y respeta demasiado a Celia para lanzarse a por mí.

«No fue así para nada», quiso decir Call.

—Pero aún le puedo pedir que sea mi novia, ¿no? —Después de todo, aunque fuera un error, quizá fuera uno que a ella no le importaría repetir un par de veces.

—No, a no ser que quieras que te rechace —contestó Jasper—. Pero, eh, hay muchos peces en el mar. Una pareja para cada oveja. Incluso para ti.

Call tuvo ganas de pegarle un puñetazo en la cara, lo que resultaba confuso porque aún se sentía agradecido por que hubiera roto con Celia por él.

Reacio, Call se dio cuenta de que el consejo de Jasper no había hecho que mejorara la extraña sensación que tenía en el estómago. Lo cierto era que había empeorado.



Los siguientes días pasaron en una neblina de teorías sobre el caos. El Maestro Joseph daba clases a Call y Alex por la mañana y luego los dejaba para que experimentaran durante toda la tarde mientras daba clases a Tamara, Jasper y los otros alumnos.

Call tenía que admitir que el Maestro Joseph era un profesor interesante. Quería que intentaran cosas, que probaran nuevas ideas, y no le preocupaban demasiado los riesgos. Call aprendió mucho sobre el caos, aprendió a sostenerlo en la mano, a modelarlo y darle forma. Aprendió a sacar criaturas del caos del vacío y mantenerlas con él durante todo el día; formas oscuras que se le metían entre las piernas y molestaban a *Estrago*. Aprendió a mirar el propio vacío, un lugar de sombras donde cuanto más miraba, más le parecía que las sombras eran justo lo opuesto, hechas de todos los colores al mismo tiempo, girando ante sus ojos.

Por la noche, cenaban juntos. A veces, algo que había cocinado el Maestro Joseph. Otras veces pedía comida y uno de sus sirvientes la recogía. Esa noche estaban tomando un delicioso pollo frito con muchas guarniciones. Call roía un hueso, pensativo. El mal, sin duda, tenía las mejores artes culinarias de su parte.

—Mañana estaré fuera todo el día —les dijo el Maestro Joseph—, así que me gustaría que vosotros dos, Call y Alex, os concentrarais en vuestros experimentos. Jasper y Tamara, os daré unos ejercicios.

Tamara se encontró con la mirada de Call al otro lado de la mesa, pero él ya había renunciado a entender sus miradas. Seguramente quería decirle: «Bien, el Maestro Joseph no estará, así que deberíamos registrar la casa», pero hubiera deseado que el mensaje fuera: «Bien, el Maestro no estará, así que podríamos escabullirnos y estar solos».

No se habían besado desde aquella vez en la habitación de Jericho, y Call estaba

comenzando a enloquecer un poco.

«Le gustaba otra persona —había dicho Jasper—. Y si te comió la cara, probablemente fuera porque no quería morir sola». Sus palabras le perseguían.

¿Debería dejar de pensar en Tamara en ese momento en que sus vidas estaban en peligro? Probablemente.

Jasper le guiñó un ojo y le dijo algo en silencio desde el otro lado de la mesa. «Después de la cena —vocalizó—. En mi cuarto».

Alex los miró perezosamente. Call nunca sabía decir hasta qué punto les prestaba atención. Parecía centrado en sus propios asuntos, que tenían que ver con encerrarse en su cuarto, que estaba en la otra punta de la casa, con heavy metal a todo volumen, y coleccionar camisetas de diseño con calaveras.

Después de la cena, Call y Tamara se apiñaron en el dormitorio de Jasper. La mayoría de los caballos de juguete estaban metidos debajo de la cama, y la habitación resultaba extrañamente vacía.

—¿Qué pasa, Jasper? —preguntó Tamara con los brazos en jarras. Llevaba un vestido azul pastel y el cabello suelto le caía en ondas sobre los hombros.

—Mañana tenemos que salir de aquí, al menos durante unas horas por la tarde —contestó Jasper—. Necesitamos distraer a Alex y quizá también a Hugo.

—¿Por qué? —inquirió Call.

—Porque hay algo que tenemos que investigar. El Maestro Joseph entra y sale de aquí sobre elementales, pero no aterrizan cerca de la casa. Anoche vi que uno se acercaba y lo seguí para averiguar dónde se posaba.

—¿En serio? —Tamara se mostraba incrédula—. ¿Por qué no nos llevaste contigo?

—Un lobo solitario caza solo —replicó Jasper—. Además, no me lo esperaba y no tuve tiempo de ir a buscaros. De todas formas, no encontré al elemental. Encontré otra cosa.

—¿Qué? —preguntó Call.

Pero Jasper solo movió la cabeza. Parecía preocupado.

—Tenéis que verlo por vosotros mismos. No quiero hablar de eso aquí.

Por mucho que lo presionaron, no dijo nada más, pero les hizo prometer que al día siguiente, antes del almuerzo, se escaquearían de lo que estuvieran haciendo y se reunirían con él fuera, junto al sendero por el que paseaban a *Estrago*.

—Deberíamos llevar también a *Estrago* —propuso Call—. Puede servirnos de excusa si alguien nos pregunta qué estamos haciendo fuera.

Tamara frunció el ceño.

—¿Crees que podrás escaparte de Alex?

Call asintió.

—Sin problema —contestó, aunque dudaba mucho que fuera cierto.

—Vale. Entonces me voy a la cama —dijo Tamara—. Estoy agotada. —Fue hacia la puerta, pero se detuvo, se volvió y besó a Call en la boca—. Buenas noches —dijo

con cierta timidez, y prácticamente salió corriendo de la habitación.

Jasper lo miró.

—Caramba, caramba —soltó cuando la puerta se cerró tras Tamara. Call no dijo nada. Se había quedado de piedra.

Al cabo de un instante, Call carraspeó. Tenía los nervios de punta.

—¡Ahora sabes por qué necesito ayuda!

Jasper rio para sí.

—Tienes problemas —dijo—. Lo siento por ti, hijo.

—Lárgate, Jasper —soltó Call, exasperado—. No me estás ayudando.

—Este es mi dormitorio —le recordó Jasper.

Call tuvo que admitir que era cierto. Volvió a su propio cuarto y se quedó despierto la mayor parte de la noche, soñando a veces que Aaron estaba de nuevo muerto a sus pies, y otras que Aaron estaba vivo y Tamara y él caminaban juntos alejándose de Call para no volver jamás.



Al día siguiente amaneció nublado, como para fastidiar; durante toda la mañana, amenazó lluvia.

Alex estaba de un humor de perros. Call le miró con el ceño fruncido mientras intentaban, sin éxito, dar con alguna idea para resucitar a un armiño y que no acabara o caotizado o a punto de estallar. Se le ocurrió una forma de sacárselo de en medio. Si podía emplear su superpoder de ser irritante, Alex seguramente acabaría largándose solo.

Lo primero que hizo fue tararear para sí mismo, desafinando, mientras hojeaba los libros de alquimia que el Maestro Joseph les había preparado. Alex le lanzó una mirada asesina.

Luego cogió un libro histórico sobre un makaris llamado Vincent de Maastricht, uno de los pocos que no había acabado en el sótano, y comenzó a leer en voz alta: «Poco se sabe sobre los métodos empleados por Vincent para conseguir los cadáveres de sus experimentos, pero se cree...».

—¿Vas a volver al trabajo? —le interrumpió Alex.

Call fingió no oírle hasta que Alex le quitó el libro de las manos. Entonces lo miró como sorprendido.

—¿Eh?

—He dicho que será mejor que volvamos al trabajo —repitió Alex, claramente probando su peor mirada de Señor del Mal.

Call bostezó exageradamente.

—Estoy trabajando. Estoy pensando a lo grande. Después de todo, soy Constantine Madden. Si alguien puede descubrir cómo resucitar a los muertos, ese soy yo.

—¿Tú? —dijo Alex en un tono fulminante. Había tragado el anzuelo—. Lo único que quieres hacer son cosas aburridas. Podríamos estar creando más caotizados. Podríamos estar tratando de resucitar a gente en vez de armiños. Incluso podríamos modelar piel y crear algo completamente nacido del caos. Constantine Madden no se quedaría sentado todo el día, sin hacer nada. Es una tontería, y tú también.

—Ve a comerte un calcetín sucio —soltó Call, y después de haberlo dicho, se sintió un poco raro por ese insulto—. Tú no sabes lo que haría Constantine.

—Sé lo que debería hacer —replicó Alex, le dio la espalda y se marchó con paso airado.

Fue lo bastante siniestro para inquietar a Call, pero no tenía tiempo de preocuparse por eso. Debía reunirse con Jasper y Tamara. Había conseguido tener la tarde libre, pero no estaba seguro del precio que iba a pagar por eso.



Tamara y Jasper lo esperaban en el jardín, mirando el río. Cuando vieron que Call se acercaba, cortaron de golpe la conversación, y Call tuvo la desagradable sensación de que habían estado hablando de él. Seguro que Jasper tenía mucho que decir sobre que ella le besara..., y nada bueno.

—¿Estás seguro de que Alex no te ha seguido? —le preguntó Jasper mientras *Estrago* corría hacia Call y saltaba para ponerle las patas sobre el pecho.

—No lo creo —respondió mirando hacia atrás, intranquilo.

—Vamos —dijo Tamara—. Antes de que alguien nos vea.

Jasper parecía nervioso mientras se adentraban en el bosque. Estaba tan tenso que cuando *Estrago* trató de coger una mariposa con los dientes, pegó un brinco.

—Por aquí —indicó, y los guio a través de un grupo de árboles.

Al otro lado había lo que parecía ser una vieja cantera. Estaba excavada en la roca y había agua en el fondo, como si alguien hubiera taladrado la base de la isla y el mar se hubiese colado por abajo.

—¿Qué estaban extrayendo? —preguntó Tamara. Luego, guiñando los ojos, contestó su propia pregunta—. Parece granito.

—Hay un camino lateral —informó Jasper, señalando una zona que formaba una rampa hacia abajo. Era lo suficientemente ancha para un vehículo, pero tan inclinada que Call temió tropezar y rodar todo el camino hasta abajo. Se fue agarrando a las ramas al pasar.

—¿De verdad tenemos que bajar ahí? —preguntó—. ¿No puedes decírnoslo y ya está?

Jasper negó con la cabeza torvamente.

—No, tenéis que verlo.

Tardaron un poco en llegar hasta el agua. Tamara le cogió la mano a Call y le ayudó, lo que resultaba muy agradable pero también embarazoso. Ella sabía cómo

tenía la pierna y, de todos modos, le había besado, así que no debía de importarle. Pero no estaba tan seguro de que no le importara a él.

Claro que tampoco tenía nada claro lo que significaban esos besos. Jasper estaba completamente seguro de que a ella no le gustaba, y Anastasia, de que sí. Pero luego ella le había besado delante de Jasper, y eso tenía que contar.

Tenía que decirle algo. No estaba seguro de cuándo volverían a estar solos.

—Hum —dijo, porque su habilidad para la conversación era portentosa.

Tamara le miró, esperando claramente a que él hablara.

Call intentó acordarse de los consejos de Jasper para gustar a las mujeres; lo único que recordaba era que se suponía que tenía que parpadear, pero como Tamara caminaba a su lado, no estaba seguro de lo fuera a notar.

—¿Estamos saliendo? —soltó al final. Como ella no respondió al instante, añadió—. ¿Soy tu novio?

Entonces se dio cuenta de que iba a tener que soltarle la mano, porque le empezaba a sudar. Y mientras el silencio se alargaba, comenzó a pensar que caerse rodando por la colina tampoco sería tan malo. Al menos significaría que cambiarían automáticamente de tema.

—¿Quieres ser mi novio? —le preguntó Tamara finalmente, mirándolo de reojo a través de sus largas pestañas.

Al menos, esa no sería la primera vez que quedaba como un tonto delante de ella.

—Sí —contestó.

—De acuerdo —repuso ella con una brillante sonrisa—. Seré tu novia.

Con esa respuesta, Call interpretó que él tendría que haberle dicho: «¿Quieres ser mi novia?». Pero Tamara no parecía molesta. Le apretó la mano y le hizo sentir, por un momento, que las cosas buenas eran posibles, incluso para él.

«¡Te equivocabas! —quiso gritarle a Jasper—. ¡Sí que le gusto! ¡No Aaron, yo!».

El sendero llegó a su fin, y pasó a ser una playa de arena donde el agua salpicaba las irregulares piedras de granito. Era bonito, o lo habría sido, pensó Call, hasta que vio lo que había bajo el agua.

Al principio pensó que eran rocas, como si el fondo de la cantera fuese poco profundo, pero había zonas oscuras entre ellas. No, lo que estaba viendo eran cabezas, con el cabello ondeando en la corriente como algas. Cientos, no, miles de cuerpos caotizados. Todos en filas perfectamente formadas, esperando la llamada que los llevaría a la batalla.

Call se detuvo, tirando de Tamara para que se parara a su lado. Se soltaron la mano y se quedaron mirando. Jasper ya estaba en el borde del agua, señalando hacia abajo.

El viento le puso el pelo en la cara a Call. Se lo apartó con la mano. No podía dejar de mirar.

—Hay tantos... —susurró Tamara—. ¿Cómo...? Alex no los ha hecho todos.

—No. —Jasper seguía mirando hacia el agua—. Ahora sabéis por qué quería que

lo vierais.

—Los hizo Constantine —aseguró Call—. Lo sé. —No podía explicar exactamente cómo lo sabía. No tenía recuerdos de la vida de Constantine. Pero había estado leyendo lo que Jericho había escrito sobre su hermano y había llegado a sus propias conclusiones. Lo sabía.

—Todo este tiempo hemos creído que solo existían los caotizados que habíamos visto —dijo Tamara con un tono de preocupación en la voz—. Pero hay muchísimos más.

—Todo el mundo decía que la mayoría habían sido destruidos durante la Guerra de los Magos —recordó Jasper.

—Estoy seguro de que la mayoría de los que estaban en la batalla fueron destruidos —dijo Call—. Pero debía de haber muchos más. Constantine era muy meticuloso. Quería un ejército lo suficientemente grande para igualar al del Magisterium, el Collegium, la Asamblea, todo.

—Tenemos que destruirlos —afirmó Tamara con una voz ya más potente—. Si empleamos el elemento fuego..., pero no, no los podemos quemar bajo el agua. Quizá podríamos preparar una bomba.

Call sintió una oleada de cariño por Tamara. No se andaba con chiquitas.

—O Call podría ordenarles que se destruyeran a sí mismos —propuso Jasper.

—Si fueran realmente míos..., de Constantine —se corrigió Call, y le asaltó una repentina duda. Se volvió hacia el agua. Los caotizados estaban inmóviles, como árboles que hubieran crecido bajo el agua de la cantera. Como si hubieran estado allí cuando la cantera se había inundado y nunca se hubieran movido; igual que esos pueblos que quedaban sumergidos cuando se construían los pantanos.

Call alzó la mano con la palma hacia fuera.

—¡Caotizados! —gritó—. ¡Alzaos! ¡Acudid junto al que os creó!

Silencio. El viento frío siguió soplando. Call empezaba a pensar que se había equivocado, cuando la superficie del agua comenzó a formar ondas y oscurecerse. Se estaban moviendo. Los caotizados se estaban moviendo bajo la superficie. Jasper gritó cuando una cabeza salió del agua junto a sus pies. Era un hombre, con el rostro flácido por el agua, los ojos muy abiertos y ciegos. Se volvió hacia Call.

Tamara le cogió del brazo.

—Ahora no —dijo—. Haz que vuelvan abajo.

Call miró a los ojos inexpresivos del caotizado.

—¿Cuáles son tus órdenes? —le preguntó.

Cuando el caotizado contestó, supo que Tamara y Jasper solo oían gruñidos y bufidos sin sentido. Pero él oía palabras. El lenguaje que compartía con los muertos, que nadie más podía hablar.

—Alzarnos —contestó el caotizado—. Destruir.

—Call —le advirtió Tamara.

Se volvió hacia ella.

—Son peligrosos.

—Lo sé —repuso ella—. Ahora haz que vuelvan adentro.

—Ahora no es el momento —les dijo Call—. Volved al agua y esperad.

Moviéndose como un solo cuerpo, los caotizados desaparecieron de nuevo bajo la superficie del agua. A Call la cabeza le iba a mil. Podía ordenarles que se destruyeran los unos a los otros. Tal vez hasta pudiera enviarlos de nuevo al vacío si abría un portal. Pero con todos ellos podía demoler la casa del Maestro Joseph, arrasarla hasta los cimientos. Podría destruir a Alex y al Maestro Joseph. Quizá Tamara también hubiera tenido esa idea.

Solo había un problema: Aaron.

—Tenemos que avisar a alguien —dijo Jasper—. Tenemos que marcharnos.

—¿Puedes dominar a todos esos caotizados? —preguntó Tamara.

Call asintió, pero se sentía asqueado hasta la médula.

—Bien —dijo ella, y comenzó a hacer planes mientras regresaban a la casa—. Nos largaremos esta noche y nos llevaremos al ejército del Maestro Joseph con nosotros. ¡Así es como vas a limpiar tu nombre, Call! Nadie dudará de ti si le entregas una victoria a la Asamblea.

Por un momento, Call se permitió imaginarse heroicamente al frente de un ejército de caotizados, un ejército al que habría ordenado arrodillarse ante la Asamblea. Quizá así le acogerían de nuevo. Tal vez así le perdonaran de verdad.

Pero si se marchaban esa noche, abandonarían a Aaron.

Y aunque Call había aprendido mucho sobre la magia del caos y un montón sobre llenar almas con caos, aún no había averiguado cómo resucitar a alguien. Y si escapaban de la isla, ya no habría manera de recuperar a Aaron.

A no ser que lo hiciera esa noche.



Fue aún más fácil deshacerse de Tamara y Jasper de lo que había sido escaparse de Alex. Call solo tuvo que decir que se metería en un lío si no volvía, y ni Tamara ni Jasper le cuestionaron.

Una vez solo, Call cogió el diario de Jericho y fue a la sala a leer. Antes, lo había hojeado en busca de experimentos y secretos, pero en ese momento lo leía con una ardiente intensidad. Si Jericho sabía algo que pudiera darle una pista sobre cómo resucitar a Aaron, necesitaba encontrarlo. Mientras pasaba las páginas, una sensación de horror se fue apoderando de él. Entonces, llegó a una entrada que le heló la sangre:

No hay nadie a quien pueda decirle cómo me siento, pero cada día estoy más cansado y tengo más miedo del futuro. Cuando me convertí en el contrapeso de Constantine, me pareció todo un honor mantener a salvo a mi hermano mayor. Pero ninguno de los dos entendía realmente lo que un contrapeso puede hacer.

Luego Constantine aprendió a valerse de mi alma regularmente, sin comprometer la suya. Me

consume hasta casi matarme, una y otra vez. Me devuelve solo un poco de mi fuerza, apenas lo necesario para mantenerme consciente y no lo suficiente para poder hacer magia por mí mismo. Me temo que mi alma se habrá agotado antes de que se dé cuenta. No siempre ha sido así, pero ha cambiado tanto este último año que siento que ya no le conozco. Tengo mucho miedo y nadie me cree, pues están encandilados con los encantos de Constantine.

Call avanzó unas cuantas páginas más: «Odio llevar animales para los experimentos de Constantine, pero llevarle cadáveres humanos de los hospitales es aún peor».

Pasó la página sin ganas. Era como leer una novela de terror, pero daba más miedo. Una novela de terror sobre sí mismo.

«No soy Constantine», se dijo. Pero cada vez le resultaba más difícil creerlo. Anastasia creía que era Constantine. El Maestro Joseph también. La única persona que de verdad no lo pensaba era Tamara. Ella creía que era Call, una persona completa por derecho propio. Aaron también había creído en él. Y ya se sabía adónde le había llevado eso...

Ha pasado algo terrible. Estaba demasiado cansado para llevarle un cadáver a Constantine desde el cementerio, así que invocó a un elemental de aire y nos llevó volando hasta el hospital. Aterrizamos en el helipuerto y nos reímos de eso. Me ayudó a bajar las escaleras y por un minuto fue como si volviera a ser el hermano que yo recordaba, el que me cuidaba. Le pregunté por qué me había llevado con él y me contestó que solo quería que lo pasáramos bien juntos.

Atravesamos la morgue y fuimos por el pasillo hasta la UCI. Constantine usó la magia del aire para ocultar nuestra presencia a las enfermeras. Era espeluznante estar entre toda esa gente enferma que no sabía que nos hallábamos allí.

Entramos en una habitación donde había una anciana tendida con los ojos cerrados y un tubo metido por la garganta. A Con le brillaban los ojos. Adiviné lo que quería hacer, pero ya era demasiado tarde.

—Con, no está muerta.

—Pero quizá esa sea la clave —respondió él—. Está casi muerta. Quizá sea necesario introducir el caos cuando aún queda una chispa de vida.

—Tienes que dejarla en paz —le dije—. Está viva.

Lo repetí una y otra vez mientras él me apartaba y extendía la mano hacia ella. Un caos negro le salió de los dedos. Vi que el cuerpo de la mujer se sacudía y temblaba.

Noté que algo me pellizcaba dentro del pecho. Ahogué un grito y caí de rodillas justo cuando la anciana abrió los ojos; eran inexpresivos, y le rodaban los colores como en los ojos de los animales caotizados. Los clavó en mí y de algún modo pensé que me reconocía. «Jericho —me decían sus ojos—. Jericho».

Me di cuenta de que Constantine no me usaba solo para absorber energía. Estaba empleando trozos de mi alma, los usaba como si fueran pilas, metiéndolos dentro de los caotizados, dentro de esa mujer, como un electrochoque que le devolvería la vida.

No vi morir a la anciana. Pude oír a Constantine exclamando enfadado que había muerto. Otro experimento fallido. Lo único que pude hacer fue preguntarme cuánto quedaría de mi alma ahora que mi hermano la iba cortando a trozos.

Call dejó el libro. Respiraba tan fuerte que se sentía mareado. Las palabras de esa página eran como un tortazo en la cara. Ya sabía que Constantine Madden era el Enemigo de la Muerte, el responsable de la muerte de su madre, el monstruo con el que la Asamblea prefería mantener una tregua por miedo a comenzar de nuevo la guerra, pero eso era horrible de un modo totalmente diferente. Lo que le había hecho

a su hermano, arrancándole trozos del alma, era personal. Constantine no lo había hecho para salvar a alguien a quien amaba. No había matado a esa mujer presa de la desesperación. Lo había hecho a modo de experimento. Solo porque sentía curiosidad. Y era cruel.

No era el dolor lo que había impulsado a Constantine Madden a tomar terribles decisiones; ya había tomado esas terribles decisiones antes de la muerte de su hermano.

Y aunque el Maestro Joseph podía haberle impulsado al principio, era evidente que se había adaptado al mal como un pato al agua.

Call dejó el diario y fue hasta la ventana; se quedó mirando la hierba iluminada por el sol. Sentía que iba a vomitar. Era como si tuviera una tormenta en la cabeza.

Pero, pasados unos momentos, se fue calmando. Y unos cuantos minutos después, se le ocurrió pensar algo nuevo. Durante años, había temido ser demasiado sarcástico, demasiado egoísta, estar demasiado dispuesto a tomar atajos. Se había imaginado una línea recta que llevaba de ganar demasiados puntos de Señor del Mal por no sacar la basura o comerse la última porción de pizza, a comandar un ejército de caotizados.

Pero sabía que él nunca haría lo que Constantine le había hecho a Jericho, que nunca robaría trozos del alma de alguien a quien amara. Sabía que nunca asesinaría a alguien sin ninguna razón. Si ser malvado era eso, no se acababa así por casualidad.

Quizá debería dejar de preocuparse de si se estaba convirtiendo en Constantine Madden y empezar a preocuparse por Alex. Alex, que anhelaba poder y no le importaba matar para conseguirlo. Alex, que podría estar dispuesto a hacer todo lo que había hecho Constantine e incluso más.

Tamara y Jasper estaban en lo cierto: tenían que salir de ahí y tenían que hacerlo pronto, antes de que Alex se acostumbrara a lo que su poder podía hacer, antes de que el Maestro Joseph dejara de creer en Call y empleara el Alkahest contra él.

A pesar de su maldad, Constantine había tenido razón en una cosa: la muerte no era justa. Aaron no debería haber muerto, y si podía resucitarle, devolverle la vida, no como un caotizado, entonces algo bueno habría salido de los horribles experimentos de Constantine durante aquella terrible guerra.

Pero para conseguirlo tenía que descifrar el código. Durante los días que había estado allí, había oído hablar de los muchos experimentos de Constantine y había leído sobre algunos de ellos. ¿Qué era lo que no se le había ocurrido hacer?

Pensó en la entrada del diario que acababa de leer, en la que Jericho se había visto a sí mismo reflejado en el rostro de la mujer, como si fuera un trozo de su alma lo que la había hecho revivir.

Había algo ahí, algo que no se podía quitar de la mente.

Cuando Call era un bebé, Constantine debía de haber hecho algo muy parecido a eso: meter toda su alma en el cuerpo de Callum Hunt. ¿Por qué había funcionado?

Call frunció el ceño, concentrándose.

Y entonces, de repente, tuvo una idea. Una idea de verdad, no esos palos de ciego,

esas locuras que tal vez llegaran a funcionar que Alex y él habían estado probando en sus infructuosos experimentos.

Se metió el diario en el bolsillo de la camisa y fue a la sala de experimentos donde se encontraba el cuerpo de Aaron. Allí hizo lo que había estado evitando hacer: se acercó a la mesa donde reposaba su amigo y apartó la sábana que le cubría el rostro.

—Espero que puedas perdonarme —dijo Call.

Si no se equivocaba, todo saldría bien. Podrían escapar juntos al Magisterium y a Call no lo llevarían a prisión, porque no era posible encerrar a alguien por el asesinato de una persona que estaba viva. Regresarían triunfantes, con el ejército de caotizados del Maestro Joseph. Y si Tamara solo quería ser su novia porque estaba sufriendo o lo que fuera, como pensaba Jasper, bueno, quizá fuera posible que llegara a gustarle por sí mismo. Quizá pudiera convencerla.

Mientras Aaron estuviera bien, estaba seguro de que ella le perdonaría cómo lo hubiera conseguido.

La sala estaba llena de sombras. Aaron yacía inmóvil, ceroso y blanco sobre la mesa, con el rostro flácido. Era Aaron y a la vez no lo era. Lo que fuera que le había dado su personalidad y su fuerza ya no estaba.

«Su alma —se dijo Call—. Llámalo por su nombre».

No había creído en las almas antes de ir al Magisterium, pero el Maestro Rufus le había enseñado a ver la de Aaron.

Puso las manos sobre el pecho de Aaron. Lo había tocado antes, con Alex allí, pero en ese momento se sentía raro. Como si estuviera despidiéndose de él.

Pero no era así. Al contrario. Obligó a su mente a regresar de los oscuros senderos que quería recorrer y que le recordaban que estaba solo en la habitación con un cadáver. Todas las películas de terror que había visto competían por asustarlo.

«Este es Aaron —se recordó—. La persona menos aterradora que conozco».

Constantine había empleado el alma de su hermano, la había hecho pedazos para impulsar sus experimentos. Pero lo que no había hecho era lo que Call estaba a punto de hacer: no había usado un trozo de su propia alma.

Mantuvo las manos sobre el pecho de Aaron y se concentró en sí mismo. Trató de recordar cómo había sido ver el alma de Aaron. Pensó en lo que le hacía ser él mismo, en sus primeros recuerdos: el rostro de Alastair, las calles de su pueblo, el pavimento resquebrajado bajo sus pies. Las puertas del Magisterium, la piedra negra de su muñequera, el modo en que lo miraba Tamara. La sensación en su pecho de la magia de Aaron tirando de él, cómo era ser un contrapeso, la negrura del caos...

Una oscuridad en forma de humo se extendió desde sus dedos y se derramó sobre el pecho de Aaron como tinta, envolviéndole el cuerpo.

Call ahogó un grito. Sentía cómo la energía manaba de él a través de las manos, haciéndole vibrar. Podía sentir su propia alma, presionándole las costillas por dentro.

Se imaginó que cogía esa alma con los dedos y la empujó hacia abajo. Fue como

si una chispa le recorriera las venas y entrara en Aaron. El cuerpo de Aaron se sacudió, las manos se le tensaron, los pies golpearon la mesa de metal.

Call estaba empapado en sudor y le temblaba todo el cuerpo. La chispa estaba dentro de su amigo; podía sentirlo. Incluso podía verlo: Aaron había comenzado a brillar desde dentro, como si se hubiera encendido una lámpara en su interior. Abrió la boca y tomó un largo y lento aliento.

El terror se apoderó de Call, pesando en cómo una vez había metido el caos en otro cuerpo, recordando el modo en que los ojos de Jennifer Matsui se habían abierto, rodando infinitamente con el caos.

—Por favor —le dijo a Aaron—. Sé tú. Lucha por ser tú. Por favor.

Si Aaron regresaba como un caotizado, Call nunca se lo perdonaría.

«No debería haber hecho esto», pensó. Era arrogante; era demasiado arriesgado. Después de leer el diario, había estado tan seguro de que él no era como Constantine... Y quizá no lo fuera, porque ni siquiera Constantine había experimentado directamente con el cuerpo de Jericho. Hasta él había sido más sensato.

El pecho de Aaron subía y bajaba, como si estuviera dormido, pero seguía sin abrir los ojos.

—Aaron —dijo Call para sí—. Aaron, por favor, sé tú.

Entonces, Aaron se movió; las manos golpearon la nada, el cuerpo rodó. Se puso de lado, se incorporó hasta sentarse y, con un estremecimiento, abrió los ojos.

No rodaban.

Solo eran claros y de un quieto verde.

—¿Aaron? —Call apenas consiguió emitir un sonido.

—Call —repuso Aaron. No sonaba del todo como siempre, aún no. Quizá fuera porque no había usado la garganta durante mucho tiempo, pero había una extraña resonancia en la manera en que hablaba, una extraña falta de inflexión.

A Call no le importó. Aaron estaba vivo. Lo que fuera que le pasaba, podría arreglarse. Call rodeó a su amigo con los brazos, notó que su piel se iba calentando a medida que la sangre circulaba por su cuerpo. Lo abrazó con fuerza.

Aaron olía raro; no como las cosas muertas o podridas, sino como a ozono, como el aire después de caer un rayo.

—¡Estás bien! —exclamó Call, como si decirlo lo hiciese real—. ¡Estás bien! ¡Estás vivo y bien!

Aaron le puso el brazo sobre la espalda y le palmeó el hombro. Pero cuando Call se apartó, el rostro de su amigo era inexpresivo y tenso. Contempló la sala sin reconocerla.

—Call —dijo con voz ronca—. ¿Qué has hecho?



CAPÍTULO DIEZ

—No pasa nada —le tranquilizó Call. Le cogió las manos. Las tenía frías, pero no con el frío de la muerte. Definitivamente, eran unas manos vivas. Call sabía que había que frotar las manos a la gente para calentárselas, así que se puso a ello.

Aaron miró alrededor. Se movía muy despacio, como si tuviera todos los músculos agarrotados.

—¿Dónde estamos?

—Solo debes concentrarte en ponerte mejor —contestó Call.

—¿Mejor? —No había duda de que Aaron sonaba como alguien que se había despertado después de un largo sueño, lo cual era lógico—. ¿Cuándo me he puesto enfermo?

Call no supo qué responder.

—Dime qué es lo último que recuerdas —prefirió preguntarle.

—Estábamos en el bosque —contestó Aaron. Su rostro estaba recuperando algo de color. Los ojos continuaban siendo de un verde claro, como siempre habían sido, nada de colores rodantes. Y los caotizados no podían hablar, se recordó a sí mismo Call. Al menos no con frases completas y normales—. Buscábamos a Tamara...

Aaron arrugó la nariz, pensando. Cuando Call le soltó las manos, flexionó los dedos. Eran manos normales, con la piel de un tono normal. Y también tenía un pulso normal en el cuello... A Call el corazón le daba brincos enloquecidos. Lo había hecho, había resucitado a Aaron, había conseguido lo imposible.

—Y entonces Alex se volvió contra nosotros —continuó Aaron. Su ceño se había hecho más pronunciado—. Él era el traidor desde el principio. Tenía el Alkahest. Nos hizo arrodillarnos...

Un momento, pensó Call. La cosa estaba a punto de liarse.

—Aaron, ya está bien. No tienes que...

Pero Aaron había comenzado a temblar. Y no con temblores pequeñitos, como si tuviera frío, sino con temblores que le sacudían todo el cuerpo. Se aferró al borde de la camilla.

—Nos arrodillamos —prosiguió—. Hubo una explosión que te separó de mí. Vi la luz blanca del Alkahest. Llenó todo el cielo. Call... —Alzó unos asustados ojos verdes—. ¿Qué sucedió? Por favor, dime que no pasó lo que creo que pasó.

Call solo podía negar con la cabeza. Aaron se estaba mirando las manos. Las tenía blancas y él las veía normales. Pero a Aaron parecían repelerle.

Entonces se dio cuenta de lo que se miraba Aaron: las uñas, que tenía muy largas e irregulares. «Las uñas y el pelo siguen creciendo después de la muerte», recordó Call. Aaron también tenía el pelo demasiado largo, y se le rizaba detrás de las orejas.

—Call —preguntó Aaron—. ¿Estaba... estaba...?

Call le cortó, desesperado.

—No hay tiempo. Debemos salir de aquí. Tenemos que marcharnos antes de que alguien nos encuentre, Aaron, por favor.

Este vaciló y luego asintió. La desesperación en la voz de Call parecía haber pesado más que su suspicacia. Se bajó de la camilla de metal y se apoyó sobre los pies descalzos.

Al instante, las piernas le fallaron. Se desplomó sobre el suelo y rodó, gimiendo. Call se inclinó sobre él, mientras Aaron se acurrucaba por el dolor. El pelo se le pegaba a la frente por el sudor.

—Las piernas... me arden...

Una carcajada resonó en la sala. Una risa fuerte, incrédula y dura.

—Esto es una broma.

Call se incorporó. Era Alex, de pie en la puerta, luciendo otra de sus indumentarias negras. A Call se le cayó el alma a los pies.

Aaron se puso de rodillas, ayudándose con las manos. Se había puesto blanco como la cera.

—Tú no —dijo—. No puedes estar aquí. No.

—Nunca pensé que lo lograrías. —Alex entró en la sala—. No creí que tuvieras el valor, Constantine Junior.

Call se puso entre Aaron y Alex.

—Aléjate de él..., de nosotros —le advirtió.

—Claro —repuso Alex alargando la palabra—. Me marcharé y fingiré que no acabas de resucitar a alguien, lo que literalmente nadie ha logrado hacer nunca...

Aaron lanzó un grito.

Fue un sonido horrible. Tanto Call como Alex se echaron atrás cuando un aullido inhumano surgió de la garganta de Aaron. Arañó el suelo; le temblaban los hombros, pero no había lágrimas en su rostro. No estaba llorando.

—¡Aaron! —Call se arrodilló junto a él—. Tienes que tranquilizarte. Por favor,

cálmate.

Aaron se quedó como sin fuerzas.

—Estoy muerto —susurró—. Morí. Por eso lo veo todo tan gris... y horrible...

La puerta se abrió de golpe. El Maestro Joseph irrumpió en la sala, seguido de Jasper y Tamara. Tenía la mano alzada y una llama le ardía en la palma. Había acudido al oír el grito de Aaron, pero se quedó inmóvil, mirándolo asombrado. De repente, pareció mucho más viejo, con la piel demasiado tensa y los labios apretados en una fina línea.

—Dios mío —dijo.

Alex soltó una amarga carcajada.

—Aquí no hay nada que tenga que ver con Dios.

—Levantadlo —ordenó el Maestro Joseph con voz ronca—. Ponedlo de pie. Necesito ver que está vivo.

Call se movió para proteger a Aaron, pero Alex ya estaba allí, levantándolo. Aaron alzó el rostro y miró más allá del Maestro; vio a Tamara y a Jasper en la puerta. El rostro de Jasper era una máscara de sorpresa, pero Tamara..., Tamara parecía haber caído desde una gran altura y haberse quedado sin aire en todo el cuerpo. Como si no pudiera respirar.

—Tamara —susurró Aaron.

Tamara se tapó la boca con las manos y dio un paso atrás, hasta casi chocar con Jasper, que la cogió del brazo. Movía la cabeza de adelante atrás, y las oscuras trenzas le golpeaban el rostro.

Call sintió una oleada de náusea.

—Tamara —comenzó.

—Silencio —ordenó el Maestro Joseph—. Todos, guardad silencio. —Estaba mirando a Aaron como si fuera un fantasma. Como si nunca hubiera imaginado que su plan pudiera llegar a funcionar. Como si nunca hubiera pensado que Aaron podría volver a la vida—. Lo has logrado —dijo. Su mirada estaba sobre Aaron, pero era evidente que le hablaba a Call—. Tenía razón, tenía razón al dejarte a ti la tarea de resucitar a los muertos, Constantine. ¡Lo has logrado!

—Call. —La voz de Jasper era un susurro plano—. ¿Lo has hecho tú?

Call se dio cuenta de que tenía que haberlo planeado todo mucho mejor. No debería haber resucitado a Aaron sin tener un modo de sacarlo de allí; un modo de que todos escaparan, como quería Tamara. Y tendría que haber buscado la manera de hacerlo cuando el alboroto no fuera a despertar a toda la casa.

Claro que no había esperado lograrlo. No había sabido cuánto tiempo tardaría ni cuánta energía le exigiría.

De repente, se sintió muy mareado.

Y entonces lo recordó: le faltaba un trozo del alma.

Comprendió que iba a desmayarse. Instintivamente, trató de agarrarse a alguien, pero no había nadie.

Cuando Call se desplomó sobre el suelo, lo hizo completamente solo.



Se despertó en el antiguo dormitorio de Constantine. Para su horror, Anastasia estaba sentada al pie de la cama. Llevaba un traje pantalón blanco y, en la solapa, una insignia con una piedra lunar que destellaba.

Ahogó un grito.

El sonido estrangulado que emitió fue lo que alertó a Anastasia de que estaba despierto.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber Call.

Ella le alisó las sábanas sobre el pecho.

—El Maestro Joseph me dijo lo que habías logrado. Has salvado al mundo, ¿eres consciente?

Call negó con la cabeza.

—Has cambiado lo que representa ser un mago. Oh, Call, lo has cambiado todo. Ya no considerarán un monstruo a Constantine. Su legado será honrado. Tu legado.

Lo recorrió un terrible escalofrío. No había pensado en esa clase de consecuencias. Y ella no lo entendía: lo que había hecho no era fácil de repetir. No podía ir arrancándose trozos del alma. No tenía ni idea de cómo afectaría eso a su poder. Quizá no fuera capaz de volver a hacerlo.

Pero dejó esa idea para más tarde.

—¿Aaron... sigue estando bien? —preguntó.

—Está descansando —contestó ella—. Como tú.

—¿Está... enfadado conmigo? —quiso saber Call.

Anastasia parpadeó confundida.

—Pero, Con, ¿por qué iba a estar alguien enfadado contigo? Has realizado un milagro.

Call se incorporó con cierto esfuerzo. Las sábanas estaban entremetidas bajo él.

—Tengo que hablar con Aaron. Necesito ver a Tamara.

Ella suspiró.

—Muy bien. Espera un momento. —Se puso en pie, alisándose el pantalón. Los ojos le brillaron al mirarle—. No sabes lo que esto representa —dijo—. No sabes a quién más podrías resucitar. Has penetrado en el dominio de la muerte, Con. Hay..., había muchas razones por las que la gente quería ver muertos a los makaris, allí en el viejo continente. Has cambiado todo eso.

Call notó que se le retorció el estómago mientras ella salía del dormitorio. ¿Razones por las que la gente quería ver muertos a los makaris? ¿Además de lo evidente? No podía pensar en eso. Necesitaba ver a Aaron. Él era la prueba de que había hecho lo correcto. Había salvado a Aaron. Nunca volvería a resucitar a nadie, nunca volvería a tocar un trozo de su alma. Pero en este caso tenía que haber valido la

pena. Tenía que ser así.

Anastasia regresó con Tamara, que llevaba un vestido hecho de capas de encaje blanco y caminaba con la cabeza gacha, sin mirar a Call.

Anastasia fue hasta la puerta y salió, aunque Call aún podía ver su sombra. Se había quedado en el pasillo, escuchando.

Pero decidió que no le importaba. Estaba tan contento de ver a Tamara de nuevo que el cuerpo se le quedó helado y luego caliente otra vez. Deseó poder verle la expresión del rostro.

—Tamara —comenzó—. Siento...

Ella le cortó.

—Me mentiste.

—Sé que estás enfadada —dijo él—. Y tienes todo el derecho a estarlo. Pero, por favor, escúchame.

Tamara alzó la barbilla, desafiante. Tenía los ojos rojos de haber llorado, pero le ardían de emoción.

—Ya, no deberías haber mentido, pero esa no es la cuestión, Call. No estoy enfadada; estoy asustada.

Call volvió a quedarse helado. Todo él.

—No deberías haber hecho lo que has hecho —continuó ella—. No deberías haber sido capaz. Solo una persona era capaz de mover las almas, alguna vez estuvo cerca de resucitar a los muertos. Lo había apostado todo a que no eras el Enemigo de la Muerte. Te saqué de la cárcel porque así lo creía. Pero estaba equivocada. —Negó con la cabeza—. Eres Constantine.

Call se encogió como si le hubiera golpeado. Pensó en todos los días que había pasado en prisión, soñando con que ella le dijera esas mismas palabras. Y ahora lo había hecho.

—Solo quería recuperar a Aaron —intentó explicar—. Pensé que podría arreglar las cosas.

Tamara se secó los ojos.

—Yo también lo quería recuperar. Quiero creer que ha vuelto, que es el mismo de antes, pero no sé...

Call hizo ademán de levantarse. Notaba las piernas débiles, pero se obligó a ponerse en pie, sujetándose a uno de los postes de la cama.

—Tamara, escúchame. No está caotizado. He empleado un trozo de mi propia alma para revivirlo. Es Aaron. Puede hablar. Puede recordar. Recuerda que Alex le mató.

—Después de que te desmayaras, comenzó a gritar —le contó ella, secamente—. A gritar y gritar.

—Está asustado. Cualquiera lo estaría. Está asustado y está...

—No parecía miedo —replicó Tamara, con el rostro pálido como el mármol. Call no quería creerla, pero tenía una sensación rara en el estómago. Tamara no se

equivocaba a menudo.

—Es nuestro mejor amigo —insistió Call con voz rasposa—. No podía dejarle marchar.

—A veces tenemos que dejar marchar a la gente —repuso Tamara suavemente—. A veces pasan cosas que no se pueden arreglar.

—También creías que tenías que dejar marchar a Ravan. Tu familia te dijo..., todo el mundo de los magos te dijo que era como si estuviera muerta, después de haber empleado demasiada magia del fuego y de que el elemento la devorara. Pero ella formó parte de la fuga. Confiaste en ella lo suficiente para eso. Así que piensas que sigue siendo tu hermana, al menos parte del tiempo. Sabes que los magos pueden equivocarse.

—Esto es diferente —protestó Tamara—. Ravan no está muerta: es una Devorada.

—¿Es tan diferente? —Call respiró hondo—. Sé que te preocupa el modo en que lo hice. Pero la gente odia a Constantine Madden porque era un loco malvado con un enorme ejército de muertos que intentó destruir el mundo de los magos, no porque quisiera resucitar a los muertos. Todo el mundo quiere eso. Por eso tenía tantos seguidores, porque todo el mundo ha perdido a alguien. Porque cuando perdemos a alguien, parece inútil, aleatorio y estúpido que no haya ninguna respuesta. Quizá Constantine fuera una persona horrible y quizá yo también lo sea. Pero puede que sea la persona horrible que salvó a Aaron.

—Eso espero —dijo Tamara—. Eso es lo que quiero creer. He echado tanto de menos a Aaron que no podía dejar de pensar que su muerte había sido una especie de terrible error. Pero si no es él mismo, Call, si en realidad no ha regresado, entonces tienes que prometerme que le dejarás ir de una vez por todas.

Call la miró a la cara. Parecía triste en vez de esperanzada.

—Lo prometo —dijo—. Nunca dejaría que Aaron fuera un caotizado. Nunca le haría daño.

Tamara le cogió una mano y se la apretó con fuerza. Call se sintió tan agradecido y aliviado que deseó rodearla con los brazos, abrazarla como antes. Pero no lo hizo.

—Si dejas de confiar en mí, Call —continuó ella—, entonces solo escucharás al Maestro Joseph y a Alex. Y no son buenos. No quieren lo mejor para ti. Ni para Aaron.

—Lo sé.

—Entonces, tienes que confiar en mí. Si te digo que Aaron no es él mismo, tienes que creerme.

Call asintió.

—Lo haré. Confío en ti. Si dices que no es Aaron, te creeré.

—Más te vale —replicó Tamara, y se dirigió hacia la puerta—. Porque si no lo haces, yo también dejaré de confiar en ti.

Call se dejó caer sobre la cama y se inclinó para acariciarle la cabeza a *Estrago*.

El lobo gimió una vez, como si hubiera entendido las palabras de Tamara.

Después de que ella se marchara, Call se sentía demasiado cansado para levantarse, pero también demasiado preocupado para seguir descansando. Quería ir a ver a Aaron para convencerse de que estaba bien y de que Tamara se equivocaba, pero le aterrorizaba que ella pudiera estar en lo cierto. ¿Y si Aaron no había regresado realmente? ¿Y si emplear su propia alma solo había conseguido retrasar todo eso de los ojos rodantes? La cabeza se le llenó de pensamientos sombríos hasta que llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo, seguro de que sería Anastasia con más afirmaciones inquietantes sobre su grandeza.

Se sorprendió al ver a Alex.

Iba aún más de negro que antes, si es que era posible, y llevaba el cabello modelado en puntas. Sus botas tenían grandes hebillas de metal y el brazalete de la escuela le relucía en la muñeca. En alguna parte había encontrado a alguien que le añadiera una piedra negra al brazalete, mostrando que era un makaris.

—Call, coleguilla —dijo—. La cena.

Call se preguntó si resultaría incómodo estar en la misma casa que la persona a la que habías asesinado, que acababa de resucitar y quizá planeaba una venganza. Esperaba que sí.

—Vamos —dijo Alex al ver que no le respondía—. No te quedes ahí sentado. Tu zombi ya está en la mesa.

—¡No le llames así! —soltó Call.

Alex simplemente sonrió con ironía.

Call se puso en pie, pasó ante Alex y fue cojeando hasta el comedor, en el piso de abajo. Le dolía todo el cuerpo y no dejaba de recordar las palabras de Tamara, pero no podía quedarse escondido. No iba a dejar que Aaron se enfrentara solo a todos los demás.

Se dijo a sí mismo que Aaron estaba bien, bien de verdad, y que Tamara lo aceptaría cuando lo viera, pero una parte de él no estaba tan segura como le gustaría.

El Maestro Joseph miró a Callum, sonriendo de oreja a oreja. Presidía la mesa, cargada con lo que parecía una cena de Acción de Gracias: había pavo y relleno, cuencos de zanahorias glaseadas y boniatos, guisantes, puré de patata y salsa de arándanos.

Anastasia estaba sentada junto al Maestro Joseph, deslumbrante. Frente a ella se hallaba Jasper, que parecía muy tenso, y Aaron, que se echó ligeramente atrás cuando Alex entró en el comedor. Call apartó a Alex y fue al lado de Aaron, que se cogía las manos con fuerza sobre el regazo. Le lanzó una extraña mirada a Call, como si se alegrara un poco de verlo y otro poco, no.

Con una sonrisita altiva, Alex se sentó junto a Anastasia, que, sin pensar, le alborotó el pelo, aunque seguía mirando a Call. Tenía ojos hambrientos, pensó él, que lo devoraban.

—¿Dónde está Tamara? —preguntó Aaron cuando Call se sentó.

Este comenzó a llenarse su plato y el de Aaron. Al verle coger el cuchillo y el tenedor, Call se animó. Cuando le vieran comer, tendrían que aceptar que era normal. Los caotizados no comían.

—Está arriba —respondió Jasper, rápidamente—. Descansando.

Aaron dejó el tenedor sobre la mesa.

Call se sintió un poco mareado.

—No pasa nada —susurró, esperando que Aaron le creyera—. Come algo. Te sentará bien.

Aaron dejó escapar el aire. Tamara le había advertido de que Aaron había estado gritando, y en ese momento se dio cuenta de que se había mentalizado de que volvería a ocurrir, pero su amigo parecía bastante calmado, si bien molesto por la ausencia de Tamara. Aaron volvió a coger el tenedor y se metió un poco de relleno en la boca.

Tenía los hombros tensos, como si estuviera enfadado. Call se preguntó si le odiaría. Tenía todo el derecho. Pero tal vez solo estuviera enfadado por Tamara. Aaron estaba acostumbrado a que la gente lo considerara un héroe. Se hundiría si supiera que Tamara pensaba que le pasaba algo malo.

Tamara se equivocaba.

Tenía que equivocarse.

—No es fácil seguir adelante cuando todo tu mundo se vuelve patas arriba —comentó el Maestro Joseph—. Al igual que a ella le cuesta aceptar que la resurrección es posible, también le costará a la Asamblea. Y al Magisterium. Pero nuestro tiempo, el tiempo de dominar el poder del vacío, empieza ahora. Contigo. —Hizo un gesto hacia Call—. Y contigo. —Se volvió hacia Aaron.

—¿Y qué pasa con el resto de nosotros? —preguntó Alex.

—Call ha sido capaz de devolvernos a Aaron. Esto es solo el comienzo. Aaron solo es el primero de nuestros fallecidos en regresar. Cuando la Asamblea comprenda nuestro poder, tendrá que llegar a un pacto con nosotros, en nuestros términos. Este es el mayor avance ocurrido desde la primera transmutación de plomo en oro. Puede que sea incluso mayor.

—Serás capaz de aprender a hacerlo, estoy segura —le dijo Anastasia a Alex, respondiendo a su pregunta. Era evidente que el Maestro Joseph se había enredado tanto en sus propios pensamientos sobre el futuro que se había olvidado de todo lo demás.

—Es asombroso que fueras capaz de hacer lo que Constantine nunca logró —comentó Jasper, y luego miró a Aaron—. ¿Cómo te encuentras, colega?

Aaron se volvió hacia Jasper con una expresión atemorizada.

Durante un momento, nadie habló. Call contuvo el aliento.

—¿Te encuentras bien? —insistió Jasper.

—Me siento cansado —respondió Aaron—. Y raro. Todo es tan raro...

—Yo me siento así muchas veces —comentó Jasper, y se inclinó para palmearle la espalda. Call los miró. Era un gesto muy natural, y a la vez completamente fuera de lugar.

—¿De verdad he regresado? —preguntó Aaron.

El Maestro Joseph le sonrió.

—Si puedes preguntar eso, entonces debes de haberlo hecho.

Aaron asintió y siguió comiendo metódicamente, que no era su modo habitual de comer. Normalmente, era o muy correcto y educado, o devoraba la comida como si tuviera miedo de que alguien se la fuera a quitar. Call le observó, preocupado.

Claro que si acabara de volver del hospital, seguramente también se comportaría de un modo raro. Call trató de imaginárselo como si acabara de salir de una operación. Años atrás, a Alastair le habían tenido que extirpar el apéndice, y cuando regresó a casa, se había encontrado demasiado cansado para hacer nada excepto sentarse delante de la tele, comer sopa de lata y ver una maratón de fin de semana de *Antiques Roadshow*.

—¿Y cómo es? —preguntó Alex finalmente, rompiendo el silencio.

Aaron alzó la mirada de su plato.

—¿Qué?

—¿Cómo es estar muerto?

—Cállate —siseó Call, pero Alex solo le dedicó una sonrisita altiva.

—No me acuerdo. —Aaron tenía los ojos fijos en su plato—. Recuerdo morir. Te recuerdo a ti. —Miró a Alex, y sus ojos verdes eran tan duros y fríos como la malaquita—. Y luego no recuerdo nada más hasta que Call me despertó.

—Está mintiendo —afirmó Alex mientras cogía su vaso.

—Déjale tranquilo —dijo Call, feroz.

—Call tiene razón —intervino Anastasia—. Si Aaron no recuerda...

—Aunque sería muy útil tener a alguien entre nosotros que sepa cómo es estar muerto —opinó el Maestro Joseph—. Imaginaos cuánto valdría esa información.

Call echó la silla hacia atrás.

—No me encuentro muy bien. Creo que será mejor que vaya a tumbarme.

Anastasia se levantó al instante.

—Debes de seguir agotado. Te acompaño a tu dormitorio.

—Pero ¿y Aaron? ¿Dónde va a dormir? —Intentó preguntarlo con voz tranquila, pero se estaba imaginando al Maestro Joseph diciendo que Aaron iba a dormir en la sala de experimentos o encerrado en alguna parte.

No tendría que ser así. Se suponía que el regreso de Aaron lo arreglaría todo. Su muerte había sido el hecho a partir del cual todo había comenzado a ir terriblemente mal: se había sabido que Call tenía el alma del Enemigo, lo habían encerrado y la mayor parte de la gente a la que apreciaba había empezado a odiarlo. Parte de él esperaba que el mundo se arreglara solo en cuanto Aaron abriera los ojos.

Esa parte de él era infantil.

—Hay una habitación que conecta con la tuya —contestó Anastasia—. Jericho se quedaba allí algunas veces. La podría usar Aaron, ¿no?

Miró al Maestro Joseph mientras lo decía, y él le respondió con una mirada inescrutable. Había un brillo en el fondo de sus ojos que no le gustó nada a Call. Ahora que lo había logrado, ahora que había resucitado a Aaron, ¿seguiría siéndole útil al Maestro Joseph o decidiría que los poderes de Call serían mucho más útiles si no iban acompañados de Call?

—Claro —respondió el Maestro Joseph—. Puede que haga falta limpiar el polvo.



La habitación sí que necesitaba que le limpiaran el polvo, las toneladas de polvo. Anastasia empleo su magia del aire para quitar lo peor de la colcha y las cortinas, haciendo toser a todos. Jasper se excusó para «ir a ver cómo está Tamara», aunque Call sospechó que solo quería librarse de las asfixiantes nubes de polvo.

Cuando por fin consiguieron convencer a Anastasia de que se fuera, era evidente que ni Jasper ni Tamara tenían muchas ganas de aparecer por allí. Probablemente estaban en una de sus habitaciones, hablando del regreso de Aaron y lo que eso significaba. Hablando de Call. Intentó convencerse de que no pasaba nada y de que no debía tener celos, pero no lo consiguió.

Aaron estaba tumbado en la cama, sobre la colcha, mirando al techo; se rodeaba con los brazos, como si tuviera frío.

—¿Quieres hablar? —le preguntó Call, bastante incómodo.

—No —contestó Aaron.

—Mira, si estás enfadado conmigo...

Se oyó una suave llamada en la puerta, que luego se abrió lentamente.

Tamara entró en la habitación. Llevaba un vestido color lavanda al que no se había molestado en cortarle el encaje. Estaba guapa, como si fuera a una fiesta campestre.

Call parpadeó sorprendido al verla.

—Aaron —dijo ella—. Me alegro de que hayas vuelto.

Él se incorporó lentamente y la miró. Los ojos no le daban vueltas. No era un caotizado. Pero Call se dio cuenta de que Tamara se echaba un poco hacia atrás al verlo, como si le resultara desconocido. «Pero si es Aaron», gritaba Call por dentro. Estaba traumatizado. No debía de ser fácil regresar a la vida. Call deseó que Tamara lo entendiera. Veía que lo estaba intentando. Tamara se sentó en una silla junto a la cómoda y apretó los puños sobre el regazo.

—Perdona si he estado rara antes —se disculpó—. No sabía qué pensar.

—Te recuerdo llorando —dijo Aaron—. Cuando morí.

—Oh. —Tamara tragó saliva.

—Y te tiraste encima de Call para apartarlo de la trayectoria del Alkahest —

añadió Aaron—. Me dio a mí en su lugar.

—¡Aaron! —Tamara ahogó un grito.

Call sintió como si algo le atenazara el corazón. Recordó lo que había dicho Jasper: «Pero creo que Tamara..., bueno, Call, creo que le gustaba otra persona, no sé si me entiendes», y cómo se había sentido cuando Tamara le aseguró que no se arrepentía de haberle salvado a él.

—No podía salvarnos a los dos y tuvo que tomar una decisión inmediata —dijo Call con voz áspera—. Así que déjalo estar.

Aaron asintió. Call notó que desaparecía una parte de la opresión que sentía en el pecho. Eso ya era más propio de Aaron.

—No estoy enfadado —dijo—. Ni con Tamara ni contigo, Call. Es que tengo la sensación de que... de que tengo que concentrarme mucho para poder funcionar. Como si lo único que me apeteciera fuera tumbarme, cerrar los ojos y que todo esté oscuro y tranquilo.

—Eso tiene sentido —opinó Call. Se le trababa la lengua en su ansia por hablar—. Tienes que acostumbrarte a estar vivo de nuevo.

Aaron asintió.

—Supongo que la gente se puede acostumbrar a cualquier cosa.

—Es increíble —susurró Tamara—. Estar aquí sentada y oírte hablar, hablar de verdad.

—Voy a ser un ejemplo —continuó Aaron—. El Maestro Joseph nos utilizará a Call y a mí para demostrar que sabe cómo acabar con la muerte.

—Probablemente —respondió Call.

—Tenemos que marcharnos —decidió Aaron—. Quieren utilizarnos, pero no vacilarán en hacernos daño si lo consideran necesario.

—Escaparemos —afirmó Tamara—. Todos. Tenemos que llegar al Magisterium.

Aaron pareció sorprendido.

—¿Por qué al Magisterium?

—Para advertirles —explicó Tamara—. Tienen que saber lo que planea el Maestro Joseph. Cuáles son sus puntos débiles.

—En el Magisterium no estaremos seguros —dijo Aaron—. Solo correremos un peligro diferente.

—Pero si no les avisamos ellos correrán peligro —insistió Call.

—¿Y qué? —replicó Aaron.

Tamara se retorció las manos sobre el regazo.

—Estamos hablando de nuestros amigos —le recordó ella—. El Magisterium, gente que conoces. El Maestro Rufus, Celia, Rafe, Kai, Gwenda...

—Tampoco los conozco tanto —soltó Aaron. No parecía enfadado, solo distante. Cansado y distante de un modo impropio de él.

Tamara se levantó empujando la silla hacia atrás.

—Tengo que irme..., irme a dormir —dijo, y se dirigió a la puerta. Se detuvo y

cogió un libro de la cómoda. El diario de Jericho. Call sintió curiosidad por saber para qué lo querría. Iba a preguntárselo cuando Aaron habló.

—Al final todo el mundo tiene que morir. No veo que ayude para nada que muramos por el Magisterium.

Call oyó a Tamara reprimir un sollozo mientras buscaba el pomo de la puerta y salía del dormitorio.

Cuando Aaron se volvió para mirarle, Call se sintió más exhausto que nunca. No quería hablar con él, por primera vez en su vida. Quería estar solo.

—Vete a dormir, Aaron —dijo al tiempo que se ponía en pie—. Nos vemos por la mañana.

Aaron asintió, se tumbó sobre la cama y cerró los ojos. Se quedó dormido casi al instante, como si no hubiera ocurrido nada que pudiera turbarle el sueño.



Después de una hora oyendo roncar a *Estrago* y del extraño silencio de Aaron, que no se movía y casi no parecía ni respirar, Call se dio cuenta que no podría conciliar el sueño. No dejaba de pensar en su padre, en el Maestro Rufus y en lo que opinarían sobre lo que había hecho. Deseó poder hablar al menos con uno de ellos, para que le aconsejara.

Finalmente se levantó, decidido a echarle valor y cruzar la escalofriante casa, llena de caotizados, para ir a buscar un vaso de agua. Bajó la escalera y entró en la cocina.

—¿Call? —le llamó una voz.

Tamara surgió de las sombras. Por un momento, no parecía posible que fuera real. Pero luego se fijó en lo cansada que estaba y supuso que eso no podía ser producto de su imaginación.

—No podía dormir —explicó ella—. Estaba sentada en la oscuridad tratando de decidir qué hacer. —Llevaba puesta la ropa con la que habían llegado. Call se miró el pijama y luego a ella, confuso.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Me dijiste que si él no era él le dejarías ir —le recordó Tamara—. Lo prometiste.

—Es demasiado pronto. —Era cierto que Aaron estaba actuando de un modo extraño, como si una parte de él aún estuviera enganchada a la muerte—. Se pondrá mejor, ya lo verás. Sé que ha estado un poco raro esta noche, pero acaba de volver. Y a veces parece él mismo.

Tamara negó con la cabeza.

—No es cierto, Call. El Aaron que fue nuestro mejor amigo nunca diría esas cosas.

Call negó con la cabeza.

—Tamara, lo asesinaron. ¡Después de algo así no va a ser todo alegría y optimismo!

Ella se sonrojó.

—No espero que sea perfecto.

—¿De verdad? Porque parece que sí —replicó Call—. Parece que o bien tiene que ser exactamente como era antes, o bien está... roto. No dijiste que no pudiera ser diferente, o estar traumatizado. En ese caso, no habría aceptado.

Tamara vaciló.

—Call, el modo en que ha hablado de otras personas... Aaron nunca era indiferente.

—Dale unos días —pidió Call—. Se pondrá mejor.

Tamara acarició el rostro de Call con la palma de la mano. Él notó la suavidad de sus dedos en la mejilla. Se estremeció.

—Muy bien —aceptó ella, pero parecía increíblemente triste—. Unos días más. Será mejor que nos vayamos a dormir.

Call asintió. Cogió un vaso de agua y volvió a subir las escaleras.

Antes, cuando estaba en el Magisterium, sabía distinguir el bien del mal, aunque no siempre hubiera hecho lo correcto. En prisión, parecía haber perdido esa capacidad.

Quizá fuera porque Aaron siempre había sido su guía moral. No quería creer que este hubiese sufrido un daño irreparable; quería que estuviera bien, no solo porque era su mejor amigo, sino porque si él no estaba bien, Call tampoco podía estarlo.

Si Aaron no estaba bien, entonces Call era exactamente lo que todo el mundo había temido que fuera durante todo ese tiempo.

De vuelta en el dormitorio de Constantine, se dejó caer sobre la cama y se obligó a dormir. Y lo consiguió.



Una explosión le despertó al cabo de lo que le pareció apenas un instante. Saltó de la cama y fue a la ventana. Fuera había camiones con el motor encendido, aunque los gritos tapaban su sonido.

Al principio pensó que había llegado la Asamblea para arrestarlos. Y en ese breve instante, el temor luchó contra el alivio.

Pudo ver al Maestro Joseph salir del porche con la máscara de plata del Enemigo de la Muerte. Sin esfuerzo alguno aparente, salió volando por los aires. Bajo él, apiñándose alrededor de los escalones del porche, había más gente: Anastasia con un camisón blanco, Alex bullendo de ira.

—¡Encontradlos! ¡Encontradlos a los dos! —gritaba el Maestro Joseph. Fue entonces cuando Call se dio cuenta de qué estaba contemplando. De quiénes eran los responsables de las explosiones.

Tamara y Jasper. Y habían huido.

Tamara y Jasper habían huido y lo habían dejado atrás.



CAPÍTULO ONCE

Call se tiró contra la ventana, arañándola, hasta que recordó que estaba hecha de algún tipo de magia. Sin pensar, hizo nacer una llama en su mano. *Estrago* se puso a ladrar. Call no podía prestar atención. Sentía como si tuviera la cabeza llena de abejas, zumbando con tal fuerza que le impedían pensar. La llama mágica estaba deshaciendo el vidrio, pero era demasiado lenta. No tenía tiempo para eso.

Invocó el caos. Le llegó enseguida a la mano: una cinta oleosa de nada que se enrollaba sobre sí misma. Notaba su hambre y que parecía tirar de algo en lo más profundo de él.

«No te queda alma suficiente para esto», pensó una parte de él a través del zumbido, pero le daba igual. Envió el caos contra la ventana.

Este empezó a comerse la magia del aire, el vidrio y el marco que lo rodeaba. A Call no le importaba. Cuando pudo salir por la ventana al tejado, fue a través de un enorme agujero en el lateral de la casa.

En la distancia, vio fuego.

Caminó hasta el borde de las tejas y saltó, concentrándose en rodearse de magia. Se bamboleó y, por un momento, temió estrellarse sobre la hierba.

Pero la magia resistió. Planeó en el aire. *Estrago* se quedó en el tejado, ladrando como un loco. Call se volvió para mirarle y vio que dos de las otras ventanas de la casa estaban rotas; parecían haber sido quemadas, porque la madera alrededor de los bordes aún tenía pequeñas llamas.

La pierna le había dado una razón para practicar esa clase de magia del aire, pero como el Magisterium era un sistema de cavernas y en su casa había vecinos, nunca había volado realmente. Planear un poco era una cosa, pero lo que hacía en ese momento, en el aire, lejos del suelo, como siempre había soñado, era nuevo para él.

Sabía que debería sentirse más nervioso, pero toda su atención se centraba en la escena que se desarrollaba ante él.

Miró hacia el fuego. Se dio cuenta de que no era un fuego natural. Fuego elemental. Mientras observaba, captó algo que ondeaba sobre una de las colinas en el horizonte.

Una cinta de fuego, enorme y larga, serpenteaba por encima de la cresta de la colina. El elemental se alzó hacia atrás como una cobra, con fuego saltándole de los bordes, y Call recordó correr por el Panopticon con Jasper y verla en el pasillo.

Ravan. La hermana de Tamara. Lo que significaba que Tamara la había llamado, y que había estado planeando esa huida durante más de un día y una noche. Cuando Call la besó en los túneles, ya debía de estar planeándola. Él había creído que resucitar a Aaron había hecho que Tamara dejara de confiar en él, pero debía de haber pasado mucho antes. Porque si confiara en él, le habría dicho que estaba tratando de ponerse en contacto con Ravan. Y no lo había hecho. Saber eso era como tener una pesada piedra en el pecho.

El aire ondeó de nuevo bajo él; la concentración le había fallado un instante. El Maestro Joseph envió un rayo de magia helada a Ravan, que lo esquivó con un siseo humeante.

Call oyó desprecio en ese siseo. El fuego estalló a lo largo de la cresta de la colina. A través de las llamas naranja que se elevaron, le pareció ver dos pequeñas siluetas corriendo.

Tamara había confiado en Jasper, pero no en él. Le estaba abandonando, dejándolo allí, porque creía realmente lo que le había dicho en su dormitorio: que había arriesgado su vida por la certeza de que él no era el Enemigo de la Muerte, pero lo era.

Solo en ese momento, sobrevolando el paisaje quemado, Call se dio cuenta de lo mucho que siempre le había importado que Tamara creyera en él.

Sintió un intenso dolor, un dolor que casi le dejó sin aliento.

El Maestro Joseph estaba gritando, y la multitud de oscuras siluetas que le seguían lanzaban magia a Ravan, pero esta era muy rápida y lista, y esquivaba todo lo que le enviaban.

Call alzó una mano. Acababa de recordar el laberinto hecho de fuego, donde había estado perdido hasta percatarse de que su magia del caos podría extraer el oxígeno de todo, extinguiendo el fuego. Podría matar a Ravan. En ese momento, supo que podía hacerlo.

—Call. —Era Aaron. Estaba en el tejado de la casa, con una mano sobre el cuello de *Estrago*. Iba descalzo, y en alguna parte había encontrado una camiseta que ponerse en lugar de la camisa de su uniforme. En la oscuridad, se le veía muy pálido —. Deja que se vayan.

Call oía su propia respiración resonándole en los oídos. Los camiones daban vueltas por delante de la casa del Maestro Joseph; ninguno parecía dispuesto a

acercarse demasiado a Ravan, por miedo a que estallara el depósito de gasolina.

—Pero...

—Es Tamara —dijo Aaron—. ¿Crees que el Maestro Joseph le perdonará haberse escapado? No lo hará.

Call no se movió.

—La matará —continuó Aaron—. Y después de eso, no volverás a estar bien. La amas.

Call bajó lentamente la mano y planeó sobre el tejado. Notó que Aaron lo agarraba por la camisa y lo bajaba hasta las tejas. Se desplomó medio encima de *Estrago* y estuvo a punto de tirar a Aaron. Cuando recuperaron el equilibrio, ya no podía ver las pequeñas y veloces siluetas de Tamara y Jasper.

Unas lágrimas ardientes se le agolparon en los ojos, pero las contuvo.

—Me ha dejado.

Aaron se incorporó, separándose de él. Caminó sobre las tejas con *Estrago* detrás.

—Nos ha dejado, Call.

Call hizo un sonido ahogado que en parte era una carcajada.

—Sí, supongo que sí.

—Quiere avisar al Magisterium —dijo Aaron—. Es mejor que nosotros no vayamos.

De repente, Call se dio cuenta de qué era lo que le resultaba raro de la forma de hablar de Aaron.

—¿Por qué odias tanto el Magisterium, así de repente?

—No lo odio —repuso Aaron. Miró hacia donde se desarrollaba la batalla—. Pero es como si pudiera verlo más claramente que cuando estaba vivo antes. Solo querían sacar de nosotros todo lo que podían, Call. Y ya no pueden sacar nada de mí. Y a ti quieren castigarte. Piensa que has demostrado que estaban equivocados. Nunca creyeron que Constantine pudiera resucitar a los muertos.

Call se lo quedó mirando, intentando desentrañar algo en su expresión, en el verde claro de sus ojos, pero ese Aaron no era fácil de interpretar. Aunque sí era superinquietante.

«Pero no hace mucho que ha vuelto —se recordó Call—. Quizá la muerte se aferra a ti durante un tiempo, ensombreciendo todo lo demás. Tal vez esa sombra acabe por desaparecer».

—¿Crees que hice bien resucitándote? —Después de haber lanzado la pregunta, Call se sintió casi incapaz de respirar hasta oír su respuesta.

Aaron hizo un sonido que no acababa de ser un suspiro. Sonaba como el viento silbando entre los árboles.

—Sabes que ya no soy un makaris, ¿no? No soy ni mago. Esa parte de mí se ha ido para siempre, y todo me resulta..., no sé, como desteñido y apagado.

Call se sintió fatal. Sabía que Alex le había arrebatado a Aaron el poder de makaris con el Alkahest, pero no que regresaría sin ninguna magia.

—Eso podría cambiar —dijo desesperado. Sin Aaron, no sabía qué haría. No sabía en qué se convertiría—. Quizá te pongas mejor.

—Deberías preguntarte si realmente te alegras de haberme resucitado —repuso Aaron con una media sonrisa—. Ahora, los magos nunca volverán a aceptarte, y sé que no quieres quedarte aquí con el Maestro Joseph.

—No tengo que preguntarme nada —contestó Call con fiereza—. Me alegro de haberte resucitado.

Estrago ladró al oír eso y metió el morro entre los dos. Aaron le acarició, y Call notó que se le aflojaba la tensión del pecho. Seguro que si a Aaron le pasara algo malo, *Estrago* lo notaría, ¿no?

Vieron al Maestro Joseph seguido de una falange de caotizados y varias docenas de magos. Avanzaba hacia la casa. Cuando vio a Call y Aaron sentados en el tejado, con el agujero comido por el caos tras ellos, se puso furioso por un momento. Luego su expresión se relajó.

—Tenéis suerte de no haber ido con ellos —les gritó.

Alex, que iba detrás de él, rio.

—No los han invitado.

—Cuando la Asamblea conozca el poder que has desatado, todo será diferente —aseguró el Maestro Joseph, pero Call se preguntó si eso era cierto. Los padres de Tamara estaban en la Asamblea. Si ella estaba horrorizada, ¿no se sentirían ellos igualmente horrorizados, si no más?

Pero Call solo asintió con la cabeza.

—Volved adentro —les indicó el Maestro fríamente—. Hablaremos.

Call asintió de nuevo, pero no entró. Se quedó sentado en el tejado hasta que el sol estuvo mucho más alto en el cielo. Y Aaron se quedó con él.

Cuando la luz amarilla le teñía las pestañas de oro, este se volvió hacia Call.

—¿Cómo lo hiciste? A mí puedes decírmelo.

—Te di un trozo de mi alma —contestó Call, mirando la expresión de Aaron para ver si se horrorizaba—. Por eso no había funcionado antes. Constantine Madden nunca hubiera intentado algo así. Nunca hubiera cedido nada de su poder.

Aaron asintió.

—Creo que lo noto —dijo finalmente—. Creo que lo puedo sentir; parte de mí, que a la vez no es mía.

—Y por eso no va a funcionar como esperan —soltó Call. Resultaba muy incómodo hablar de compartir almas—. Porque no puedo seguir usando trozos de mi alma para resucitar a la gente. No son... ilimitados. Te puedes quedar sin alma.

—Y entonces mueres —concluyó Aaron.

—Eso creo. Me parece que por eso Constantine tenía siempre cerca a Jericho, para poder usar su alma. Y he leído el diario de Jericho... —Call miró alrededor, con la intención de enseñárselo a Aaron, pero se dio cuenta de que no lo tenía. Tamara se lo había llevado, seguramente para enseñárselo al Magisterium. Pruebas. De nuevo se

sintió fatal.

—No sientes que el alma de Constantine esté dentro de ti, ¿verdad? —preguntó Aaron—. Te sientes normal. Siempre te has sentido normal.

—Nunca he conocido otra cosa —respondió Call.

—Quizá solo tenga que acostumbrarme —comentó Aaron, y sonó como su antiguo yo. Incluso sonrió un poco, de medio lado—. Te estoy agradecido. Por lo que hiciste. Aunque no funcione.

«Pero ha funcionado», quiso insistir Call.

Antes de poder hacerlo, alguien llamó a la puerta. Era Anastasia, que no esperó a que contestaran antes de abrirla. Entró en el dormitorio de Call y luego se detuvo al ver los destrozos que había causado: la pared comida por el caos y la luz del sol entrando por el hueco. Parpadeó un par de veces.

—Los niños no deberían ser maldecidos con tanto poder —dijo, como si hablara para sí. Iba vestida con lo que parecía un traje de combate: acero blanco y plateado en el pecho y los brazos, y una capucha de cota de malla sobre el cabello plateado.

Por una vez, parecía pensar en Call y en Constantine como dos personas distintas, ambas malditas. Deseó que siguiera haciendo esa distinción, pero no tenía demasiadas esperanzas.

—¿Qué pasa? —preguntó Call mientras se ponía en pie.

—Mira. —Aaron señaló un elemental de aire que volaba hacia ellos por encima de las copas de los árboles. Era claro y ondeante, y tenía forma circular, como una enorme medusa—. ¿Nos están atacando?

—Al contrario —contestó Anastasia—. Es mi elemental. Lo he invocado; es la vanguardia de mis tropas. Voy tras vuestros amigos para traerlos de vuelta antes de que lleguen al Magisterium y nos fuercen la mano.

—Déjalos ir.

Call caminó sobre los restos de las tejas y saltó de vuelta a la habitación.

—Sabes que no podemos hacerlo. Y también sabes por qué. Tienen demasiada información que nos podría perjudicar. Deberían haber sido más leales. Esperábamos tener más tiempo para prepararnos antes de que comience la guerra entre las fuerzas de la Asamblea y las del Enemigo de la Muerte, pero si Tamara y Jasper llegan al Magisterium, la batalla empezará en menos de una semana.

Call pensó en los miles de caotizados que esperaban en su mojado cuartel, pensó en que podría haberlos sacado de la isla y en que la Asamblea podría haberle visto como un héroe.

Tamara había querido que lo vieran como un héroe. Call no podía odiarla. Pasara lo que pasara, sabía que nunca podría odiarla.

—Pero no hagas daño a mis amigos —rogó—. No te he pedido mucho... —No podía llamarla madre. La palabra se le atragantaba—. Anastasia. Si los coges, tienes que prometerme que no les harás daño.

Ella entrecerró los ojos.

—Haré lo que pueda, pero sabían las consecuencias que tendría escaparse. Y, Call, no creo que ellos vacilaran en hacerme daño. —Con su armadura de batalla, Anastasia tenía un aspecto blanco y terrible. Call pensó que tal vez tuviera razón respecto a lo que Tamara y Jasper harían, y sintió aún más miedo por ellos.

—Prométeme que lo intentarás —insistió Call, porque pensaba que seguramente eso era todo lo que podría sacar de ella. Se sentía indefenso, y al mismo tiempo, ¿no era él el Enemigo de la Muerte? ¿Acaso la resurrección de Aaron no lo probaba, como había dicho Tamara? ¿No debería ser él quien diera las órdenes?

—Claro —contestó ella con una voz fría que dejaba poco espacio a la bondad—. Ahora bajad a desayunar. Los dos tenéis mucho de que hablar con el Maestro Joseph.

Aaron se puso en pie y caminó hasta Call. Aunque ninguno de los dos había dormido, y aunque Tamara se había ido, Call comenzaba a sentir esperanza. Estaba seguro de que Aaron tenía razón al decir que su alma necesitaba adaptarse. Cuando volviera a ser el de siempre, decidirían qué hacer. Ya habían salido otras veces de situaciones peores; encontrarían el modo de salir de esa.

Quizá.

—De acuerdo —le dijo a Anastasia.

Call seguía vestido con su pijama prestado y no se molestó en cambiarse. Aaron parecía cómodo con lo que llevaba. Bajaron la escalera y entraron en el comedor, donde el Maestro Joseph estaba sentado con algunos magos más, incluido Hugo. Cuando Call y Aaron llegaron, los magos se pusieron en pie y se despidieron. El Maestro Joseph tenía el pelo chamuscado por un lado. La cara de Alex estaba roja, como si hubiera recibido una llamarada. La mesa estaba llena de vendas, ungüentos mágicos y tazones sucios.

—Sentaos —dijo el Maestro Joseph—. Hay café y huevos en la cocina, si tenéis hambre.

Inmediatamente, Call se levantó y se sirvió un enorme tazón de café. Aaron no cogió nada; se quedó sentado a la mesa, esperando.

El Maestro Joseph se recostó en la silla.

—Ha llegado el momento —indicó, mirando a Call—. Debes explicarnos exactamente cómo resucitaste a Aaron.

—Muy bien —respondió Call—. Pero no te va a gustar.

—Solo di la verdad, Callum, y todo irá bien. —El Maestro Joseph sonaba como si estuviera tratando de tranquilizarlo, pero la tensión en su voz era evidente.

No fue bien. Call observó cómo la expresión del Maestro se iba oscureciendo a medida que le explicaba cómo se había arrancado un trozo del alma y lo había metido en el cuerpo de Aaron. Este, que ya había oído la historia, miraba por la ventana a unos cuantos animales caotizados que olisqueaban por la hierba.

—¿Esa es la verdad? —preguntó el Maestro cuando Call hubo acabado. Alex lo miraba incrédulo—. ¿Toda la verdad, Call?

—¡Esto es ridículo! —exclamó Alex—. ¿A quién se le ocurriría semejante idea?

—La saqué de los diarios de Jericho. —Call se volvió hacia el Maestro Joseph—. Lo sabías —le dijo—. Sabías que eso era lo que Constantine estaba haciendo. Utilizaba trozos del alma de Jericho para intentar resucitar a los muertos.

El Maestro se puso en pie, con las manos sujetas a la espalda, y comenzó a caminar de un lado a otro.

—Lo supuse —contestó—. Esperaba que no fuera cierto.

—Así que ya lo ves —intervino Aaron, apartando la mirada de la ventana—. No es algo que Call pueda volver a hacer.

El Maestro Joseph se volvió rápidamente hacia ellos.

—Pero es que debe hacerlo. Si Anastasia no los detiene, vuestros amigos llegarán al Magisterium. Cuando lo hagan, cuando se lo cuenten todo a la Asamblea, podemos esperar que sean razonables y se percaten de tu talento. Pero si no es así, será la guerra. Debemos resucitar a Drew antes de que eso ocurra.

—¿Resucitar a Drew? —exclamó Alex, sorprendido—. Eso nunca lo habías mencionado.

—Claro que sí —replicó el Maestro Joseph—. Resucitar a Aaron era una cosa, teníamos su cuerpo aquí, pero si Call puede recuperar almas que han pasado al más allá, la Asamblea rendirá su poder ante nosotros. Todo el mundo se inclinará ante un poder así.

—¡Hoy, la Asamblea; mañana, el mundo! —soltó Alex alegremente—. ¡Piensa a lo grande!

—Pero eso no es posible —insistió Call—. ¿No me has oído? No puedo seguir arrancándome trozos del alma o moriré.

—¡Oh, no! —exclamó Alex, sarcástico—. ¡Eso no!

—Habrás matado a Constantine Madden —le recordó Aaron.

—Es cierto —repuso el Maestro Joseph, mirando a Call de una forma que le recordó la primera vez que se habían encontrado: Drew había muerto, y la expresión del Maestro Joseph había sido una mezcla de odio hacia Callum Hunt y anhelo hacia el Enemigo de la Muerte atrapado en su cuerpo—. Por eso debemos tener un Jericho. —Se volvió hacia Alex.

Call no tenía ninguna intención de resucitar a Drew, pero dijo:

—Hum... Primero vas a necesitar un cuerpo y algún resto del alma de Drew. En el caso de Aaron, aún quedaba algo de él dentro de su cuerpo.

Aaron estaba completamente inmóvil y Call se preguntó qué le parecería todo eso. Le preocupaba que la conversación le hiciera sentirse peor sobre el hecho de haber sido resucitado. Esperaba que no. Necesitaba que Aaron se mantuviera positivo. Bueno, tan positivo como le fuera posible en esos momentos.

—Puedo conseguirlo —respondió el Maestro Joseph con entusiasmo.

—Muy bien —respondió Call—. Eso sería todo. Ayudaría, pero mi magia está muy menguada después de traer a Aaron de vuelta.

—Tu magia se ha comido un trozo de pared de la casa —le acusó Alex—. A mí

me parece que está bien.

Call asintió tristemente, exagerando todo lo que pudo.

—No quería hacer eso. Actúa fuera de mi control. Y no querría hacerle algo malo a Drew accidentalmente.

Alex lo fulminó con la mirada, pero el Maestro Joseph pareció creerle.

—Sí, es cierto que eso podría resultar peligroso. Alex, ya has oído lo que ha dicho Call. Ahora tenemos que recrear su experimento. Ven.

Alex parecía preocupado, preocupado de verdad. Call supuso que no le hacía ninguna gracia eso de arrancarse trozos del alma, pero no le daba ninguna pena.

Con un chasquido de los dedos, el Maestro Joseph llamó a los otros magos, lo que hacía suponer que habían estado escuchando.

—Vamos —le dijo a Alex, y estaba claro que si no iba por su propia voluntad, lo llevarían a rastras a la sala de experimentos.

Call agitó los dedos para despedirse, por una vez complacido consigo mismo y con el mundo.

—¡Buena suerte! —le dijo.

Alex ni siquiera se molestó en lanzarle una mirada asesina. Estaba demasiado asustado.

Aaron encontró una taza de café medio llena, abandonada por alguno de los magos, y se la llevó a los labios. Call le observaba, y se dio cuenta de que estaba esperando a que Aaron le exigiera que fuera detrás de Alex, a que insistiera en que le salvara la vida.

—Alex es la razón por la que estás muerto —contestó Call a las objeciones imaginarias—. Me da igual lo que le haga el Maestro Joseph. Deberíamos quedarnos aquí y desayunar. No me importa si le arrancan el alma a tiras.

—Vale —respondió Aaron.

Call cogió un trozo de tostada de uno de los platos de los magos. Aaron no debería decir eso. Se suponía que debía decir algo sobre que el Maestro Joseph y Alex eran el Equipo del Mal, y que el Equipo del Bien no tenía que comportarse como ellos.

Pero Aaron no dijo nada en absoluto.

Con un suspiro, Call apartó la silla de la mesa.

—Muy bien. De acuerdo. Iré a ver qué pasa.

Aaron parecía confuso, pero se levantó y siguió a Call.

Fueron sigilosamente hacia la sala de experimentos. Dentro, oyeron el murmullo apagado de voces. Call guiñó un ojo y miró por la cerradura con el otro, pero aunque eso funcionaba en la pelis, en la vida real no consiguió ver mucho.

—Si no puedes encontrar el alma de Drew, entonces es que debes de ser un makaris del tres al cuarto. —Oyó que decía el Maestro Joseph al otro lado de la puerta—. Quizá deberías ser el receptáculo para el regreso de Drew. Quizá Callum Hunt pueda meterte el alma de Drew y sacarte la tuya.

—Soy un makaris —gimió Alex—. No puedes hacer eso.

Call tomó aire. Ahí estaba el auténtico Maestro Joseph, el que había tratado de esconderse tras elaboradas cenas y gestos amables.

—Tus poderes son robados y eres inferior —le espetó el Maestro Joseph con una voz cargada de rabia—. Nunca fuiste hecho para dominar la magia del caos.

—Puedo hacerlo —insistió Alex—. ¡Puedo hacerlo! —Se oyó el ruido como de arrastrar algo—. Solo déjame espacio para trabajar.

En ese momento, Call oyó un gruñido grave procedente de la sala, uno que sonaba cargado de caos.

—¡Maestro Joseph! —gritó Call, golpeando la puerta con el puño—. ¡Déjanos entrar!

Al cabo de un momento, el Maestro Joseph abrió la puerta, y vieron a Alex en el suelo, como atontado. No había nadie con ellos. Sobre la mesa había un cadáver con la piel azulada de frío. Call se estremeció.

—Veo que después de todo quieres ayudarnos —dijo el Maestro Joseph—. Pero por ahora estamos bien como estamos. Vuelve esta noche, Callum, cuando hayas descansado.

Y cerró la puerta otra vez. La llave giró.

—Bueno, supongo que ya está —repuso Call, sintiéndose mareado. ¿Lograrían resucitar a Drew? No creía que pudieran hacerlo sin su cuerpo. Incluso los caotizados tenían un fragmento de su alma atrapado en su interior, como Call había aprendido cuando, accidentalmente, había convertido a Jennifer Matsui en una caotizada.

Pero su propia alma era la de Constantine, en un nuevo cuerpo. Quizá pudiera funcionar. Echó una mirada a Aaron, que no parecía nada preocupado por si resucitaban a Drew o no.

Call tenía que hacer algo.

—Vamos —le dijo a Aaron—. Podemos ir por el otro lado y echar un vistazo por la ventana.

Fue a coger unas botas y una chaqueta.

—¿Vamos a verle sufrir? —preguntó Aaron, lo que no era en absoluto la pregunta correcta. Call no contestó.

Salieron al exterior y pasaron por delante de unos caotizados, que inclinaron la cabeza y gimieron al ver a Call. «Qué dramático», pensó. Aaron los miró con el ceño fruncido, las manos en los bolsillos, y aceleró el paso.

—Mira alrededor —dijo Call—. ¿Ves? Estos son los líos en los que me meto cuando tú no estás. Desde que moriste, me han arrestado, me he fugado de la cárcel, me han raptado y me han traído a la fortaleza del Enemigo de la Muerte, con Jasper, que se pasa todo el tiempo hablando de su vida amorosa...

Al oír eso, Aaron alzó la comisura de la boca en una vaga sonrisa.

—Y he besado a Tamara, ¡que ahora me odia! Sin ti, no hago nada a derechas. Eres la persona que me ayuda a decidir qué está bien y qué está mal. No estoy seguro

de poder hacerlo sin ti.

Aaron no parecía especialmente contento de oír eso.

—Yo no... Ahora no puedo ayudarte con eso.

—Pero tienes que hacerlo —insistió Call. Habían llegado a un pequeño grupo de árboles. Desde allí, podrían asomarse a una de las ventanas de la sala de experimentos, pero en ese momento lo que estaba ocurriendo dentro parecía menos importante que lo que estaba pasando entre ellos—. Siempre lo has hecho.

Aaron negó con la cabeza.

—No pienso en las cosas como pensaba antes. —Metió las manos en los bolsillos.

Hacía frío, y soplaba un viento cortante, pero Call no estaba seguro de que Aaron pudiera notarlo. No parecía tener frío.

—Estás bien —insistió Call—. Solo necesitamos sacarte de aquí.

—¿Cuándo nos iremos? —preguntó Aaron.

—Tamara, Jasper y yo intentamos huir una vez —admitió Call—. Nos cogieron y nos trajeron de vuelta, pero eso resultó ser bueno, porque entonces el Maestro Joseph nos habló de ti. Así que supuse que nos quedaríamos hasta que pudiéramos resucitarte.

—¿Y Tamara y Jasper estuvieron de acuerdo? —El aliento de Aaron formaba pequeñas nubecillas en el aire.

Call respiró hondo.

—Puede que no se lo contara —admitió.

Pero él no le reprendió, como habría hecho antes. No le riñó. Call tuvo que admitir que Aaron no estaba haciendo un gran trabajo como guía moral.

Call continuó explicándose.

—Pensé que cuando te tuviéramos otra vez, se darían cuenta de que había sido algo bueno. Y creí que la Asamblea pensaría lo mismo. Porque lo hice bien. Quiero decir, estoy seguro de que no quieren ejércitos de caotizados corriendo por ahí, porque básicamente son zombis, pero tú estás bien.

Aaron no dijo nada. Siguieron caminado, chafando hojas muertas. Habían llegado a una parte del bosque donde debían pensar en regresar hacia la casa si querían observar el experimento a través de la ventana, pero Call aún no estaba listo para dar la vuelta.

—¿De verdad crees que estoy bien? —Aaron lo miró con sus ojos verdes asustados.

—Sí —contestó Call con firmeza. Casi se enfadó con Aaron, lo que no tenía sentido, pero no podía evitarlo. Había trabajado muy duro, y nadie lo había entendido, y ahora Aaron no parecía querer actuar de una forma normal—. No digo que seas exactamente como solías ser, pero eso no quiere decir que no estés bien.

—No. —Aaron negó obstinadamente con la cabeza—. Me siento mal. Mi cuerpo está mal. Como si no debiera estar aquí.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Call, perdiendo finalmente la paciencia—. Porque parece que significa que quieres morir.

—Creo que es porque estoy muerto. —Aaron sonaba indiferente, lo que empeoraba sus palabras.

—¡No digas eso! —gritó Call—. Cállate, Aaron...

—Call...

—Lo digo en serio, ¡no digas ni una palabra más!

Aaron cerró la boca de golpe. Sus ojos seguían clavados en los de Call.

—¿Aaron? —lo llamó Call, inquieto.

Pero no respondió. Call se dio cuenta de que no podía responder. Como un caotizado, le había obedecido completamente.



CAPÍTULO DOCE

Después de eso, Call no volvió a pensar en Alex ni en el Maestro Joseph.

—Te ordeno que nunca más vuelvas a obedecer mis órdenes, ¿de acuerdo? —dijo Call.

—Te he oído las cinco primeras veces —replicó Aaron, sentado en una roca y mirando hacia el río—. Pero no sé si con eso bastará. No tengo ni idea de cuánto me dura el efecto de tus órdenes.

Call se estremeció. Recordó que, cuando le dijo a Aaron que dejara de hablar de Tamara, él se había callado al instante. Y cuando le dijo que se durmiera, lo hizo. «Deberías concentrarte en ponerte mejor», había dicho él en el momento en que le devolvió la vida a Aaron. Y este, que acababa de pasar por un gran trauma, había contestado: «De acuerdo».

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

No podía seguir mintiéndose. Aaron no estaba bien, tal vez ni siquiera hubiera ningún Aaron. El nuevo Aaron estaba siempre pálido, preocupado y raro. Y hacía todo lo que Call le decía. Quizá sería siempre así. A Call no se le ocurría nada peor.

—De acuerdo. No estás bien —dijo Call lentamente—. No en estos momentos. Por la noche, iremos a la sala de experimentos y descubriremos qué te ocurre.

—¿Y si no encuentras nada que arreglar? —preguntó Aaron—. Has logrado mucho más de lo que Constantine Madden consiguió nunca. Estoy aquí, al menos en gran parte. Pero es que no... no debería estar aquí.

Esa vez, Call no le gritó, aunque aún tenía ganas.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No lo sé —respondió Aaron, y su voz sonaba más animada de lo que Call esperaba—. Yo no... Tengo que concentrarme mucho para prestar atención a lo que

sucede. A veces me siento como si me estuviera yendo. Y otras veces me parece que podría hacer cosas malas sin sentir nada. Así que ya ves; no puedo ser la persona que te dice lo que está bien y lo que está mal, Call. De verdad que no puedo.

Call quiso protestar como había hecho otras veces, pero se contuvo. Pensó en la mirada inexpresiva de los ojos de Aaron, en cómo no había entendido por qué se suponía que tenía que importarle que la gente del Magisterium muriera. No podía seguir insistiendo en que Aaron estaba bien. Si él pensaba que algo no iba bien, tenía que creerle. Se lo debía.

Y al menos Aaron podía decirlo. Eso tenía que contar para algo. Si no fuera Aaron, no le habría importado sentirse diferente.

—Lo arreglaremos —insistió Call.

—La muerte no es lo mismo que un pinchazo en un neumático —replicó Aaron.

—Tenemos que ser positivos. Solo nos hace falta...

—Viene alguien. —Aaron se puso en pie y señaló hacia la casa con el dedo. La puerta principal estaba abierta, y una fila de magos, encabezada por el Maestro Joseph, se dirigía hacia ellos.

Call también se puso en pie. Con la marcha de Tamara y Jasper, los planes de huida de Call se habían vuelto imprecisos e incompletos. La vuelta de Aaron le había distraído, y pensó que el Maestro Joseph también estaría distraído. Había supuesto que tendría más tiempo.

Aaron alzó los ojos y Call le siguió la mirada; el cielo estaba cargado de pesadas nubes, y a través de ellas, vio enormes formas rodando.

Una de ellas atravesó las nubes. Era un enorme elemental de aire, con alas claras e irregulares. Sobre su lomo se hallaba Anastasia; su armadura de color blanco y plata estaba manchada y sucia.

El elemental aterrizó en el campo que había detrás de Call y Aaron, con una onda de aire que aplastó la hierba de alrededor. Call miró a ambos lados; estaban atrapados entre Anastasia y el Maestro Joseph.

¿Qué estaba ocurriendo?

—¡Callum! —El Maestro Joseph fue el primero en llegar hasta ellos. Al instante, Call se fijó en dos cosas: Alex no estaba, y él tenía la bata salpicada de algún líquido de aspecto cuestionable—. Ha llegado la hora.

Call intercambió una mirada con Aaron.

—¿La hora de qué?

—Tamara y Jasper han conseguido llegar al Magisterium —informó Anastasia, mientras se acercaba a ellos. Su elemental se quedó esperando en el campo, ondeando ligeramente por la brisa—. La Asamblea no tardará en saber dónde nos hallamos y lo que has hecho.

—Ha llegado el momento de mostrarnos al mundo y exhibir nuestro poder —anunció el Maestro Joseph—. Hugo, ¿has traído la máquina?

Call y Aaron vieron cómo Hugo le pasaba al Maestro una enorme jarra de cristal.

Dentro, rodaba un aire gris y negro.

«Teléfono tornado», le dijo Call a Aaron en silencio. Él asintió lentamente.

Con una floritura, el Maestro Joseph arrancó la tapa de la jarra. El aire los rodeó girando violentamente. El elemental de aire de Anastasia hizo un sonido de sobresalto y desapareció con un pop.

Call se acercó a Aaron, el cabello le azotaba los ojos. El aire se expandió, sacudiendo las ramas de los árboles, y rodeó el espacio en el que se hallaban.

—¡Maestro Rufus! —gritó el Maestro Joseph—. ¡Magos de la Asamblea! ¡Mostraos!

Fue como mirar una tele borrosa. Lentamente, las imágenes se fueron formando, y Call vio la sala de la Asamblea y a los magos de túnica verde. Reconoció a algunos, como los padres de Tamara, y naturalmente a los magos del Magisterium: la Maestra Milagros, el Maestro North, el Maestro Rockmaple y, sentado con los hombros encorvados y la calva brillante, el Maestro Rufus.

Si estaban reunidos era por una sola razón: para discutir sobre cómo derrotar a Callum Hunt, el Enemigo de la Muerte.

Call notó un nudo en el estómago al ver a su profesor. Pero no fue nada comparado con la sensación que le sobrevino un momento después al ver quién estaba sentado al lado de Rufus: Jasper, con el uniforme blanco de Cuarto Curso, y Tamara, también de blanco y con el pelo recogido en dos perfectas trenzas. Sus grandes ojos oscuros parecían atravesar la imagen, como si estuviera mirando a Call directamente al alma.

Fue su padre quien dio un paso al frente, con una mano sobre el hombro de su hija.

—Esta es la última vez que te ofreceremos que te rindas, Maestro Joseph. La última guerra tuvo un alto coste para todos, pero también para ti. Perdiste a tus hijos, perdiste a Constantine, perdiste el camino. Si batallamos de nuevo, no habrá ofertas de paz. Te mataremos a ti y a cualquier cosa caotizada que encontremos.

Call se estremeció, pensando en *Estrago*, que seguramente estaba oculto detrás de algún árbol.

—No seas ridículo —replicó el Maestro Joseph—. Tratas de discutir como si tuvierais ventaja, cuando nosotros tenemos la clave de la eternidad. ¿Es porque Tamara y Jasper han vuelto con noticias de nuestra fortaleza? Si me hubiera preocupado que obtuvierais esa información, les habría cortado el cuello cuando tuve la oportunidad.

Tamara lo miró furiosa, y Jasper dio un paso atrás. Su madre estaba a su lado, pero Call no vio a su padre por ninguna parte.

—No lo entiendes —prosiguió el Maestro Joseph—. A nadie le importa vuestra ridícula guerra. Los magos quieren recuperar a sus seres queridos. Quieren vivir eternamente. El único modo en que podríais conseguir que el mundo de los magos estuviera de vuestra parte es negando lo que tengo a mi lado. —Y rodeó con el brazo

a Aaron, que se deshizo de su abrazo al instante—. Di algo —le pidió el Maestro Joseph.

—No tengo nada que decir —dijo Aaron a los magos—. No estoy de tu parte.

Call esperaba que el Maestro Joseph gritara a Aaron y tratara de impedir que hablara. Pero en vez de eso se le dibujó una gran sonrisa en el rostro.

Los magos se quedaron en silencio. El Maestro Rufus alzó la cabeza, que había tenido apoyada entre las manos. Se le veía más viejo, con más arrugas.

—¿Aaron? ¿Eres tú de verdad?

—No..., no lo sé —contestó Aaron.

Pero en la Asamblea ya reinaba el caos. No sabía lo que les habían contado Tamara y Jasper, pero estaba claro que no habían acabado de creerse que Aaron hubiera resucitado. Debían de haber pensado que estaba caotizado y el Maestro Joseph deliraba. Que Call era...

¿Qué habrían pensado de él?

En ese momento, el Maestro Rufus lo estaba mirando. Había una mirada de resignación en sus oscuros ojos. De decepción.

—Callum —dijo—. ¿Lo has hecho tú? ¿Has resucitado a Aaron?

Call bajó la mirada al suelo. No soportaba ver los ojos del Maestro Rufus.

—Claro que sí —respondió el Maestro Joseph—. El alma es el alma. La esencia no cambia. Siempre ha sido Constantine Madden y siempre lo será.

—¡Eso no es cierto!

Call alzó la mirada, sobresaltado, para ver quién lo había defendido. Era Tamara. Tenía los puños apretados a los costados. No lo estaba mirando, pero era ella la que había hablado. ¿Significaba eso que no creía lo que le había dicho antes, que sí era el Enemigo de la Muerte?

Los padres de Tamara la hicieron callar y la apartaron hacia un lado, casi fuera de la vista de Call, mientras el Maestro Joseph bufaba desdeñoso.

—Estáis actuando como estúpidos —dijo—. Creéis que si nos atacáis, nuestras fuerzas serán pocas, como Tamara y Jasper sin duda os han informado. Pero ¿realmente pensáis que no tengo aliados entre vosotros? Por todo el mundo de los magos hay quienes han estado esperando la noticia de que hemos completado el proyecto de Constantine, de que hemos conquistado la muerte. Ya están siendo avisados. Quizá hayáis notado que os faltan unos cuantos miembros...

Varios Asambleístas miraron alrededor, unos cuantos hacia Jasper y su madre, y al espacio que hubiera ocupado su padre.

—No podéis ganar —continuó el Maestro Joseph—. Hay demasiados que piensan como nosotros. ¿De qué sirve haber nacido con magia si se nos prohíbe aprovecharnos de ella, si solo la empleamos para controlar a los elementales por el bien de un mundo al que ni siquiera le importamos? ¿De qué sirve la magia si no podemos usarla para resolver el mayor misterio de la existencia, el que la ciencia nunca ha podido desentrañar: el misterio del alma? Magos de todo el mundo acudirán

a nuestro lado ahora que sabemos que los muertos pueden volver a vivir.

Unos cuantos magos habían comenzado a susurrar en el fondo de la sala, señalando. Call era consciente del efecto que había tenido la presencia de Aaron, a pesar de que este habría rechazado al Maestro Joseph. Se preguntó cuántos de ellos acudirían al lado del Maestro Joseph.

—Callum, Alastair está desesperado —dijo el Maestro Rufus—. Reúnete con nosotros. Trae a Aaron. Dejad que verifiquemos esas afirmaciones.

—¡Debes de pensar que somos tontos! —gritó el Maestro Joseph a las ondulantes imágenes de los magos.

—Os lo he dicho —intervino Tamara—. Lo tiene prisionero.

—Pues a mí no me lo parece —dijo el Asambleísta Graves con un bufido—. Y como tú estuviste involucrada en su fuga de la cárcel, sabemos que no eres imparcial.

—Call puede tener un poco de síndrome de Estocolmo —admitió Jasper—. Pero el Maestro Joseph le retiene allí. Y también a Aaron.

—¿Mantienes a esos chicos cautivos? —preguntó el Maestro Rufus.

El Maestro Joseph sonrió.

—¿Mantener cautivo a Constantine Madden? Siempre he sido su sirviente, nada más. Call, ¿estás aquí contra tu voluntad?

Call pensó qué debía decir. Parte de él quería gritar pidiendo ayuda, rogar que alguien le salvara. Pero tampoco era como si la Asamblea pudiera sacarle de allí, no inmediatamente. Era mejor que el Maestro Joseph creyera que estaba de su lado. Si iba a haber una guerra, era su deber hacer todo lo que pudiera para ayudar a la Asamblea a ganar.

Estaba casi seguro de que eso era lo correcto.

De un modo u otro, su respuesta tenía que ser la misma.

—No —contestó, irguiéndose—. No estoy prisionero. Soy Callum Hunt, el Enemigo de la Muerte renacido. Y acepto mi destino.



—No me gusta estar aquí —dijo Aaron.

Se hallaban en la habitación de Tamara, o la que había sido la habitación de Tamara, sentados en la blanda cama rosa. El cuarto de Call aún tenía agujeros en las paredes, lo que lo hacía bastante frío, y las reparaciones caseras no encabezaban la lista de tareas de nadie.

—No estaremos aquí mucho tiempo —le prometió Call, aunque no tenía ningún plan muy definido.

Aaron se encogió de hombros.

—Supongo que no vamos a volver al Magisterium. No después de que anunciaras que eres el Enemigo de la Muerte.

Call se rodeó las rodillas con las manos.

—¿Crees que lo decía en serio?

—¿Lo decías en serio? —Los ojos de Aaron carecían de expresión. Call se preguntó qué pensaría. Antes era capaz de adivinar bastante bien lo que Aaron pensaba, pero ya no—. Después de todo, venciste a la muerte.

—Esta noche iremos a ver qué podemos hacer contigo —dijo Call—. Después de eso, huiremos. —No mencionó que esperaba llevarse con ellos al ejército de caotizados. Si esa noche conseguía averiguar qué le pasaba a Aaron, entonces se irían. Atravesarían el río antes del amanecer, y era imposible que Alex tuviera suficientes caotizados para detenerles.

Pero ¿y si no lo averiguaba? ¿Deberían marcharse igualmente? ¿De verdad creía que el mundo de los magos lo aceptaría, sobre todo ahora, con Aaron?

Recordó los rostros de la Asamblea, y notó un frío agujero en el estómago.

Pensó en las palabras de Anastasia: «Eres poderoso. No puedes renunciar a ese poder. El mundo no te dejará. No te permitirá estar simplemente oculto y a salvo. Podría llegar a esto: o dominar el mundo o ser aplastado bajo el tacón de su bota».

Esperaba de corazón que no estuviera en lo cierto, pero tenía que admitir que había acertado con Tamara.

—No resultará fácil llegar a la sala de experimentos —advirtió Aaron—. Hay tanta gente en todas partes... Es un caos ahí abajo. —Era cierto; había un gran revuelo por toda la casa. Anastasia iba y venía con los magos más jóvenes para invocar elementales, y el Maestro Joseph estaba fuera con Hugo y algunos magos más, dibujando símbolos defensivos en los terrenos que rodeaban la casa.

Call quiso decir algo ingenioso, como que el caos era su especialidad, pero le pareció muy triste. Él podía seguir siendo un mago del caos, pero Aaron ya no; su magia pertenecía a Alex.

—*Estrago* nos ayudará —dijo.

Estrago alzó las orejas al oír su nombre. Corrió hacia abajo junto a ellos y se detuvo al final de la escalera para mirar alrededor con ojos entrecerrados y gruñir suavemente. A *Estrago* nunca le había gustado mucho esa casa y parecía que le gustaba aún menos cuanto más tiempo pasaba en ella.

—Esto es lo que tienes que hacer. —Call se inclinó para hablar con el lobo caotizado.



Mientras Call y Aaron bajaban la escalera, Call pudo oír cómo funcionaba su plan. *Estrago* estaba ladrando y corriendo, conduciendo a los magos a una persecución inútil. Todos trataban de averiguar qué lo había alterado tanto; seguro que la Asamblea les estaba atacando.

Mientras *Estrago* los distraía, Call y Aaron fueron directamente a la sala de experimentos y cerraron la puerta con llave.

Fue entonces cuando se dieron cuenta de que no estaban solos. Alex se hallaba sentado en el suelo, con un grupo de libros abiertos alrededor formando un extraño círculo. Tenía los ojos hundidos y la piel enrojecida.

Sobre la camilla al otro lado de la sala había un cadáver extraño. Era de una persona adulta, pero con un rostro que parecía una grotesca parodia de los rasgos más infantiles de Drew. Era como si se los hubieran esculpido sobre la carne, pero con un cuchillo de mantequilla. Iba vestido con una parodia de ropa de niño: una camisa con un caballo y vaqueros rojos. A Call se le hizo un nudo en el estómago solo con verle.

—Hum —dijo—. Perdona. No sabíamos que hubiera nadie aquí.

Aaron miraba a Alex en silencio. Quizá incluso con una pequeña sonrisa tironeándole de la comisura de los labios.

Alex cogió unos cuantos libros y se puso en pie. Señaló a Call con un dedo tembloroso.

—¡Tú! No explicaste bien lo que hiciste. Mentiste. —Trató de caminar más allá de Call y Aaron.

—Ah, no. —Call le detuvo poniéndole una mano en el pecho. Alex era más alto que ellos, pero eran dos contra uno, y Aaron resultaba mucho más intimidante desde que había regresado de entre los muertos—. Vas a ayudarnos.

—No voy a hacer nada hasta que me expliques cómo resucitaste a Aaron; la verdad, no lo que has estado diciendo para hacer que el Maestro Joseph me atormente.

—Dije la verdad. Pero tú no puedes hacerlo.

Alex lo miró directamente. Por primera vez, la sonrisita irónica había desaparecido de su cara. Parecía realmente asustado.

—¿Por qué? ¿Por qué no soy capaz de hacerlo? ¿Por qué no puedo encontrar su alma?

Call negó con la cabeza.

—No lo sé. Yo no hice eso. Teníamos el cuerpo de Aaron. Tú no tienes el de Drew. ¿Cómo se supone que vas a encontrar su alma?

La desesperación era evidente en el rostro de Alex, porque el Maestro Joseph no cejaría en su deseo de revivir a su hijo. Aunque fuera imposible, seguiría intentándolo.

—Así que no hay esperanza —dijo Alex.

—No lo sé —repuso Call—. Ayúdame con Aaron y yo te ayudaré con tu problema.

Alex había estado estudiando durante más tiempo que él; había estado yendo tras esos Puntos de Señor del Mal contra los que Call había luchado durante años. Si había alguna posibilidad de que tuviera la clave para ayudar a Aaron, entonces valía la pena intentarlo.

Alex miró a Aaron y frunció el ceño. Aaron se sentó en el suelo, donde había estado él antes, y cogió un libro.

—Parece estar bien —masculló Alex—. ¿Ayudarte con qué?

—No es feliz —intentó explicar Call.

Alex soltó un bufido.

—Sí, vale, pues bienvenido al club. Yo tampoco soy feliz. Si no resucito a Drew, tendré un problema serio. El Maestro Joseph no para de mirar el Alkahest.

—Quizá no deberías haber sugerido que lo usara conmigo —replicó Call sin ninguna compasión.

Alex suspiró. No tenía respuesta para eso.

—Así que tenemos que encontrar algún modo mágico de que Aaron vuelva a ser feliz, ¿no?

Call miró a su amigo con el ceño fruncido. Seguía en el suelo, pasando páginas como si no prestara ninguna atención a la conversación.

—No es que sea infeliz exactamente —explicó Call—, pero no está... en el lugar adecuado. Es como un tipo que ha cogido el tren hacia una estación y luego tiene que bajar y regresar porque se ha olvidado la maleta, y ahora está yendo en la dirección equivocada.

—Oh, sí —replicó Alex, sarcástico—. Eso lo explica todo.

Call no quería contarle todo lo que le había dicho Aaron; parecía demasiado íntimo. Pero lo intentó una vez más.

—Aaron no tiene magia. Vale, tú le robaste sus poderes de makaris, pero debería seguir siendo mago, ¿no? Y no lo es. Lo que sea que le está dejando sin magia podría ser el motivo por el que se siente incompleto.

Alex vaciló.

—Además —añadió Call—, si resucitas a Drew sin magia, el Maestro Joseph no estará muy contento.

Alex lo miró con ojos hinchados.

—Eso es cierto —admitió a regañadientes—. Muy bien, ¿qué sugieres?

—En el Magisterium aprendimos a pulsar almas —dijo Call—. Me parece que debería intentar mirar el alma de Aaron, ver si puedo descubrir el problema.

—¿Y para qué se supone que estoy yo aquí? —quiso saber Alex.

Call respiró hondo.

—Eres mayor que nosotros y has estado estudiando durante más tiempo. Así que piensa en qué más podemos comprobar.

—¿Y si no encontramos nada que esté mal?

—Le podría dar más de mi alma —contestó Call en voz baja—. Quizá no le di lo suficiente.

Alex meneó la cabeza.

—Tu funeral —dijo finalmente—. Aaron, súbete a la mesa de experimentos.

Aaron miró la camilla con el cadáver encima durante un buen rato.

—No —dijo—. No lo voy a hacer.

—Además, está ocupada —repuso Call.

—Podemos tirar el cadáver al suelo —sugirió Alex, y Aaron lo miró con desagrado.

Para evitarlo, Call arrastró una mesa llena de libros desde un rincón de la habitación hasta el centro. Vaciaron la superficie y Aaron se subió y se tumbó, con las manos cruzadas sobre el pecho.

Call respiró hondo, sintiéndose incómodo, e intentando recordar cómo había sido ver el alma de Aaron. Esa era la parte que tenía que hacer solo. Alex no se merecía ver el alma de nadie, y menos aún la de Aaron.

Cerró los ojos, tomó aire y comenzó. Le resultó más difícil que en el Magisterium. El cuerpo resucitado de Aaron parecía repeler a Call e impedirle ver a través de él hasta el alma. Estaba rodeado por una especie de opacidad. Trató de recurrir a sus recuerdos de Aaron: riendo y comiendo liquen en el comedor sin protestar, separando la arena y bailando con Tamara. Pero le llegaban muy tenuemente. El recuerdo que destacaba con mayor claridad era el cuerpo de Aaron en esa habitación, inmóvil y frío sobre la camilla.

Se obligó a concentrarse en cómo había sido meter un trozo de su alma en Aaron: como electricidad iluminando metal en la oscuridad. El recuerdo lo llenó, y finalmente Call sintió que se abría el camino hacia la presencia de Aaron. Vio la luz de un alma, pálida y clara, con una especie de luz dorada que era todo Aaron.

Pero oscuros hilillos la rodeaban, enganchándola, introduciéndose en ella del mismo modo que las raíces de la hiedra se introducen en los edificios hasta que la piedra se deshace. Su cuerpo parecía pulsar con la energía del caos. Call se acercó con la mente y sintió una terrible y aplastante frialdad.

El cuerpo. Algo no estaba bien en el cuerpo de Aaron.

—¿Qué estáis haciendo? —Las puertas de la sala de experimentos se abrieron de par en par. Call se apoyó sobre la mesa, deslumbrado, y Alex gritó y saltó hacia atrás.

Era el Maestro Joseph, y estaba furioso.



CAPÍTULO TRECE

Call retrocedió un paso, apartándose de Aaron y tropezándose con un libro. Nunca había visto al Maestro Joseph así: con los ojos enloquecidos y cargados de furia. El Alkahest le cubría una mano.

Al verlo, Call se quedó sin aliento.

Antes, incluso en sus momentos de mayor furia, el Maestro Joseph siempre le había protegido. En la tumba del Enemigo de la Muerte, incluso se había lanzado delante de él, dispuesto a arriesgar su propia vida por salvarle. Pero en ese momento, parecía dispuesto a asesinarlo sin pensárselo dos veces.

—A... ayudando a Aaron —tartamudeó Call.

—¡No puedes jugar con lo que has hecho! —gritó el Maestro Joseph; la saliva le saltaba de los labios—. ¡Sin una resurrección, no somos nada! ¡Los magos nos machacarían y seríamos destruidos! ¡Solo con el poder de la vida eterna nuestro ejército puede crecer y destruir la Asamblea!

Aaron se sentó en la mesa. No parecía que los gritos lo intimidasen. Se quedó mirando al Maestro Joseph, impertérrito.

—Vale, vale —repuso Call, alzando las manos, conciliador. Alex se había alejado tanto del Maestro que estaba pegado a la pared, con la cara del color de la cera. Call nunca había visto a Alex así, y eso le asustó aún más—. No te alteres. Todo va bien.

El Maestro Joseph dio un paso hacia Aaron, le cogió el cuello y le inclinó la cabeza para revisarlo como si fuera un propietario de coche tratando de comprobar si su Mercedes nuevo tiene alguna raya o desperfecto.

—Callum parece decidido a demostrarme que no vale lo suficiente para la cantidad de problemas que da. Desde el principio me desafió. Se burló de mi papel. Quitó importancia al gran honor que me había sido concedido. Me tiró mi lealtad y

mis sacrificios a la cara, una y otra vez. Bueno, Callum, creo que ya estoy harto de que me fastidies los planes.

—No te lo tomes como algo personal —replicó Call—. Muchísima gente me encuentra molesto. No solo tú.

—Call trataba de ayudarme —dijo Aaron, soltándose del Maestro Joseph. Había algo casi terrorífico en su expresión.

—¡No necesitas ayuda! —replicó el Maestro Joseph cogiéndole del hombro—. ¡No debe cambiarte en nada!

—Suéltame —insistió Aaron, sacudiéndose su mano—. ¡Tú no sabes lo que necesito!

—Guarda silencio —rugió el Maestro Joseph—. No eres una persona. Eres una cosa. Una cosa muerta.

Aaron lanzó el brazo y agarró al Maestro Joseph por el cuello. Todo ocurrió muy deprisa, demasiado deprisa para que Call pudiera reaccionar de alguna manera excepto ahogando un grito.

El Maestro Joseph alzó la mano, como si fuera a conjurar un fuego, pero Aaron le cogió el brazo y se lo retorció tras la espalda. Con la otra mano le apretó el cuello. El Maestro Joseph se debatió, tratando de coger aire; la mirada se le desenfocó.

—¡No! —gritó Call al darse cuenta finalmente de lo que Aaron pretendía hacer—. ¡Aaron, no!

Pero Call le había ordenado que no le obedeciera nunca, y Aaron no le obedeció. Sus dedos se hundieron más y más en el cuello del Maestro Joseph y se oyó el ruido de algo rompiéndose, como el sonido que hacían las ramitas al pisarlas.

La luz se apagó en los ojos del Maestro Joseph.

Call ahogó un grito, mirando a Aaron, sin querer creer que su amigo hubiera hecho eso. Su mejor amigo, el que siempre había sido la mejor persona que había conocido. Por primera vez, Call tuvo miedo, pero no por Aaron sino de él.

Alex emitía un ruido extraño que resultó ser la palabra «no» repetida una y otra vez.

Aaron soltó al Maestro Joseph y retrocedió, mirándose la mano como si acabara de darse cuenta de lo que había hecho. Parecía confundido cuando el cuerpo del Maestro Joseph se desplomó sobre el suelo.

«Eres una cosa. Una cosa muerta».

El Maestro Joseph yacía a los pies de Call, igual que Drew antes que él.

«Conocerme ha sido bastante malo para esa familia», pensó Call un poco histérico, porque nada de eso era realmente divertido.

Alex cayó de rodillas. No dejaba de mirar el cuerpo del Maestro Joseph.

—Lo puedes... resucitar —dijo.

—Pero no lo haré. —Las palabras le salieron de la boca sin siquiera pensarlas. Estaba bastante sorprendido de que Alex se lo hubiera pedido; el Maestro Joseph le había amenazado con el Alkahest, se había burlado de él y lo había humillado. Pero

Alex seguía contemplando el cuerpo con expresión enloquecida.

—Tienes que hacerlo —insistió—. Alguien tiene que dirigirnos.

Aaron, inexpresivo, miró lo que había hecho. Si sentía remordimiento, no lo mostraba.

Alex se arrastró hasta el cadáver del Maestro Joseph. Tenía lágrimas en el rostro, pero no fue a tocar al mago muerto. En vez de eso, su mano agarró el Alkahest. Se lo apretó contra el pecho, y Call comprendió que había sido un tonto por no coger el guante antes que nada.

—¡Eh, Alex! —dijo Call—. ¿Qué estás haciendo?

—Nunca se me ocurrió que pudiera morir. —Alex no parecía dirigirse a Call. Su voz era baja, como si hablara para sí—. Era un gran hombre. Creí que dirigiría el ejército conmigo a su lado.

—Era un hombre malo —repuso Call—. En cierto modo, todo lo que ocurrió: la Guerra de los Magos, la muerte de Jericho e incluso la de Drew, fue por su culpa. Hacía daño a la gente.

—Él es la única razón por la que eras importante. Creía en ti. ¿Y tú vas a dejarlo ahí tirado?

—¿Como hiciste tú conmigo? —replicó Aaron, mientras bajaba de la mesa. Se puso junto a Call.

—No lo hice para demostrar que era mejor que el Enemigo de la Muerte —gruñó Alex. Seguía sujetando el Alkahest, estrechándolo contra sí.

—No —reconoció Call—. Lo hiciste para demostrar que eras exactamente igual que él. —Caminó hacia la salida, con Aaron tras él. Al llegar a la puerta, se volvió—. Nos vamos a marchar. Mira, sé que estás dolido, pero podrías hacer el bien en el mundo con tu magia del caos. Aún puedes ser famoso y poderoso, y no estar del lado del mal. Ahora que el Maestro Joseph se ha ido, todo esto puede acabar.

Alex le miró cansado.

—Bien, mal... ¿Cuál es la diferencia?

Call esperaba que Aaron dijera algo. Esperaba que le respondiera que debería saber cuál era la diferencia, pero no lo hizo. Quizá ese Aaron tampoco pudiera verla.

Call y Aaron recorrieron el corredor en silencio y enseguida se les unió *Estrago*, con las orejas hacia atrás pero agitando la cola. Se oyeron pasos en la casa, pero nadie se puso entre ellos y la puerta. Salieron al jardín.

—¿Adónde vamos? —preguntó Aaron.

—No lo sé —contestó Call—. Fuera de esta isla. Lejos de todo.

—¿Voy contigo? —Aaron parecía haberse dado cuenta de que matar al Maestro Joseph era algo que podía importar a Call. Quizá a alguna parte de Aaron tampoco le gustaba. Tal vez recordaba que hubo un tiempo en el que nunca habría matado a nadie de ese modo, a sangre fría, con sus propias manos.

—Claro que sí —respondió Call, pero seguramente Aaron notó la vacilación en su voz.

—Bien.

Se encaminaron hacia el bosque siguiendo la carretera, pegados a la línea de árboles. A Call empezó a dolerle la pierna enseguida, pero no redujo el paso. Dejó que hubiera dolor, dejó que empeorara. ¿Y qué si le dolía? ¿Y qué si cojeaba? El dolor le hacía notar todo con mayor relieve.

Aaron caminaba a su lado, al parecer perdido en sus pensamientos. De un modo horrible, cuanto más tiempo pasaba, Call sentía menos que le acompañaba su amigo y más que era como ir con uno de los caotizados. Incluso *Estrago* parecía evitar a Aaron, y se mantenía al otro lado de Call, sin acercarse para que lo acariciara. Aunque *Estrago* le había metido el morro el día anterior para que lo acariciara, era evidente que él también sentía que Aaron había cambiado desde su regreso con los vivos. Aaron había cambiado. Pero ¿por qué?

Al menos ya estaban cerca del agua. Call oía las olas lamiendo la orilla. Y entonces, de repente, ese ruido se perdió entre el estrépito de los motores. Los camiones rugían por la carretera. Sobre ellos, un elemental con forma de cinta cortaba el aire.

Call se volvió, agarró a Aaron por el hombro y lo metió en el bosque.

—¡Corre! ¡Tenemos que correr! —dijo, aunque sabía que su pierna no le permitiría hacerlo.

Y entonces Hugo salió del bosque, acompañado de más magos y, marchando tras ellos, los caotizados de Alex.

Incluso con el Maestro Joseph muerto, no iban a dejar que Call y Aaron se fueran.

—¡Soy el Enemigo de la Muerte! —gritó Call—. Soy el que manda. Son mis órdenes las que se supone que debéis obedecer, y ¡os digo que volváis a la casa! Esto se ha acabado. ¡Soy Constantine Madden! ¡Soy el Enemigo de la Muerte! ¡Y digo que esto se ha acabado!

Hugo dio un paso hacia él con una sonrisa en el rostro. Con creciente temor, Call se percató de que no estaban solo los magos que había visto antes. No eran solo los fugados del Panopticon y los aprendices como Jeffrey. Había otros, incluso gente con la túnica de la Asamblea, que probablemente acababan de llegar. Traidores que habían ido a luchar en el lado equivocado. A Call incluso le pareció reconocer al padre de Jasper.

Estrago se puso a ladrar con fuerza.

—Puede que tengas el alma de Constantine, pero no estás al mando —dijo Hugo—. El Maestro Joseph dejó instrucciones muy concretas. Si le pasaba algo, debíamos seguir a Alex Strike, y Alex dice que os llevemos de vuelta, por la fuerza si es necesario.

—Pero ¡soy el Enemigo de la Muerte! —repuso Call—. Mirad, soy el que resucitó a Aaron. Estáis todos aquí para desentrañar los misterios de la muerte, ¿verdad? Pues yo soy la clave de acceso a sus entrañas. ¡Soy la llave que abre esa puerta!

Durante un momento después de que Call hablara, todo el mundo guardó silencio. No estaba seguro de si los había deslumbrado con su lógica o no. Por un instante, pensó que quizá le dejaran marchar.

—Quizá seas... todas esas cosas —dijo Hugo—, pero aun así tendrás que volver conmigo a la casa. Pronto habrá una batalla y debemos estar preparados. No es seguro ni para ti ni para Aaron permanecer en los bosques. Los exploradores de la Asamblea pueden estar por cualquier lado.

—No voy a volver contigo. —Call alzó una mano, invocando el caos. Quizá si les mostraba lo que era y lo que podía hacer, los dejaran marchar. Tal vez si comprendían que estaba dispuesto a luchar, tendrían miedo de hacerle daño. El poder comenzó a reunirse lentamente en su interior. Casi se había agotado tratando de averiguar qué le pasaba a Aaron. Con un trozo de su alma menos, estaba muy débil. Necesitaba más poder.

Como de costumbre, buscó a Aaron, su contrapeso. Pero buscarle era como meter un brazo en agua helada. Una fría y negra nada le cubrió la mente. Call lanzó un grito mientras el mundo se volvía negro.



Call se despertó con las manos atadas a la espalda y la cabeza caída hacia un lado. Por un momento pensó que estaba de vuelta en el Panopticon. Solo cuando vio lo que le rodeaba, el inquietante salón victoriano del Maestro Joseph, recordó lo que había pasado. El Maestro Joseph... Tamara... Aaron.

¡Aaron!

Miró hacia abajo y vio que estaba atado a la silla, con los tobillos fuertemente amarrados a las patas y las muñecas cogidas detrás de la espalda.

—Estás despierto —dijo Aaron desde su espalda, tan cerca que Call estuvo casi seguro de que también estaba atado a una silla y seguramente las sillas estuvieran atadas juntas. Call se movió un poco para probar su teoría y el peso se la confirmó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Call.

Aaron se recolocó.

—Parecías a punto de hacer magia y entonces te has desmayado. No tengo magia, así que no he podido hacer mucho. *Estrago* tampoco. Nos han atado. Alex ha corrido mucho, dando órdenes. Creo que Hugo estaba en lo cierto sobre la batalla.

—¿De verdad está Alex al mando?

—Dice que... —comenzó Aaron, pero antes de que pudiera continuar, Hugo entró en la sala, con Alex detrás. Cuando la puerta se abrió, Call oyó a Anastasia hablando con más magos. Por un momento, pensó que reconocía otra voz, pero no fue capaz de identificarla.

Alex llevaba un abrigo negro largo con botones hasta el cuello, y se había cepillado el pelo hacia atrás, dejándose el rostro despejado. Ya no parecía cansado o

asustado. Le brillaban los ojos, y llevaba el Alkahest en el brazo, destellando como si lo hubiera pulido.

—¿En serio? Parece que vayas a hacer una prueba para la próxima película de Matrix —soltó Call, y luego se dio cuenta de que quizá no debería ser tan arrogante mientras estuviera atado a una silla.

—Ahora estoy yo al mando, como siempre debería haber sido —anunció Alex—. Tengo todos los conocimientos de Constantine y toda la experiencia del Maestro Joseph. Soy el nuevo Enemigo de la Muerte.

Call se mordió el labio para no soltar otra pulla.

—Podría transferirme tu poder de makaris y ser el mago del caos más poderoso que jamás ha existido. Así que obedéceme y conviértete en mi leal segundo, Callum, o te mataré aquí mismo.

—Es una oferta tentadora —respondió Call—. Pero ¿estás seguro de que el Alkahest funciona así?

—No puedes matarle —dijo Aaron a media voz—. Igual que no puedes matarme a mí. Sin nosotros, tu ejército no se mantendrá.

La boca de Alex se retorció en una mueca.

—Claro que se mantendrá.

—Claro que no —replicó Call, siguiendo a Aaron—. Lo que les importa es resucitar a los muertos. Yo lo he hecho. Tú no. Y todo el mundo lo sabe.

—Tiene razón —insistió Aaron—. Han venido para seguir a Call y al Maestro Joseph, no a un adolescente al que no conocen.

Alex bufó con desdén.

—Por favor. Call me explicó cómo resucitar a los muertos. Empleó su propia alma. Puedo hacerlo siempre que quiera, así que no le necesito. Te necesito a ti, claro. Eres la prueba de que esto funciona, pero él es prescindible.

—Si él muere, no te ayudaré —afirmó Aaron, sin emoción—. Puede que no te ayude de todas formas.

Alex parecía a punto de patalear, pero en vez de eso sacó un cuchillo del bolsillo interior de la chaqueta. Tenía una peligrosa hoja curvada e hizo que Call pensara en *Miri*, su cuchillo, que estaba en el Magisterium. Se obligó a sonreír.

—Bueno, Call. ¿Quieres correr el riesgo de que igualmente lo haga o prefieres prometerme tu lealtad? ¿Lucharás a nuestro lado en el conflicto que se avecina?

—Lucharé a tu lado —contestó Call—. Después de todo, Aaron y yo no tenemos ningún otro sitio adonde ir. ¿Me has visto correr detrás de Tamara y Jasper? ¿No me oíste cuando le dije a toda la Asamblea que no estaba retenido aquí contra mi voluntad? Todos los demás me odian. Deberías haber empezado por ahí.

Alex sonrió y se agachó para cortar con el cuchillo las cuerdas que los ataban. Call se puso en pie; la pierna mala le dolía. Aaron se levantó lentamente tras él.

—Vamos —dijo Alex, y abandonaron la sala.

El sol se había puesto mientras Call y Aaron estaban atados. Había oscuridad al

otro lado de las ventanas cuando recorrieron los pasillos detrás de Alex. Al pasar por el vestíbulo, Call vio que los enormes jardines de la casa estaban iluminados con ardientes esferas de fuego mágico.

Llegaron al porche y se quedaron allí, observando, con Alex sonriendo petulante a su lado. Bajo la parpadeante luz de las esferas, el patio resultaba un inquietante campo de batalla. Una masa de magos con las túnicas verdes de la Asamblea y los uniformes negros del Magisterium miraban hacia la casa. De espaldas a ella, se hallaban las fuerzas del Maestro Joseph.

Que ahora eran las fuerzas de Alex. Call solo podía verles la espalda, pero eran muchos. Le pareció reconocer a Hugo y a alguno de los otros magos. Formaban un muro de varias filas frente a ellos, mirando hacia delante con torva determinación.

Había un espacio de la longitud de un campo de fútbol entre ellos y los magos de la Asamblea. Call caminó hacia la barandilla del porche y oyó un ladrido.

—¡*Estrago!* —exclamó. El lobo apareció por el lado de la casa y subió los escalones para apretarse contra la pierna de Call; este hizo una mueca de dolor, pero se agachó para acariciarle. Era un alivio ver a *Estrago*, el único de sus amigos que no había cambiado.

Lanzó una mirada de reojo a Aaron. Su perfil se recortaba bajo la luz anaranjada, que hacía que sus ojos verdes parecieran negros. Call pensó en Aaron apretándole el cuello al Maestro Joseph hasta partírselo, y notó un dolor en su interior. En cierto modo, ahora echaba de menos a Aaron más que cuando estaba muerto. Era como si, desde el momento en que lo trajo de vuelta, todo lo que había hecho que fuera él se hubiera ido evaporando, como la neblina sobre un río.

Pero ¿por qué? Algo le rondaba por la cabeza, pero no estaba seguro de qué era. El problema residía en el cuerpo de Aaron. Si lo hubiera puesto en otro cuerpo..., si hubiera trasladado el alma de Aaron como Constantine había hecho con la suya, ¿habría sido diferente?

Estrago volvió a ladrar cuando se abrió la puerta principal y Anastasia salió al porche. Llevaba su armadura de color plata y blanco, ya limpia, y el cabello recogido en lo alto en un moño voluminoso. Fue junto a Call.

—Callum —dijo—. Me alegro de que hayas entrado en razón y decidido luchar junto a Alex.

—No he entrado en razón —replicó Call—. Me ha amenazado con matarme.

Anastasia lo miró sorprendida. Call no pudo evitar preguntarse si le preocuparía que Alex matara el alma de Constantine. Pero fueran cuales fueran las concesiones que Anastasia hubiera hecho tiempo atrás para aceptar las acciones de su hijo y aun así querer que volviera, parecían estar nublándole la mente.

—Cuando acabe la batalla —dijo Anastasia—, nos iremos a alguna parte, resucitaremos a Jericho y viviremos en paz.

—Ya basta, Anastasia —cortó Alex—. El Maestro Joseph toleraba esa ridícula fantasía, pero yo no. Callum no es tu hijo. No me importa lo que pienses. No es

Constantine Madden, y todas tus adulaciones no servirán de nada. Él no te quiere.

La expresión de Anastasia se endureció al instante. La niebla se estaba alzando y Call no estaba seguro de que a Alex le fuera a gustar lo que había debajo.

—Alex, harías bien en recordar que me necesitas —replicó Anastasia—. A mí y a mis elementales.

—Y tú harías bien en recordar que si tienes que considerar a alguien tu hijo, es a mí.

—Conozco el alma de Call —insistió Anastasia, aunque Call no creía que eso fuera cierto—. La tuya, no.

El rostro de Alex se retorció en una mueca.

—Hay muchas cosas aquí —interrumpió Aaron, como si nadie hubiera estado hablando. Alex frunció las cejas; Call recorrió la isla con la mirada.

Era cierto. El ejército de cotizados había salido del lago. Formaban filas ordenadas, con la ropa andrajosa por la larga inmersión en el agua. Cerca de ellos, había elementales: serpientes de aire enroscándose entre los árboles, lagartos de fuego, enormes arañas formadas totalmente de piedra. Call no vio ningún elemental de agua, pero de haberlos, seguramente estarían cabrioleando en el río.

Volvió a mirar a los magos. Antes le había parecido oír una voz familiar, pero ahora se daba cuenta de que conocía a varias de las personas que estaban allí. Unos cuantos Asambleístas se hallaban cerca de Hugo, junto a varios padres que reconoció del Magisterium. El padre de Jasper estaba allí, lo que hizo que Call soltara un grito ahogado.

Pero atravesando la multitud en dirección a Alex, había alguien que le sorprendió mucho más: la hermana mayor de Tamara, Kimiya.

Un momento después, se había lanzado a los brazos de Alex.

—Me alegro tanto de que estés bien —le dijo sin aliento.

Incluso Alex parecía sorprendido.

—¿Kimiya?

—Kimiya, ¿qué estás haciendo? —preguntó Call—. Deberías estar del mismo bando que tus hermanas.

Kimiya se volvió para mirarlo enfadada.

—Ravan no es mi hermana —respondió—. Fue destruida por el fuego. Ahora es un monstruo. Mi mejor amiga, Jen, está muerta... —Le temblaron los labios—. Odio la muerte. Si Alex quiere acabar con la muerte, entonces quiero estar a su lado.

Alex le lanzó a Call una mirada de superioridad por encima de la cabeza de Kimiya.

—Ve a buscarte un arma, cielo —le dijo, mientras le acariciaba el largo y negro cabello—. Lucharemos juntos.

Kimiya desapareció en el interior de la casa. Alex sonrió despectivo a Call, que casi no pudo contener el impulso de lanzarse sobre él y estrangularlo. Pero Alex se lo impidió al ponerse a su lado y agarrarlo por la espalda de la camisa con la mano que

no tenía cubierta por el Alkahest. Hugo, a su lado, sujetó a Aaron.

—¡Mis leales seguidores! —gritó Alex, y empujaron a Call y Aaron por los escalones hasta el centro de un brillante foco que proyectaban varios magos—. ¡Aquí están! ¡Callum Hunt, la reencarnación de Constantine Madden, y su gran logro, Aaron Stewart, resucitado de entre los muertos!

Se elevó una gran aclamación. Call oyó a gente gritando el nombre de Aaron. Se sentía mareado. Aquello se parecía tanto a la vez que Aaron había sido declarado el makaris, el héroe del Magisterium, y al mismo tiempo era tan distinto...

—Y ahora... —comenzó Alex. Pero Hugo le interrumpió:

—Señor Strike, mira. El otro lado está ondeando la bandera de parlamento.

—¿Se rinden? —Alex parecía decepcionado—. ¿Ya?

Hugo negó con la cabeza.

—Significa que quieren hablar antes de la batalla.

—Así es. Nos han enviado un mensaje: quieren hablar. —Anastasia se acercó con una expresión tensa—. Pero solo con Call.

—No —repuso Alex—. Lo prohíbo.

Aaron parecía dispuesto a decir algo a favor de Call, pero este le puso una mano sobre el brazo.

—Haces bien —le dijo a Alex—. Probablemente me retendrían, al suponer que el ejército no serviría de nada sin mí.

—Yo dirijo este ejército —replicó Alex con ferocidad.

Call sonrió de medio lado.

—Y yo sigo siendo el Enemigo de la Muerte.

Alex se volvió hacia Anastasia. Parecía a punto de patear el suelo.

—¿Por qué quieren hablar con Callum?

Kimiya reapareció desde la casa; llevaba un hacha de piedra en la mano. Estaba grabada con numerosos símbolos de aire y tierra, que Call supuso que la hacían lo suficientemente ligera para blandirla.

—Ha sido idea de Tamara —explicó—. Ha convencido a nuestros padres de que es digno de confianza. De que podían fiarse de su palabra. —Negó con la cabeza—. En realidad creo que quiere despedirse una vez más.

Una cruel sonrisa apareció en el rostro de Alex.

—No sabía que Tamara y tú estabais liados, Callum.

—No es eso. —El tonillo de su voz sonó tan ridículo que hasta Aaron alzó las cejas. Comprendió que Call estaba fingiendo.

—Me he equivocado. Vas a ir, Callum Hunt —dijo Alex con una carcajada, convencido de que así le estaba fastidiando—. Vas a ir y les vas a decir exactamente lo que quiero que les digas. Llevarás mis palabras a los magos de la Asamblea y así sabrán quién es el verdadero jefe de este ejército.

Call intentó parecer molesto, pero el estómago se le retorció. Ahí estaba su oportunidad de ayudar a la Asamblea, pero ¿cómo?

Respiró hondo. Podía darles una idea de las fuerzas a las que se enfrentaban. Un número aproximado de elementales, caotizados y magos. Eso les iría bien. Y les interesaría saber que el Maestro Joseph estaba muerto.

—No vuelvas —le susurró Aaron.

Call negó con la cabeza.

—¿Y dejarte a ti aquí? No.

Aaron no dijo nada más. No insistió, no dio explicaciones.

—Os he oído —dijo Alex. Parecía una oscura ave de presa, envuelto en negro, observando con ojos entrecerrados a los magos de la Asamblea—. Te estaré observando para ver si corres hacia ellos, Call, si te conviertes en un traidor. Y si lo haces, entonces ordenaré a cada uno de los caotizados que ataquen y no se detengan hasta que mueras.

Kimiya lanzó un grito ahogado. Call se volvió y vio que una línea ardiente se movía desde los magos de la Asamblea, por la hierba vacía, hacia las fuerzas de Alex.

La hierba no se quemaba; el fuego parecía navegar sobre ella, extendiéndose. Alex guiñó los ojos.

—Vienen a por nosotros —dijo—. Call, ayúdame a ordenar a los caotizados...

—No. —Kimiya le puso una mano en la muñeca a Alex—. Es Ravan.

—¡Está atacando! —La voz de Alex se alzó hasta convertirse en un chillido, pero Ravan ya había llegado hasta ellos. Se había convertido en una columna de fuego que se alzaba sobre la hierba; humo negro atravesado por líneas de llamas naranja.

El humo se condensó. Se fue haciendo más y más sólido, hasta que una chica gris se halló ante ellos. Era sólida y parecía real. Un vestido de humo gris ondeaba a su alrededor. Su pelo largo, que una vez había sido negro, brillaba de color plata polvoriento. Su rostro recordó a Call el de Tamara, y notó que algo se le retorció en lo más profundo.

Tres magos alzaron un escudo de hielo entre ella y las fuerzas de Alex, pero Ravan solo rio.

—Escultaré a Callum Hunt hasta el punto de parlamento —dijo—. Ahora estoy calmada, pero si me atacáis, quemaré la tierra en el radio de un kilómetro.

¿Podía realmente hacer eso?, se preguntó Call. ¿Cómo de devastadora iba a ser esa batalla mágica?

—Monstruo —la insultó Kimiya con voz asqueada.

Ravan esbozó una sonrisita ladeada.

—Hermana —le dijo. Con una mano, hizo un gesto a Call para que caminara ante ella—. Callum. Debemos apresurarnos.

Call lanzó una mirada a Aaron para hacerle saber que volvería. Luego rodeó el escudo de hielo y siguió a la hermana de Tamara por la hierba.

Todo estaba inquietantemente tranquilo. Casi no había viento mientras avanzaban por el jardín, lo que permitía a Ravan mantener su forma humana. Al acercarse al otro lado, Call vio que le esperaban tres personas. La oscura piel del Maestro Rufus

contrastaba con su túnica color oliva oscuro de la Asamblea. Junto a él se hallaba Tamara, vestida con el uniforme blanco de la escuela, que resaltaba su cabello negro. Y a su lado estaba Jasper, que miraba acercarse a Call con expresión de enfado.

Cuando ya estaban llegando, Ravan comenzó a esparcirse. Las cenizas salían de ella en ondas. Durante un instante, mientras se disolvía, miró a Call. Sus ojos eran de color naranja, cargados de llamas.

—No hagas daño a mi hermana —le susurró—. Te quiere.

Y desapareció.

Call se detuvo frente a ellos: su amigo, la que había sido su novia y su antiguo profesor. Ninguno habló.

—Call... —comenzó Tamara.

—No tengo mucho tiempo —le interrumpió Call. Pensó que no sería capaz de soportar lo que ella tuviera que decirle.

Comenzó a hablar deprisa, sin mirarlos directamente. Les fue explicando a grandes rasgos en qué consistía el ejército de Alex y qué le había pasado al Maestro Joseph. Mientras hablaba, uno de los Asambleístas, Graves, se apartó de los demás y se acercó a ellos. Nunca había sido un gran admirador de Call, y este trató de hacer como si no estuviera.

A medida que Call avanzaba en su relato, la expresión del Maestro Rufus pasó de neutral a preocupada.

—Callum —le interrumpió finalmente—. ¿Me estás diciendo que el Maestro Joseph ha muerto? ¿Y que Alex Strike y Anastasia Tarquin dirigen las tropas?

Call asintió.

—Sobre todo Alex. Mirad, ¡me rindo! ¡Me rindo! Todo esto ha sido un gran error. Prometedme que no le pasará nada a Aaron y haré todo lo que queráis.

Al oír ese nombre, todos los rostros se oscurecieron. Graves señaló a Call con un dedo fino.

—Callum Hunt, lo que has hecho puede haber provocado una ruptura en el mundo de los magos que nunca podrá cerrarse. Los muertos no deben regresar. Aaron debe ser destruido, por el bien de su alma, si no ya por otras razones.

Call se volvió hacia Tamara.

—¿Es eso lo que tú crees?

Los ojos de la chica brillaban como si estuviera conteniendo las lágrimas, pero su voz fue firme.

—Creo que trajiste de vuelta una parte de Aaron, pero no todo —le contestó Tamara—. No creo que él quiera vivir así.

«Pero ¿y si he comenzado a entender lo que hice mal?», quería preguntarle, pero ya sabía la respuesta. Era demasiado tarde. «¿Y si todavía puedo arreglarlo? ¿Arreglarlo?».

Call no estaba seguro de que fuera posible. Solo era el germen de una idea que le rondaba por la cabeza. Algo sobre el cuerpo de Aaron, un cuerpo que había estado

muerto; su propio cuerpo estaba vivo cuando Constantine había metido su alma en él...

Pero lo que estaba pensando era algo que jamás podría realizarse.

Que nunca debería realizarse.

—Dejad que sea Aaron quien elija —propuso Call, mirando hacia el suelo.

—¡Como si pudiera tomar decisiones! —replicó Graves con un bufido—. ¿Puede siquiera hablar?

Tamara enrojeció. Call miró furioso a Graves.

—Sí, puede elegir qué hacer o no hacer. Fue él quien mató al Maestro Joseph, y lo hizo por decisión propia.

Tamara ahogó un grito.

—¿Aaron mató al Maestro Joseph?

—Sí —contestó Call—. ¡Y debe poder decidir si vive o muere y adónde va! Hice que volviera. Se lo debo.

—Poco importa eso —replicó Graves, aunque parecía alterado—. No podéis volver al Magisterium.

—Entonces, enviadme al Panopticon —replicó Call—. Metedme en prisión. Pero a él, no.

—No puedes volver con nosotros, Callum —dijo Rufus amablemente, pero Graves lo interrumpió:

—No hemos venido a parlamentar para ofrecerte ayuda a ti o a tu monstruo. Hemos pedido hablar contigo porque tu familia y tus amigos creen que se te puede convencer para que hagas lo correcto. —Miró alrededor como si no pudiera creer lo estúpidos que eran los amigos de Call.

—¿Lo correcto? —repitió Call, nada seguro de lo que le estaban sugiriendo. Lo único de lo que estaba seguro era de que no le iba a gustar.

Graves continuó.

—Ya hemos luchado contra las fuerzas del Enemigo de la Muerte antes. Y sí, quizá Alex esté muy debilitado, pero sus fuerzas no. Es un makaris y no hay ningún makaris luchando de nuestro lado.

Call abrió la boca, pero Jasper negó con la cabeza, y por una vez Call se calló. Le habría gustado que hubieran permitido a su padre asistir a ese encuentro. Suponía que Alastair lo habría intentado, pero entendía por qué no le habían dejado ir. Habría ido al grano y le habría explicado qué estaba sucediendo realmente.

—Hemos tenido más traidores y desertores de lo que creíamos. Solo hay un modo de acabar con esto para siempre: debes emplear tu magia del caos para destruir a Alex Strike, y a ti mismo.

Call tomó aire.

—¿Qué? —exclamó Jasper.

Tamara estalló furiosa.

—¡Eso no es lo que hemos acordado! ¡Debía destruir al Maestro Joseph y luego

todo le sería perdonado! —Se volvió en redondo para mirar a Call—. Les he asegurado que no lo decías de verdad cuando afirmaste que eras el Enemigo de la Muerte, que solo lo hiciste para que Alex y el Maestro Joseph no supieran que estabas de nuestra parte. Sé que resucitaste a Aaron porque le quieres, Call, no por ninguna otra razón.

—Graves, esto es inadmisibile —intervino Rufus—. Es un niño. No puedes pedirle que se destruya a sí mismo.

—Es el Enemigo de la Muerte —insistió Graves—. Él mismo lo dijo.

Call comenzó a retroceder. Sentía náuseas. El Maestro Rufus podía discutir, pero la Asamblea ya había decidido, y la Asamblea era la que mandaba. Lo querían muerto. Y no podía hacer nada al respecto.

—Call —le llamó el Maestro Rufus—. Call, vuelve...

Pero él ya se había ido, corría por la hierba hacia el ejército de Alex, hacia Anastasia Tarquin y los caotizados. Se había pasado tanto tiempo tratando de escapar de ellos, que nunca se hubiera imaginado a sí mismo yendo a su encuentro.

Estrago corrió a recibirlo, ladrando, sus ojos rodantes brillando bajo la luz de la luna como hechos de fuego. Call le agarró por el collar y trotó el resto del camino, medio apoyado en el lobo. La pierna mala le dolía tanto como la cabeza.

Podría haber vuelto a la casa, pero demasiados caotizados y traidores a la Asamblea le cortaban el paso. Alex se hallaba junto a Kimiya y Anastasia, sonriendo satisfecho. Aaron estaba un poco más atrás. Hugo tenía una mano sobre su hombro..., no de forma amistosa sino a modo de advertencia.

—¿Qué te ha parecido su propuesta, Call? —preguntó Alex—. Kimiya me ha contado que quieren que te sacrifiques para acabar con el Maestro Joseph. Oyó por casualidad a Graves hablando de eso. Está bien saber lo mucho que te valora el Magisterium, ¿no?

Call sintió que se le caía el alma a los pies. Por eso Alex le había dejado ir a parlamentar. No porque confiara en él o porque le hubiera engañado su farsa de fingirse molesto, sino porque no creía que fuera a sacrificarse.

Y tenía razón. Call había huido de los magos de la Asamblea. Recordó su primer año aprendiendo magia. El final de su Quincunce privado: «Call quiere vivir».

—¿Tamara está bien? —preguntó Kimiya—. No va a luchar, ¿verdad?

Call abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Kimiya no se merecía saber nada de Tamara. No se merecía fingir que se preocupaba por ella después de haberla abandonado.

—Tengo el Alkahest —dijo Alex, alzando el brazo—. O luchas con nosotros, Call, o mueres y Aaron muere también. Lo entiendes ahora, ¿verdad?

Call respiró hondo, tratando de tranquilizarse. Tenía ganas de gritar. Tenía ganas de llorar. Pero no podía hacer nada de eso.

—Sí, me han hecho una oferta insultante. ¿Y qué? Ya me habían abandonado. —Call miró a Alex a la cara, intentando transformar su furia en seguridad—. Ya te he

dicho que no tengo ningún otro sitio adonde ir.

La sonrisa de Alex se ladeó.

—Me alegra saber que no has cambiado de parecer.

Aaron se acercó a él, pero no le preguntó cómo estaba, ni le puso el brazo sobre el hombro.

—Mucha gente va a morir hoy, ¿no? —fue lo que preguntó. No parecía especialmente preocupado, solo curioso.

—Supongo que sí —contestó Call. Aún parecía imposible y estúpido, pero estaba sucediendo. Mucha gente, gente buena, iba a sufrir. Iban a morir como había muerto su madre.

—Llevarás a los caotizados del Enemigo de la Muerte hacia el flanco izquierdo —le indicó Alex—. Yo llevaré a los míos hacia la derecha. Anastasia va a dirigir a los elementales desde arriba. Hugo dirigirá a los magos, que nos cubrirán desde una distancia segura. Los machacaremos. No te importa estar en la vanguardia, ¿verdad?

—Claro que no —respondió Call. Estaba seguro de que Alex consideraba a los caotizados de Constantine los más prescindibles, y estaba dispuesto a sacrificar a Call a la primera oportunidad que se le presentara. Quizá incluso hasta planeara montar un pequeño accidente.

—Aaron se quedará conmigo —continuó Alex, lo que reforzaba la teoría del «accidente».

—No quiero hacer eso —dijo Aaron en un tono neutro que puso un poco nervioso a Cal.

—Bueno, pues vas a hacerlo —replicó Alex—. No te preocupes por Call. No estará solo. *Estrago* puede ir con él.

Al oír su nombre, el lobo caotizado ladró una vez.

Call miró a Aaron. Habría insistido en que su amigo fuera con él, si no fuera porque Alex iba a poner a Call en la posición de mayor peligro posible y eso significaría que Aaron también lo estaría.

Mientras llamaba a los caotizados, pensó en las palabras de Graves. Les ordenó que se colocaran en pequeñas columnas ordenadas. Parecían un ejército de soldaditos de juguete que hubiera crecido de un modo desmesurado y terrible.

Call había tratado de evitar exactamente ese momento desde que había descubierto que tenía el alma de Constantine Madden. Su mayor miedo había sido volverse como el Enemigo de la Muerte, ser la causa de dolor, miedo y muerte. Había tratado de tomar buenas decisiones, pero aunque cada elección había parecido buena por sí sola (bueno, la mayoría de ellas), al final le habían conducido ahí.

Podía inventarse excusas, pero las excusas no importaban. Que Graves fuera un estúpido no importaba, porque tenía razón. Aun cuando nada de eso fuera culpa de Call, él seguía siendo el único que lo podía arreglar.

Solo tenía que averiguar cómo hacerlo.

—Avanzad —dijo Alex—. Ordénaselo.

—Muy bien. Es el momento de marchar —gritó Call a sus caotizados.

—Síiii —gruñeron en el lenguaje que solo él entendía. Y comenzaron a avanzar.

Sus pies resonaban sobre el suelo mientras se dirigían hacia el ejército de la Asamblea, que seguía formado en la orilla del río. El aire crepitaba sobre ellos cargado de magia elemental. Tras ellos avanzaban los caotizados de Alex y los magos.

Call pensó que nunca en toda su vida se había sentido menos preparado para algo.

«Igual que en la Prueba de Hierro —se dijo a sí mismo—. Lo único que tienes que hacer es perder».

Iba a asegurarse de que su bando perdiera espectacularmente.



CAPÍTULO CATORCE

Era como las fotos que Call había visto de la última Guerra de los Magos, en la que Verity Torres había muerto en el campo de batalla enfrentándose a Constantine Madden.

Solo que esta vez él era Verity, preparándose para morir. Aaron le había contado que temía morir en el campo de batalla como Verity: un makaris sacrificado por el bien de la Asamblea de los Magos. Pero era Call el que iba a morir así. Call, a quien la Asamblea odiaba.

De algún modo, era Verity y Constantine al mismo tiempo. Pensaba en ellos mientras marchaba al frente de los caotizados, con *Estrago* a su lado. Podía oírles susurrar en su extraño idioma muerto. Le pedían instrucciones, le preguntaban qué quería.

Estaban acercándose al flanco oeste de los magos de la Asamblea. Veía a Alex acercándose a ellos por el este; Alex, que llevaba la máscara de plata del Enemigo de la Muerte. Con ella, parecía inhumano, medio fantasma, medio monstruo. Call le oyó gritar y vio el destello cobrizo del Alkahest cuando Alex hizo un gesto a sus caotizados para que atacaran.

Se lanzaron hacia delante alrededor de él. Los traidores a la Asamblea, todos ellos bajo las órdenes de Hugo, también corrieron hacia delante. Aaron fue el único que no se movió. Se quedó donde estaba, una solitaria silueta oscura, el olvidado exmakaris, como una piedra en medio de un río, mientras los caotizados fluían hacia delante alrededor de él.

Chocaron contra el flanco este de la Asamblea y se oyeron gritos. Call buscó horrorizado a Tamara y Jasper, pero no encontró a ningún alumno entre los combatientes. Esperaba que los hubieran llevado a la retaguardia, donde estarían

protegidos.

Ya no quedaba tierra libre entre las dos líneas de combatientes. Solo había un pandemónium. El padre de Jasper intercambiaba rayos de hielo afilado con el Maestro Rufus. El Maestro Rockmaple luchaba contra varios caotizados con una espada alquímica curvada; les atravesaba el cuerpo, caían y se quedaban sacudiéndose.

Ravan, rodeada de humo, flotaba sobre los magos de la Asamblea, intercambiando llamaradas con Anastasia. Parte del uniforme de esta estaba chamuscado, pero se mantenía firme.

—¡Call! —Alex le gritaba furiosamente por encima del fragor de la batalla—. ¡Call, ataca!

Call respiró hondo. Sabía lo que debía hacer. Con los caotizados bajo su mando, el bando de Alex podría ser capaz de superar a los magos de la Asamblea. Sin ellos, le resultaría mucho más difícil ganar.

Empleó la magia del vacío para unir su voluntad a la de los caotizados, para que pudieran comprender claramente sus órdenes.

—¡Vosotros, a los que he creado! —gritó—. ¡Bailad!

Inmediatamente, como en un *flashmob*, comenzaron a ejecutar los movimientos que Call quería. Alzaron las piernas y giraron, gimiendo en sincronía con una melodía que nadie más podía oír. Levantaron las manos al aire. Se agacharon.

Era totalmente ridículo. Era tan ridículo que, por un momento, todos los demás se detuvieron. Incluso los elementarles parecían sentir curiosidad.

Unos cuantos magos hasta rieron.

Pero Alex no se reía. Estaba absolutamente furioso.

—¡Idiota! —gritó, volando hacia donde se hallaba Call—. ¡Es la última vez que te burlas de mí!

La máscara de plata recibió la luz, y Call se vio reflejado en ella. Entonces Alex se la quitó. Debajo, su rostro estaba rojo de furia. El Alkahest destellaba en su otro brazo, y Call no tuvo dudas de lo que estaba planeando.

Al menos, tenía la tranquilidad de que sus caotizados estaban ocupados y lo estarían durante un rato. Había imprimido suficiente magia en sus órdenes para que a Alex le fuera difícil detenerlos, pero al hacerlo se había quedado vacío incluso antes de que comenzara la lucha. Y dado que su magia se agotaba más rápido desde que había dado parte de su alma, vencer a Alex no iba a resultarle fácil.

Aun así, no tenía que sobrevivir para vencer.

Usando su poder, Call hizo un agujero hacia el vacío. Notaba el caos al otro lado, frío, oleoso y palpitando con la promesa de un enorme poder.

Alex alzó el brazo con el Alkahest y apuntó directamente a Call. Él trató de sacar caos, para enviárselo a Alex, pero fue demasiado lento.

Estrago llegó primero.

El lobo caotizado saltó sobre Alex, mordiéndole la muñeca cubierta de metal. El

rayo que debería haber alcanzado a Call le dio a él.

—¡*Estrago!* —gritó Call. Pero el rayo había golpeado a *Estrago* en el pecho y lo había lanzado por los aires. Su cuerpo se aflojó y cayó con fuerza contra el suelo.

Call dejó de pensar en la magia, en las guerras, en nada. Ignorando el dolor de la pierna, se lanzó contra Alex y le golpeó en la cara.

Este se tambaleó hacia atrás. Tenía el labio roto y parecía más sorprendido que otra cosa. A Call le dolían los nudillos. Nunca había golpeado a nadie.

Con una mueca de burla, Alex estrelló el Alkahest contra la cabeza de Call y lo envió desmadejado sobre la hierba.

Podía ver el cuerpo de *Estrago* en el suelo a poca distancia de él. El lobo no se movía.

Call se levantó mientras Alex volvía a apuntarle con el Alkahest. Y entonces fue Aaron el que acudió para arrancárselo del brazo. Los dos lucharon, agarrados cada uno a un extremo del guante.

—¡Caotizados! —gritó Alex—. ¡Conmigo!

Call se arrastró hasta *Estrago* y cubrió su cuerpo con el suyo mientras volvía a llamar al caos. Este comenzó a rodar en espiral alrededor de Call, cargado de promesas.

Lo alimentó con furia. Furia contra el Maestro Joseph por robarle sus opciones, por raptarlo y obligarle a ser Constantine. Furia contra la muerte, por llevarse a Aaron. Por llevarse a su madre. Por llevarse a *Estrago*. Por dejarle a él con un gran agujero negro de pérdida en el corazón.

Alimentó el caos con rabia y pérdida, con dolor y finalmente con miedo, el miedo a su propia muerte, el miedo a lo que le esperaba al otro lado de su sacrificio.

Mientras alimentaba el caos, notó que la energía salía de él. Todo en su interior estaba dedicado a expulsar el poder de la nada. Alex gritaba mientras las pesadas espirales lo rodeaban como los anillos de una serpiente.

Call ahogó un grito. Notó que la gravedad de la tierra tiraba de él. Se estaba debilitando. Pudo ver a Aaron solo en medio del campo de batalla. Los caotizados no notaban su presencia. No era nada para ellos, no era un mago, y quizá, como ellos, ni siquiera estaba realmente vivo.

Aaron miraba fijamente a Call. Estaba meneando la cabeza, y supo que era porque debía recurrir a su contrapeso en ese mismo momento. Pero Call no tenía un contrapeso, y aunque lo hubiera tenido, no estaba seguro de que habría recurrido a él. Estaba manejando demasiada magia. Le lamía el alma.

Alex le envió el caos de vuelta, una nube asfixiante y giratoria que lo rodeó.

Call pensó en Ravan, en cómo debía de haberse sentido al emplear tanta magia del fuego que se había convertido en una Devorada. En ese momento la vio, volando por el aire en un chorro de chispas. Ya no humana. Él no quería convertirse en una criatura del caos. Y así, con el último resto de su magia, apartó el caos, lo metió de nuevo en el vacío y empujó a Alex con él. Este luchó, le lanzó fl echas de nada, pero

Call rascó el fondo de su propia alma en busca del poder.

El rostro de Alex se contorsionó en una mueca al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Antes incluso de que pudiera gritar, había desaparecido, absorbido por el vacío. En el campo, sus caotizados aullaron por él, un sonido largo y horrible que quedó colgando sobre el campo de batalla. Luego se detuvieron entre ruidos metálicos, como juguetes a los que se les hubieran acabado las pilas.

Call miró hacia donde había estado Aaron, pero no lo encontró. Se volvió para buscarlo, para buscar a alguien, pero le costaba centrarse. Se sentía mareado y la visión se le desenfocaba. Mientras se dejaba caer, notó que la oscuridad lo atrapaba. No sabía si estaba cayendo en el caos o en algo aún más profundo.

«Mantente despierto», se ordenó a sí mismo. «Mantente vivo».

—¡Callum! —le llamaba el Maestro Rufus—. Callum, ¿me oyes?

No estaba seguro de cuánto tiempo había pasado.

—Call. Por favor, ponte bien. Por favor.

Era Tamara y su voz sonaba como si hubiera estado llorando, lo que no tenía sentido, ya que estaba muy enfadada con él.

Call trató de hablar, trató de decirle que estaba bien, pero no pudo. Quizá, después de todo, no estaba tan bien.

Abrió los ojos un poquito. Quizá demasiado poco para que nadie lo notara, pero pudo ver que tenía razón: Tamara estaba inclinada sobre él y había estado llorando. Quiso decirle que no llorara, pero tal vez no estuviera llorando por él. Tal vez estuviera triste por *Estrago*. Eso tenía más sentido. Si le hubiera dicho que estaba bien, y resultara que ella lloraba por *Estrago*, habría sido un momento embarazoso para ambos, sobre todo porque él seguramente también se pondría a llorar por *Estrago*.

—Lo has hecho —le susurró ella—. Nos has salvado a todos. Call, por favor, despierta.

Se esforzó más en moverse, pero seguía sin ser capaz. Era como si de cada parte de sí colgara un peso, e incluso abrir un ojo del todo era como luchar contra ese peso.

—Le diré algo que le alegrará. —La voz de Jasper le llegó desde el otro lado. Jasper era una mancha de pelo negro en algún punto detrás de Tamara. Si Call hubiera podido gruñir, lo habría hecho—. Call, Celia y yo hemos vuelto. ¿No es maravilloso?

Por un instante, Call tuvo la fantasía de que todo el mundo atizaba a Jasper por él, pero nadie lo hizo. Una lástima.

—Se está muriendo —dijo alguien. La voz seca del Asambleísta Graves era inconfundible. No parecía especialmente disgustado con su vaticinio—. Ha empleado demasiada magia del caos para sobrevivir. Su alma debe de estar cargada de ella.

El Maestro Rufus se volvió lentamente, y a pesar de la mancha imprecisa que era todo, Call vio la furia en la mirada que le dirigió al otro mago.

—Lo hizo por tu culpa —dijo el Maestro Rufus—. Tú eres el causante de esto,

Graves, y no creas que ninguno de nosotros va a olvidarlo.

Graves hizo un ruidito, y entonces Call oyó otra voz, más cerca. Tamara miró hacia arriba y se puso tensa. Pero no se movió ni dijo nada mientras la otra silueta se acercaba. Era alguien que Call reconoció a pesar del desenfoque.

Era Aaron.

Aaron, que se arrodilló junto a él. Aaron, que le puso una mano fría y tranquila sobre el pecho.

—Puedo ayudarle —aseguró.

—¿Qué vas a hacer? —quiso saber Tamara. Call se preguntó si recordaría lo que le había dicho a él: que a Aaron le importaba Call porque tenía dentro un trozo de su alma.

Aaron era una mancha borrosa con un halo de pelo claro. Su voz sonaba firme, casi como la del viejo Aaron.

—Call no tiene que morir. Soy yo quien debería estar muerto.

Tamara tomó aire. Call luchó por abrir los ojos, luchó por decir algo, por detener a Aaron, pero entonces notó la mano de este presionándole, y algo se removió en su interior.

De repente, había aire para respirar. Algo se le movía por debajo de las costillas. Algo que le tocaba con suavidad, como unas alas en movimiento. Notó que le limpiaba el alma.

El pulsar las almas. Aaron le estaba pulsando el alma como ambos habían aprendido. Pero ¿cómo? Aaron ya no era mago, no era un makaris. ¿Y para qué se molestaba? ¿Acaso quería saber cómo era notar el alma de otra persona apagándose y muriéndose?

—¿Qué estás haciendo? —le susurró Tamara—. Por favor, no le hagas daño. Ya ha sufrido suficiente.

Aaron no dijo nada. Call lo sintió de nuevo, el aleteo en lo profundo del pecho. Su alma herida tranquilizándose. La sensación de que estaba recuperando algo, algo que no había sabido que le faltaba.

Ahogó un grito y se le abrieron los ojos. Ya no veía borroso; de hecho, todo estaba bañado en luz. El cuerpo le dio una sacudida.

—Está vivo —dijo el Maestro Rufus—. ¡Call! ¡Call! ¿Puedes oírme?

Call asintió; le dolía la cabeza, pero ya no se ahogaba ni se mareaba. Miró a Aaron.

—¿Qué has hecho? —quiso saber.

—Te he devuelto tu alma —contestó Aaron—. El trozo que empleaste para traerme a la vida. Lo he vuelto a poner dentro de ti.

—Aaron —murmuró Tamara.

—Tamara —respondió él—. Está todo bien.

Había una amabilidad en su voz que Call no había oído desde su muerte. Sintió que algo se le extendía por el pecho, algo tan enorme que podía romperle las costillas

y hacerle gritar. Casi pudo ver los hilos invisibles que le conectaban a Aaron, hilos dorados y finos como la seda que se extendían entre ellos dos.

«Y lo opuesto al caos es el alma humana».

El Maestro Graves estaba balbuceando:

—Pero esto es imposible. No se puede hacer. ¡Las almas no se pueden ir pasando de aquí para allí como... como naipes!

Call se sentó. El campo de batalla estaba lleno de humo. Los magos iban de un lado a otro apagando fuegos, reuniendo a los caotizados y los traidores. Call vio al padre de Jasper conducido por dos corpulentos magos de la Asamblea, pero no vio a Kimiya por ninguna parte.

—¿Así que estoy bien? —preguntó Call, inseguro, mientras pasaba la mirada de Tamara a Aaron y al Maestro Rufus—. ¿Estamos bien los dos?

Pero Aaron no contestó. Estaba muy pálido. Aún se rodeaba con los brazos, como si tuviera frío.

—Call —le dijo sin aliento. Los labios se le habían puesto azulados—. No se suponía que debía ser yo. No soy el héroe. Tú eres el héroe. —Aunque pareciera imposible, sonrió; solo la sombra de una sonrisa—. Siempre fuiste tú.

—¡Aaron! —gritó Call, pero su amigo se había desplomado entre Tamara y él. Sollozando, ella puso una mano sobre el hombro de Aaron y lo sacudió, pero él siguió inmóvil.

Call sintió su propia alma sacudir desesperadamente los hilos dorados que lo conectaban a Aaron. Como si su alma no pudiera soportar dejarle ir. Por un momento, la sensación fue tan intensa que pensó que volvería a desmayarse. Se concentró en no desmoronarse, en reunir toda su energía y su poder, en tirar hacia él de los hilos dorados.

—Aaron se ha ido —susurró Tamara.

Call abrió los ojos. Aaron parecía tranquilo, tumbado sobre el suelo. Quizá eso fuera lo mejor, quizá debería verlo así, pero Call estaba horrorizado. La idea de perderlo a él y también a *Estrago* era demasiado difícil de soportar.

Call buscó a su lobo con la mirada, pero no lo vio por ninguna parte. No estaba donde había caído. ¿Habría movido alguien su cuerpo?

Se estremeció. Quería ver a su padre. Quería estar con Alastair. Notó unas manos amables sobre él, el Maestro Rufus sujetándole por los hombros. No recordaba que el Maestro Rufus fuera tan amable, pero en su contacto solo había bondad mientras sujetaba a Call y un grupo de magos se acercaba con una camilla y cargaban el cuerpo de Aaron en ella.

El dolor de su pecho no desaparecía. Le zumbaba la cabeza.

Había grupos de magos por el campo, cargando otros cuerpos en camillas.

—Tened cuidado con él —pidió Call con voz entrecortada, mientras levantaban la camilla con Aaron y se llevaban su cuerpo—. No le hagáis daño.

—No pueden hacerle daño —dijo el Maestro Rufus—. Está más allá de eso, Call.

Tamara lloraba suavemente con el rostro cubierto por las manos. Incluso Jasper guardaba silencio, con la cara manchada de tierra.

Call quiso levantarse, correr detrás de la camilla y bajar a Aaron, para volver a llevarlo con sus amigos. Lo que era ridículo, porque Aaron estaba muerto. Muerto más allá de la capacidad de Call para recuperar su alma, aun cuando hubiera sido tan tonto como para cometer dos veces ese terrible error. Pero quería asegurarse de que esta vez tuviera un auténtico entierro.

Aunque él volviera a estar en prisión y no pudiese asistir. Pensó en las paredes de su antigua celda en el Panopticon. No sería tan horrible volver. Quizá allí pudiera descansar.

Luego recordó el estado en que habían dejado el Panopticon. Bueno, seguro que había otras cárceles para magos. Probablemente cualquiera serviría.

—No te preocupes, Call —dijo el Maestro Rufus, como si pudiera leerle el pensamiento—. Tendrá un funeral de héroe. El nombre de Aaron jamás se olvidará.

Una figura se acercó a ellos.

—Callum, tendrás que venir conmigo —dijo el Asambleísta Graves. Parecía como si le hubiera decepcionado que Call se hubiera recuperado.

—Call no va a ir a ningún sitio —afirmó el Maestro Rufus—. Nos ha salvado a todos y casi se ha sacrificado para hacerlo. Si intentas arrestarlo, te incrustaré en una piedra. Callum Hunt es un héroe, como ha dicho Aaron.

—Sí —repuso Tamara—. Toca a Callum y te quemo los dedos.

Call la miró francamente sorprendido. Pensaba que ella se había dado cuenta de que en realidad no era malo, pero había supuesto que había perdido su amistad para siempre.

Pero cuando le dedicó una insegura sonrisa, aunque había lágrimas en sus ojos, ella se la devolvió.

Y luego se oyó un ladrido entre la gente. Call se volvió a tiempo de ver a *Estrago* saltar sobre él. Le rodeó el cuello con los brazos y hundió su rostro en el cálido pelaje.

—Estás bien —susurró.

Luego se apartó para asegurarse. Y al mirar a *Estrago*, se fijó en que los ojos ya no le rodaban. Eran de un dorado profundo y fijo. El Alkahest debía de haberle alcanzado, después de todo, pero en vez de matarlo se había llevado el caos de su interior. *Estrago* era un lobo normal.

Un lobo normal que le lamía la mejilla con una lengua rosa.

El Maestro Rufus y Tamara le ayudaron a levantarse. Y mientras los magos volaban sobre el campo de batalla, apagando fuegos y arrestando a los últimos renegados, Call y sus amigos cojearon hacia donde estaba Ravan en forma de columna llameante, junto a otros elementales que se preparaban para volar de vuelta al Magisterium.

Casi habían llegado junto a ellos cuando Call lo oyó. Un leve susurro en el fondo

de su cabeza. Una voz cariñosa, curiosa y amistosa, tan conocida que pareció abrirle un agujero directamente en el pecho. Tan conocida que sintió el eco del pulso de almas dentro de sí mismo, y estuvo a punto de caer.

«Creo que esta vez sí estoy de vuelta, Call —dijo la voz de Aaron—. ¿Y ahora qué diablos vamos a hacer?».

EPÍLOGO

Era un día despejado y el sol caía sobre un pueblecito rodeado de montañas. El pueblo llevaba ahí cientos de años; la lluvia y la nieve habían dejado los muros de un color dorado pálido. La luz se inclinaba hacia la tarde, y los lugareños comenzaban a salir a la calle para hacer las compras vespertinas, cuando el sonido de una gran explosión rasgó el aire.

En el espacio entre las dos montañas, sobre un valle de hierba verde, el cielo parecía haberse rasgado por la mitad y dejaba ver una terrible oscuridad. No era la falta de luz, sino la falta de todo. Era el vacío.

Los animales del valle corrieron despavoridos cuando un sonido como el del trueno surgió del interior del vacío. Se oyó un ruido rasgado, y de la oscuridad surgió Alex Strike, cabalgando sobre la espalda de un gran monstruo de metal que los magos de la Asamblea una vez llamaron Automotones.

Alex ya no era humano. Se había convertido en algo nunca visto en el mundo. Se había convertido en un Devorado del caos. Era caos, y el caos vivía dentro de él y destellaba tras sus negros ojos. Crepitaba en sus huesos, su pelo y su sangre. La máscara de plata había dejado de ser un objeto independiente. Había reemplazado su rostro, móvil y expresiva como antes lo habían sido sus rasgos.

Tras él fluía un río de elementales y animales que habían sido enviados al caos. Había lobos con ojos giratorios y magos de ojos muertos con armas en la mano; la serpiente elemental Skelmis flotaba sobre todos ellos, silbando y azotando su cola hecha de aire.

Alex llevó a Automotones hasta el borde del valle. Miró hacia el pueblo, donde la gente ya corría por las calles como hormigas negras, asustada.

Alzó una mano, y en su palma, el caos se enroscó como el humo.

Alex sonrió.

NOTAS

[1] Juego de palabras intraducible. *Cat*: gato, y *comb*: cepillar. *Catacomb*: catacumba.
(N. de la T.) <<